



VOLUME III

NO. 28

OTERIA

ZDA. EPOKA

MARZO 1958

NUESTRA PORTADA:

General Santiago de la Guardia (1858-1925), óleo del artista nacional don Roberto Lewis, pintado en 1945, que se encuentra en el despacho del Ministerio de Hacienda y Tesoro, conforme a disposición legal.

★ ★ ★

LEY 45 DE 1926

(de 27 de Noviembre)

Sobre honores al General Santiago de la Guardia.

LA ASAMBLEA NACIONAL DE PANAMA,

CONSIDERANDO:

Que el 25 de Octubre de 1925 falleció en esta ciudad el General Santiago de la Guardia;

Que en su actuación pública el General de la Guardia se distinguió siempre por su patriotismo, inteligencia y probidad;

Que el General de la Guardia le prestó al país importantes y valiosos servicios en el desempeño de los altos puestos públicos que le fueron confiados, tales como Secretario de Gobierno y Relaciones Exteriores, Secretario de Hacienda y Tesoro, Procurador General de la Nación y otros más, así diplomáticos como administrativos, y

Que por la integridad de su carácter el General de la Guardia, se hizo acreedor a la admiración de la Patria, a quien honró con el ejercicio de sus grandes virtudes públicas y privadas,

DECRETA:

Artículo 1º La República deplora la muerte del General Santiago de la Guardia, lo declara hijo benemérito de la Patria y recomienda sus virtudes a la veneración de los panameños.

Artículo 2º En el salón de recibo de la Secretaría de Hacienda y Tesoro se colocará un retrato al óleo del General de la Guardia, por cuenta del Estado.

Artículo 3º Copia de esta Ley, en edición de lujo y con oficio de estilo, será enviada a la viuda del ilustre muerto.

Dada en Panamá, a los veinticinco días del mes de Noviembre de mil novecientos veintiséis.

El Presidente, A. CORREA G.—El Secretario, Antonio Alberto Valdés.

República de Panamá.—Poder Ejecutivo Nacional.—Panamá, Noviembre 27 de 1926.

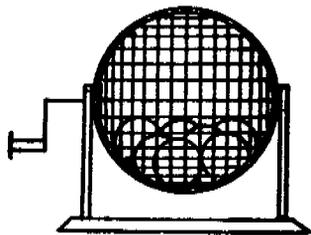
Publíquese y Ejecútese.

El Secretario de Gobierno y Justicia,

R. CHIARI.

CARLOS L. LOPEZ.

LOTERIA



II EPOCA • PANAMA, R. DE P., MARZO DE 1958 • Nº 28

SUMARIO

	Páginas
EDITORIAL: General y Doctor don Santiago de la Guardia y Fábrega	3
HOMENAJE DE "LOTERIA" AL GENERAL SANTIAGO DE LA GUARDIA, EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO (1858 — 11 Marzo — 1958)	
<i>Biografías:</i>	
GENERAL Santiago de la Guardia, por Rodolfo Aguilera, panameño, (1858-1916)	7
GENERAL Santiago de la Guardia, ciudadano de tres naciones, por Salvador Calderón Ramírez, nicaraguense, (1869-1941)	9
SANTIAGO de la Guardia, un gran ciudadano que prestigió la República, por Juan Antonio Susto, (1896)	11
<i>Ensayos:</i>	
SANTIAGO de la Guardia, por Ricardo J. Alfaro, panameño, (1882)	13
SANTIAGO de la Guardia, por Octavio Méndez Pereira, panameño (1887-1954)	21
DOS cartas y dos hombres, por José Isaac Fábrega, panameño, (1900)	23
MARCO Fidel Suárez (1855-1927) y Santiago de la Guardia (1858-1925): dos figuras luminosas de Colombia y Panamá, evocan sus años de juventud	39
<i>Publicaciones del General de la Guardia:</i>	
PROTESTA por la intervención fiscal americana en Panamá (1917)	45
SOBRE el problema de la prostitución en Panamá (1919)	47
RECUERDOS pintorescos (Una visita aristocrática en el Bogotá de 1895), publicado en 1922	51
APUNTES etnográficos sobre los indios guaymies, por Reina Torres de Lannello (panameña)	57
LA CRUZ de piedra, (cuento) por Espartaco (panameño)	69
LA GRANDEZA del Monasterio de la Rábida, por Carlos Cabeza Luna, (panameño)	73
FUNCION educativa del Museo de Panamá, por Marianne Burkenroad, (alemana)	78
LUCIANO Napoleón Bonaparte Wise y Panamá, por Ernesto J. Castille-ro R. (panameño)	84
EL PADRE de la Montaña (Bernabé Herrera) por Moisés Castillo, (panameño)	90
EL ARCHIPELAGO de las Perlas, por Nicolás Luis Justiniani, (panameño)	94
EL JUEGO de la bolita y los violadores de la ley (versos), por Elías Alaiín A. (panameño)	96
NUMEROS favorecidos por la suerte de Enero a Marzo de 1958	96
PORTADA: General Santiago de la Guardia (1858-1925), óleo del artista nacional don Roberto Lewis, pintado en 1945, que se encuentra en el despacho del Ministro de Hacienda y Tesoro, conforme disposición legal.	
LEY 45, de 27 de Noviembre de 1926, sobre honores al General Santiago de la Guardia, (segunda página de la contraportada)	
Números favorecidos por la suerte en el año de 1957 (tercera página de la contraportada)	
Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia (cuarta página de la contraportada)	
Administración de la Lotería Nacional de Beneficencia	2

Toda la correspondencia dirijase a: Lotería Nacional de Beneficencia.
Apartado 21. Panamá, República de Panamá.

ADMINISTRACION DE LA LOTERIA NACIONAL
DE BENEFICENCIA

DR. CARLOS E. MENDOZA
Gerente

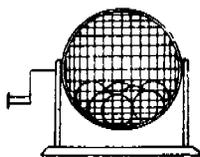
LIC. AGUSTIN FERRARI
Sub-Gerente

HERACLIO CHANDECK
Jefe de Contabilidad

GERBERTO MEDINA
Tesorero

PABLO A. PINEL
Secretario

LOTERIA



Director
DR. CARLOS E. MENDOZA

Administrador
PABLO PIÑEL

Editores
Domingo H. Turner
Juan Antonio Susto

ORGANO DE LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

II EPOCA • PANAMA, R. DE P., MARZO DE 1958 • Nº 28

NOTA EDITORIAL:

General y Doctor don Santiago de la Guardia y Fábrega

Cabal muestra de reconocimiento a sus virtudes proceras rinde "Lotería" al insigne panameño cuyo nombre sirve de título a esta nota, con motivo de cumplirse el once de este mes el primer centenario de su nacimiento, ocurrido en Santiago de Veraguas, la ciudad legendaria, de gran abolengo y cultura.

Hijo de don Santiago de la Guardia y Arrue, personaje que aunaba al importante cargo civil, de Presidente del Estado de Panamá, gran pericia militar, que nimbó su figura con las palmas del martirio en el fiero combate de Río Chico, en defensa de sus ideas y de la legitimidad oficial, y de doña Carolina de Fábrega, matrona espartana, que supo conllevar con elegante estoicismo las duras alternativas de una vida prematuramente mutilada.

Mecióse la cuna del vástago en tierra de valientes indígenas; levantóse el adolescente en suelo de gran civilidad, y desarrollóse el joven por medio de escuela heroica y en ambiente de olímpica grandeza política y guerra, en que retumbaban aún, en ámbito dilatado, los cañonazos de la revolución independentista, se escuchaba en los congresos la voz de tribunos estelares y reinaba en las academias el señorío de los grandes del saber y el refinamiento. De esos tres ambientes: panameño, costarricense y colombiano, de mediados del siglo XIX, recogió enseñanzas y virtudes acrisoladas, que puso luego de manifiesto en el curso de su brillante vida pública y privada.

Fue un carácter modelado definitivamente en las aulas del Colegio del Espíritu Santo, del ilustre don Sergio Arboleda, de Bogotá, y fogueado en las lides de la política conservadora de su tiempo y en los campos de batalla, como el de Palo Negro, en donde fue hecho general sobre la marcha del combate.

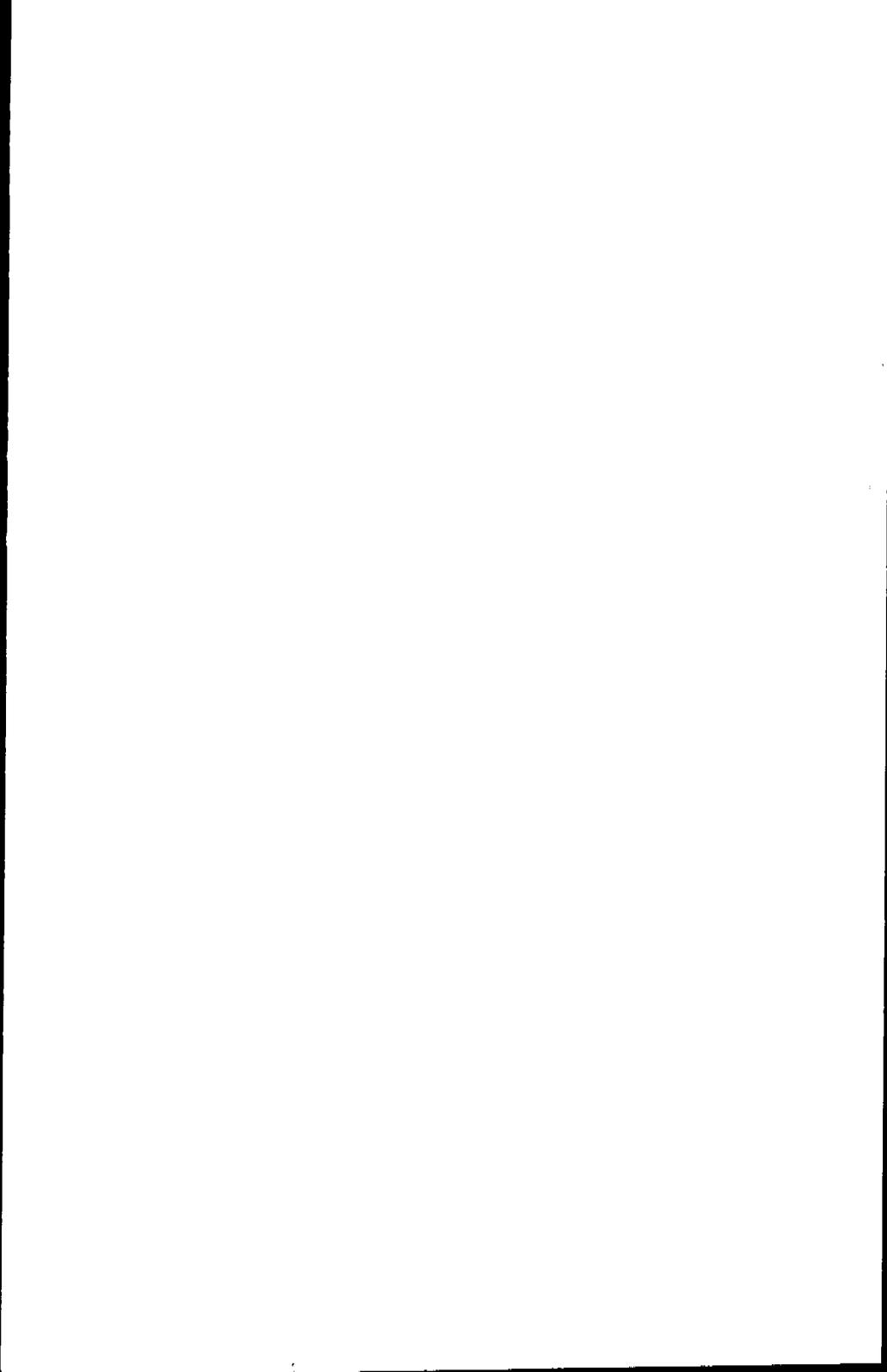
En la Guerra de los Mil Días desempeñó el puesto de Jefe de Estado Mayor de División y de Inspector General del Ejército.

En Panamá, después de la emancipación, fue Ministro de Guerra y Marina, y como tal le tocó la misión de disolver el Ejército, y más tarde, de Gobierno y Relaciones Exteriores y de Hacienda y Tesoro, cargos en los cuales dejó rastros luminosos de estadista y de funcionario público modelo, por su puntualidad, su austeridad y su honradez insuperada.

El General y Doctor don Santiago de la Guardia y Fábrega fue, sin duda, un hijo benemérito de la Patria, a la que sirvió con valor, inteligencia y honradez ejemplares, y que fue digno de las letras justicieras de Plutarco y de los pinceles inimitables de Apeles y Velásquez.

**Homenaje de “Lotería” al
Gral. Santiago de la Guardia
en el
Centenario de su nacimiento**

(1858 — 11 de Marzo — 1958)



BIOGRAFIAS

Gral. Santiago de la Guardia

Por RODOLFO AGUILERA

(Panameño)

En Santiago de Veraguas nació el ilustrado caballero cuyo retrato precede.

Hijo de Don Santiago, el valiente político que murió en ejercicio de la Presidencia del Istmo, en el combate de Río Chico; al saber tan infausta noticia y teniendo apenas 4 años de edad, emprendió viaje con su familia para la República de Costa Rica, en uno de cuyos Colegios hizo sus primeros estudios.

A los 11 años fue enviado a Bogotá donde hizo estudios literarios y filosóficos.

De regreso a Costa Rica, donde siempre ha tenido magnífica acogida por su valor, inteligencia y cultura, fue nombrado por el Presidente de la República Secretario Privado, siendo alternativamente Jefe de la Estación del Ferrocarril Central, Secretario del Mando en Jefe, Tesorero del Ejército, etc., etc.

Más tarde fue nombrado Ajuente de la Legación en El Salvador y Guatemala, y Secretario de la Legación en varios países Europeos, puestos en los cuales se condujo a pesar de ser muy joven con tacto exquisito.

De regreso al país a cuyo servicio estaba fue nombrado segundo Comandante del vapor de guerra *Iragü*.

Volvió el señor de la Guardia a la capital de Colombia, con el propósito de terminar sus estudios y logró obtener, después de prolijo examen por grandes notabilidades, el grado de Doctor en jurisprudencia y profesor de ciencias sociales y políticas.

De la Guardia es un espíritu franco, muy franco, incapaz de hipocresías. Al tratarlo se sabe qué hombre es. Muy culto, de modales de caballero se capta voluntades.

Ama las bellas letras; ama la política decorosa y sincera, y se afana porque los pueblos sacudan el marasmo que subyuga y se iluminen con los rayos civilizadores del enriquecimiento intelectual.

Es militar pundonoroso y valiente y en los campos de Marte, ha cumplido estrictamente su deber.

Es General de la República de Costa Rica y también de Colombia.

En la última guerra, cuando Panamá pertenecía aún a Colombia el General de la Guardia hizo las campañas de Cundinamarca, Tolima, Bolívar y Magdalena bajo las órdenes de los Generales Mariano y Juan To-var, de Salazar y Pedro Nel Ospina, hallándose en 12 acciones de guerra.

En reconocimiento de sus méritos fue nombrado Cónsul General de Colombia en Centro América; aunque sólo residió en Costa Rica; y se hallaba desempeñando tal cargo, cuando estalló el movimiento separatista, llevado a cabo por abnegados patriotas.

De la Guardia, que antes que todo es panameño de nacimiento y de alma, lleno de júbilo, dimitió el Consulado; y sin vacilaciones débiles ni jeremiadas inconducentes, se puso al servicio de su país natal.

Actualmente es Secretario de Gobierno y Relaciones Exteriores y todos saben que desempeña sus funciones con talento y honorabilidad indiscutibles.

("Galería de Hombres Públicos del Istmo" ... Tomo I - 1906 - Páginas 34 y 35).

Gral. Santiago de la Guardia

— Ciudadano de Tres Naciones —

Por SALVADOR CALDERON RAMIREZ

(Nicaraguense)

Heredó el nombre de un linajudo solar del Istmo; desde su niñez, ejerció su alma con disciplinas de galanura, valor, heroísmo y proezas, las cuales fueron el cimiento de su carácter acerado e irreductible; cargado de ensueños, bondades y nobles ideas, fue su vida un total de acciones armónicas y coherentes. Sus aptitudes eran diversas. Supo ser en los campos de batalla, "no el héroe vulgar, sino el héroe con las modalidades y alto significado de Carlyle". Fue, así, el verdadero representante del caballero sin miedo y sin tacha, capaz de dar fin y remate a las más arriesgadas aventuras y de rendir la vida sin consagrar un pensamiento al peligro. Fue también hombre de Estado, capacitado para resolver los más intrincados problemas y con brillantes dotes de orador publicista. De su pluma brotaba una sabrosísima prosa, llena de originalidad y envuelta en los fulgores de su robusto y ameno estilo.

El General Santiago de la Guardia tuvo una actuación brillante en sus tres patrias: Colombia, bajo cuya bandera nació; Costa Rica, cuya nacionalidad honoraria le fue otorgada por el Congreso como reconocimiento a sus servicios; y Panamá, donde se mecía su cuna y la de sus mayores, cuya independencia aceptó inmediatamente que fue proclamada.

Para dar una ligera idea acerca de la personalidad internacional del distinguido compatriota, vamos a exponer lo más sintéticamente la cronología de su vida, así:

1858: Nació en Santiago de Veraguas, del matrimonio de don Santiago de la Guardia Arrue y de doña Carolina de Fábrega.

1863: Muerto trágicamente su padre el año anterior que era Gobernador de Panamá, fue llevado por su madre a Costa Rica, donde transcurrió su infancia.

1871: Pasó a Bogotá, Colombia, para cursar estudios secundarios y superiores.

1881: Obtuvo su título de doctor en Ciencias Políticas, regresando a continuación al lado de su familia en San José, Costa Rica.

EN COSTA RICA FUE:

1882: El 31 de Agosto el Congreso de Costa Rica lo decretó *Ciudadano Honorario* de la nación, y entra a ser miembro del Gabinete del Presidente General Próspero Fernández, como Secretario de Guerra y Marina. Su posición en el Gabinete costarricense continuó hasta 1888 inclusive, colaborando en el mismo despacho con el Presidente Fernández y con su sucesor don Bernardo Soto.

1885: Fue nombrado General de Brigada por decreto de 2 de Octubre, para cooperar en la organización del ejército que había de enfrentarse al General Justo Rufino Barrios, Presidente de Guatemala.

1888: Electo diputado al Congreso, por la Provincia de Guanacaste.

EN COLOMBIA FUE:

1900: General, Jefe de Estado Mayor de la División "Quintero Calderón".

1900: Inspector General de la 4ª División del Ejército del Ejército del Atlántico.

1901: Cónsul General de Colombia en Centro América (Decreto de 18 de octubre) con residencia en Costa Rica.

EN PANAMA FUE:

1903: Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Costa Rica (Decreto de 14 de Noviembre).

1904: Secretario de Gobierno y Relaciones Exteriores en el Gabinete del Dr. Manuel Amador Guerrero (Decreto 161, de 31 de Octubre).

1904: Secretario de Guerra y Marina, a la vez Comandante en Jefe del Ejército (Decreto 171, de 18 de Noviembre).

1908: Gobernador de la Provincia de Colón (Decreto de 20 de Marzo) y Miembro de la Comisión Permanente de Relaciones Exteriores.

1911: Procurador General de la Nación.

1912: Delegado al Congreso Internacional de Juristas, en Río de Janeiro.

1913: Miembro de la Comisión Codificadora (Decreto 141, de 6 de Noviembre).

1915: Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Costa Rica.

1918: Secretario de Hacienda y Tesoro en los Gabinetes del Dr. Belisario Porras y don Ernesto T. Lefevre. Renunció en 1921.

1921: Miembro de la Junta Consultiva del Banco Nacional.

1925: Falleció en la Ciudad de Panamá el 25 de Octubre.

Santiago de la Guardia

Una gran ciudadano que prestigió la República

Por JUAN ANTONIO SUSTO

(Panameño)

En la Provincia de Veraguas, hay una ciudad ilustre que tiene por nombre el del Santo Patrono de España, que es su capital, y en ella eran vecinos don Santiago de la Guardia y Arrue y doña Carolina de Fábrega, su esposa, cuando les dió un hijo, que nació el 11 de marzo de 1858.

Crióse el niño Santiago, que se llamaba como su progenitor, al lado de su madre y cuando contaba cuatro años de edad, muere su padre de manera trágica, en las márgenes del Río Chico, defendiendo el imperio de la Constitución, como Gobernador del Estado Soberano de Panamá, y Doña Carolina, su madre lo lleva a Costa Rica y allí transcurren su infancia y su adolescencia.

Colombia la Grande, le otorga una beca, recordando los méritos de su padre, y a los trece años pasa a Bogotá. Cuando no ha cumplido aún el cuarto de siglo, pues apenas tiene veintitres años, regresa al lado de su madre, quien todavía vive en tierra tica, llevando con orgullo a su esposa, la culta dama doña Elvira Silva, la compañera de toda su vida, y como merecido trofeo, su título de doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Del matrimonio de la Guardia-Silva nacieron 4 hijos: María Luisa, Rodrigo, Hernán y Jaime.

El ancho panorama de su vida pública comienza en 1882: el Congreso de Costa Rica le hace *Ciudadano Honorario*, luego es, en la tierra de Juan Santa María, Secretario de Guerra y Marina, General de Brigada y Diputado al Congreso por la Provincia de Guanacaste.

Se encuentra en Colombia cuando estalló la guerra de los mil días (1899) y se le confiere el grado de General en pleno combate de Palo Negro. Es jefe del Estado Mayor e Inspector General de la 4ª División del Ejército del Atlántico. Vuelve a Costa Rica (1901) como Cónsul de Colombia en Centro América.

El 3 de Noviembre de 1903 lo acepta con entusiasmo el General Santiago de la Guardia y en la nueva República se inicia como Ministro de ella en Costa Rica (1903). Regresa a la patria de su nacimiento y el Presidente Amador Guerrero lo nombra Secretario de Gobierno y Relaciones Exteriores y luego Secretario de Guerra y Marina (1904). En 1908, es Gobernador de la Provincia de Colón, luego Procurador General de la Nación (1911); Delegado al Congreso Internacional de Juristas en Río de Janeiro, (1912); Miembro de la Comisión Codificadora (1913). Ministro de Panamá en Costa Rica (1915); Secretario de Hacienda y Tesoro (1918-1921). Tal es la variada actuación de una de las figuras más notables de la época contemporánea que han tenido Costa Rica, Colombia y Panamá, y la muerte del General Santiago de la Guardia acaecida el 25 de Octubre de 1925 llenó de luto a la nacionalidad panameña y a través del tiempo su desaparición se siente profundamente y su recuerdo vive en nuestros corazones.

Panamá, 24 de Abril, 1944.

Santiago de la Guardia

Por RICARDO J. ALFARO

(Panameño)

En la vida política de una república joven, nacida a la vida independiente con tradiciones y costumbres viciosas, con educación cívica deficiente, y con experiencia escasa en las disciplinas de la democracia, no son numerosas las personalidades que pueden pasar por el crisol del análisis sin dejar copiosa escoria. Héroes de cartón, estadistas de gacetilla, mandatarios de ópera bufa, catones de pega, personajes cuyos antecedentes están señalando el camino de la cárcel, sujetos honrados que por cobardía aceptan connivencias culpables, cerebros luminosos que se han cultivado para la iniquidad, varones de arrojo probado en los asaltos contra el tesoro público, mediocridades que han escalado las alturas precisamente por el hecho de serlo, notabilidades de oropel forjadas por el bombo estrepitoso, hombres, en suma, que han claudicado unas veces por perversidad, otras por debilidad, de todo esto hemos tenido ejemplos abundantes en la política nacional, si bien pudiera ser algún consuelo que del mismo mal adolecen países mayores y más antiguos que el nuestro.

No insinúo, desde luego, que la verdadera grandeza se halle exenta de lo impuro. Los más grandes caracteres han caído en errores y han tenido defectos que frecuentemente han sido algo como un reflejo de la misma superioridad. No es razonable esperar que desaparezca del mundo aquello que es consecuencia ineluctable de las imperfecciones humanas. Pero es execrable que se pretenda hacer pasar por grandes a pigmeos que solo exhiben lacras y defectos sin mostrar ninguna de esas cualidades excelsas con que los hombres de méritos positivos se imponen a la admiración y al respeto de sus contemporáneos y de la posteridad.

No quiero insinuar tampoco que es sólo la grandeza histórica lo que merece el homenaje de las generaciones. La grandeza es condición que brilla más o menos según la vastedad del escenario y las oportunidades que

han presentado los sucesos. Mi punto es que la grandeza se mide no solamente por la magnitud de los hechos ejecutados sino también por el valor intrínseco de cada ser por la multiplicidad y la calidad de las capacidades y las virtudes.

Santiago de la Guardia, Don Santiago para los que al tratarlo mezclábamos el respeto con el afecto, fué personalidad de ese calibre. Reunía las aptitudes que emanan de un cerebro privilegiado y las prendas morales que tienen raíz en un corazón bien puesto. Por el valor cívico y personal, por el talento claro, por la probidad inmaculada, por el carácter de acero, aunado a la franqueza ruda, por la cordura y el buen criterio, por la mentalidad vigorosa y el lenguaje chispeante, Don Santiago fue figura de una prestancia única en la política de su tierra natal. Sus amigos lo adoraban. Sus enemigos lo respetaban y le temían. Podía haber quien lo odiara, pero nadie podía despreciarlo. Era demasiado fuerte, demasiado alto, demasiado puro, para que pudiera llegarle el desprecio de nadie.

Las circunstancias en que se desarrolló la vida de Don Santiago le hicieron actor en tres escenarios distintos: Panamá, Colombia, Costa Rica. En los tres países dejó la huella de su personalidad. De los tres sacó sentimientos, afectos, enseñanzas y características. Era un panameño rancio que hablaba como bogotano, y que había hecho historia como costarricense. Temperamento, educación, conocimiento de los hombres, vasta experiencia de la vida, formaron ese conjunto de condiciones que hicieron de él no un político afortunado, pero sí un hombre de Estado y un hombre de bien en toda la extensión de la palabra.

Nacido en Santiago de Veraguas en 1858 quedó huérfano a los cuatro años de edad cuando su padre Santiago de la Guardia y Arrue, Presidente del Estado de Panamá, perdió la vida como un valiente en la tragedia de Río Chico. Su madre, doña Carolina Fábrega, mujer de virtudes espartanas, se fue a vivir en Costa Rica y allí recibió su primera educación el heredero del claro nombre paterno. Algunos años después, el Estado Soberano de Panamá, como homenaje a la memoria del mandatario muerto en defensa de las instituciones, otorgó a su joven hijo una beca con la cual pasó a Bogotá a terminar su educación universitaria. En el Colegio del Espíritu Santo, regentado por el ilustre Don Sergio Arboleda, obtuvo Santiago de la Guardia su diploma de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Regresó a Costa Rica y en aquella tierra donde había transcurrido su adolescencia, donde tenía numerosa parentela y donde se forjaba una democracia que es honra y prez de la América hispana, no pudo menos que interesarse en la política, por más que ni entonces ni nunca quiso renunciar a su nacionalidad. Era por aquel tiempo un joven de veinti-

seis años, fogoso, ilustrado, idealista, valeroso, lleno de los ímpetus nobles que llaman a la acción. El momento político requería la colaboración de un hombre de las condiciones del joven colombiano y el problema de su nacionalidad quedó resuelto cuando el Congreso de Costa Rica por acto especial lo declaró Ciudadano Honorario de la República. El Presidente Próspero Fernández primero, su sucesor Bernardo Soto después le confiaron en el Gabinete la cartera de Guerra y Marina. Cuando el Presidente guatemalteco Justo Rufino Barrios, quiso confiar a la decisión de las armas el problema de la Unión centroamericana, Santiago de la Guardia, graduado como General de Brigada, cooperó en la organización de las fuerzas con que Costa Rica, siempre celosa de su independencia, se dispuso a enfrentarse a Barrios, del mismo modo que antes se había enfrentado a Morazán.

La revolución de los mil días llevó al General de la Guardia nuevamente al servicio militar. Fue Jefe del Estado Mayor de una División e Inspector General de otra en el ejército colombiano, y tomó parte en dos de las campañas de aquella prolongada y cruenta guerra civil.

Al ocurrir la separación de Panamá en 1903, Don Santiago abrazó en seguida la causa de su tierra natal y al reconocer Costa Rica la nueva República fue escogido para desempeñar el cargo de Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de aquella nación. Dificultades políticas que se le presentaron al Presidente Amador Guerrero durante el año de 1904 lo decidieron llamar al General de la Guardia a la Secretaría de Gobierno y Relaciones Exteriores. Dos años de permanencia en aquel elevado cargo, en los días turbulentos y difíciles en que la República daba sus primeros pasos en la vida internacional, sirvieron para poner de relieve los quilates de don Santiago como hombre de gobierno. Cuestiones gravísimas mantenían en zozobras a la recién emancipada nacionalidad. Sobre vino la controversia sobre los puertos del canal y sobre la interpretación y aplicación del tratado de 1903, que tan vastas repercusiones tuvo en las relaciones de Panamá con los Estados Unidos, y que implicaba para la República cuestiones de vida o muerte. En las discusiones que se llevaron a cabo con el entonces Secretario de Guerra norteamericano William H. Taft, y que terminaron con los conciliadores convenios que pusieron fin a la controversia, Santiago de la Guardia tomó participación lucida y honrosa. La disolución del Ejército, que sucesos que es innecesario relatar habían convertido en fuente de alarmas e inquietudes, fue llevada a cabo por el General de la Guardia con tino y entereza. La discusión de la frontera con Costa Rica, que él tuvo a su cargo, terminó con el tratado Guardia-Pacheco de 1905, tan sabio, tan equitativo y tan ventajoso para Panamá, que al confrontarlo hoy con los tratados, situaciones y soluciones

posteriores, nos parece mentira que nuestra incipiente diplomacia hubiera alcanzado triunfo tan señero como el que constituía aquel admirable pacto. Una cadena de errores fatales nos hizo perder sus frutos pero nadie podrá arrebatar a Santiago de la Guardia la gloria de haber mostrado en aquellas negociaciones una visual, un criterio y un patriotismo insuperados.

Motivos de delicadeza personal lo llevaron a presentar al Presidente Amador Guerrero renuncia de la cartera de Gobierno y Relaciones Exteriores en Septiembre de 1906. No pertenecía don Santiago a la casta de aquellos que en las deliberaciones de la administración y de la política se la pasan mirándole la pupila al Presidente para adivinar qué piensa y entonces pensar ellos lo mismo. De la función de colaborador y consejero tenía él ese elevado concepto en que la lealtad para con el mandatario se hermana con el sentimiento de la propia dignidad. Daba él sin vacilar el consejo o parecer que se le pedía. Si en asunto grave él profesaba criterio distinto al del Presidente, lo sustentaba con valor y franqueza, pero con cordialidad y cortesía. Si el conflicto de opiniones era inconciliable, su renuncia no se hacía esperar.

Durante la gestión presidencial del Dr. Pablo Arosemena fue llamado Don Santiago a desempeñar la Procuraduría General de la Nación y en el año de 1912 representó con lucimiento a Panamá en el Congreso Internacional de Jurisconsultos reunidos en Río de Janeiro. En 1913 el Dr. Belisario Porras, quien tenía amistad con él desde la ya lejana época en que ambos eran estudiantes en Bogotá, y quien apreciaba su talento chispeante y su claro juicio, lo nombró miembro de la Comisión Codificadora que tuvo a su cargo la redacción de los siete cuerpos de leyes de la nación. Algún tiempo después, en 1915, el mismo Presidente Porras lo nombró de nuevo Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Costa Rica. Se había creado una delicada situación con motivo de la sentencia dictada por el Presidente de la Corte Suprema de los Estados Unidos en el arbitraje sobre interpretación del Laudo Loubet, sentencia que Panamá rechazó por haber excedido el Arbitro su jurisdicción. Juzgó el Presidente Porras que nadie estaba en mejores condiciones que don Santiago para buscar en el terreno de la diplomacia la solución del conflicto surgido. Don Santiago, infortunadamente, no pudo desempeñar aquella misión, porque una deficiencia cardíaca le hacía imposible la permanencia en la altitud de la capital costarricense.

En 1918 tuvo lugar la reñida elección para diputados a la Asamblea Nacional que debía elegir Designados después de la prematura muerte del Presidente Dr. Ramón M. Valdés. La mayoría parlamentaria votó en favor de la candidatura del Dr. Belisario Porras para Primer Designado, cargo que para él implicaba el ejercicio del mando supremo por lo que

faltaba del período presidencial. Para el Gabinete que debía colaborar en su administración el Dr. Porras escogió a Santiago de la Guardia como Secretario de Hacienda y Tesoro. Fueron sus colegas don Pedro A. Díaz en la cartera de Fomento; el Licenciado Jephtha B. Duncan en la de Instrucción Pública; Don Ernesto T. Levefre en la de Relaciones Exteriores; el que esto escribe en la de Gobierno y Justicia.

En aquellos días de pasiones caldeadas, de luchas arduas, de situación internacional delicadísima, la obra del Gobierno se hacía en extremo difícil, sobre todo en el ramo de Hacienda. El Erario se hallaba exhausto, los servicios públicos se pagaban con atraso y el crédito del Estado había descendido a bajo nivel. La fuerte depresión económica que sobrevino durante la primera guerra mundial, la inflación que siguió el advenimiento de la paz produjeron trastornos profundos y transiciones violentas. Los rutinarios sistemas de cobros y pagos que imperaban desde el nacimiento de la República exigían con imperio una reorganización radical. Para acometerla era menester un hacendista de primer orden y un hombre de integridad y de carácter excepcionales. Don Santiago probó ser ese hombre. Economía severa, orden estricto, eficiencia en la contabilidad oficial y sobre todo una mano fuerte contra los vicios inveterados, contra las filtraciones y los zarpazos, eran los remedios que a juicio de él, exigía la situación...

¿Cuál es su programa, General? le interrogaron los periodistas al tiempo de posesionarse de su cargo.

Agua y jabón, respondió en su lenguaje pintoresco y chispeante.

Ese sencillo programa de limpieza administrativa fue de eficacia extraordinaria. La labor de don Santiago en la Secretaría de Hacienda señaló el paso de los viejos métodos a los sistemas modernos que todavía subsisten en lo sustancial. Con la ayuda del técnico norteamericano Addison T. Ruan, se llevó a cabo la transformación fiscal que requería el país. La eliminación de la Tesorería General y el reemplazo de sus funciones por el servicio de un banco como depositario y pagador del Estado, los pagos por medio de cheques, la fiscalización de las cuentas para el efecto de determinar su legalidad, fueron reformas fundamentales de aquella época. En breve tiempo se restableció el equilibrio entre los ingresos y los egresos, el pago de los sueldos y las acreencias atrasadas, el crédito del Estado que tan indispensable era para la gestión administrativa. El Presidente Porras pudo disponer de fondos con qué acometer obras públicas que le trazaban su espíritu dinámico y sus ansias de progreso.

De la Secretaría de Hacienda se separó don Santiago a principios de 1921. Se produjo un desacuerdo entre él y el Presidente Porras, y lo mismo que en 1906, la renuncia no se hizo esperar. Fuera del cargo de

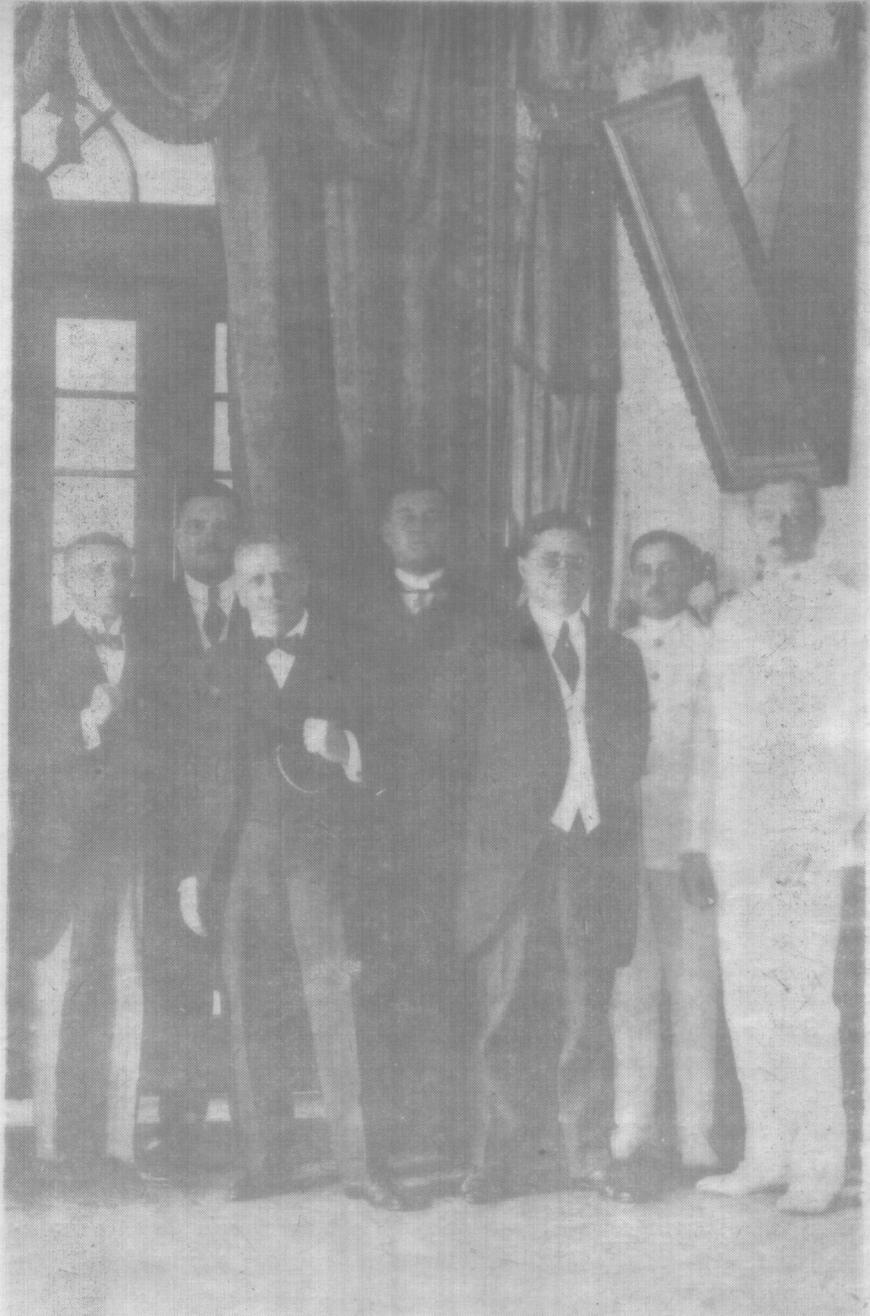
Miembro de la Junta Consultiva del Banco Nacional, desde entonces no volvió a ocupar puesto alguno en la administración pública. Se retiró a la vida privada y trabajando en los negocios se ganó su vida modestísimamente. Tenía ya 65 años. De la vida pública salió pobre de dinero, pero rico en experiencia, de satisfacciones íntimas, de la honra y del respeto que se deben al carácter rectilíneo y a la virtud acendrada.

En lo moral como en lo físico, Don Santiago era una figura de recios trazos. De estatura mediana, anchas espaldas, testa vigorosa y facciones gruesas, su conjunto daba la impresión de lo sólido y lo macizo. Parecía una escultura tallada a grandes golpes por el martillo ciclópeo de Rodin. Acentuaba con una voz de timbre grave la energía de su lenguaje, así en los debates oficiales como en la conversación familiar. Era la suya una elocuencia ruda que amalgamaba la lógica de los hechos con el colorido de una vivaz imaginación. Oírlo hablar me traía a la memoria el retrato que trazó del General Floy la pluma fulgurante del Vizconde de Cormenin. Amigo del chiste y dotado de una gracia inimitable para decirlo, donde estuviera don Santiago resonaban las carcajadas que arrancan el chispazo afortunado y la salida oportuna. Poseía un don feliz de encontrar siempre el lado cómico a todas las cosas de la vida. Ese don le permitió hacer frente a los infortunios y a los desengaños con la sonrisa en los labios y la serenidad en el espíritu. Divertíale pensar que tenía más de Cuasimodo que de Adonis y sus defectos físicos le inspiraban bromas continuas. “Desde mi adolescencia comprendí que yo en el mundo no habría de hacer carrera por buen mozo”, solía decir. Tenía el arco de los pies completamente caído, lo que le producía cierta dificultad en el andar. De ese defecto se burlaba diciendo: “La hormiga que me queda debajo del puente, me la tiro”. Otras veces rememorando su matrimonio con la bellísima mujer a quien unió sus destinos --la dulce, la santa, la señorial Doña Elvira Silva-- se solazaba en repetir la observación hecha por uno de los parientes de la novia, de que “el novio estaba hecho contra las reglas del dibujo”.

Cierto es que no pertenecían al Apolo de Belvedere ni las cejas hirsutas, ni el labio borbónico, ni la tez llena de hondos surcos. Pero había en aquel rostro uno no sé qué de nobleza, de bondad y de fuerza que tenía un atractivo irresistible.

Huminábalo dos ojos de mirar profundo, dos ojos claros tras de los cuales se vislumbraba un alma donde no hallaron cabida las pequeneces, ni la duplicidad, ni las ruindades, donde siempre tuvieron su morada los pensamientos más altos, los impulsos más generosos.

Fué don Santiago político de fuerte apego a su bandera. Por herencia, por tradición, por educación, se proclamaba conservador de tuerca



Fotografía tomada en el Palacio Presidencial de Panamá, durante la administración de don Ernesto Tisdell Lefevre (1920). De izquierda a derecha: primera fila, General Manuel Quintero Villarreal, Secretario de Fomento y Obras Públicas; General Santiago de la Guardia, Secretario de Hacienda y Tesoro; S. E. el Presidente Lefevre y el General John J. Pershing. Segunda fila: don Rodolfo Estripeaut, Gobernador de la Provincia de Panamá; don Archibaldo E. Boyd, Alcalde del Distrito de Panamá, y el Coronel Carlos Manuel Arias F., Edecán del Presidente.

y tornillo. Pero a la verdad, él en política se preocupó más por las realizaciones que por las ideologías. Su mentalidad era eminentemente práctica. Discutía un problema económico, fiscal o internacional con interés mayor que un tema filosófico o especulativo. "Mis enemigos peores, —solía decir, son los borrachos y los ladrones, sea que lleven la divisa roja, sea que lleven la azul". Ineptitud, holgazanería, desvergüenza eran para él mercancía que ninguna bandera podía legitimar; y no le importaba la filiación contraria de quienes le inspiraran aprecio o respeto. Tal vez fueron sus mayores efectos los que profesó a amigos de ideología liberal. De allí la fascinación que ejerció sobre hombres de todos los partidos que sólo veían en él un valor auténtico, un ciudadano insigne, un varón que por sus servicios al país y por encima de las denominaciones partidaristas y pertenecía con título limpio al walthalla de las glorias patrias.

Si Santiago de la Guardia tuvo defectos y cometió errores, no fueron ellos de los que acusan pequeñez ni protervía. En las luchas de la política el exceso o la insuficiencia de la acción constituye acierto para los unos, yerro para los otros. El funcionario probo es siempre un tirano para los pillos. La firmeza de carácter es despotismo para quienes no logran arrollarla. A Don Santiago le llamaron sus adversarios EL COCO, apodo con que se le pintaba como el hombre que pretendía intimidar a la comunidad con gestos de sargentón. Lo cierto es que eso de arrastrar el sable era cosa incompatible con la sencillez de aquel general eminentemente civil. En el camino de lo que él consideraba su deber, así era irreductible en la resistencia como decidido en la acción. Pero el hecho incontestable es que no cometió jamás actos de arbitrariedad, ni de violencia, ni de persecución. Los hombres vengativos, rencorosos, perseguidores, implacables, son generalmente los más cobardes. Del alma de los valientes sólo brotan los nobles ímpetus con que se combaten de frente en las lides del honor.

Cuatro años de vida apartada y apacible transcurrieron después de separarse Don Santiago de la Secretaría de Hacienda. El mal cardíaco de que padecía siguió agravándose, y el 25 de Octubre de 1925 la tierra panameña se abrió para recibir los despojos de aquel hijo benemérito.

Tal vez no fueron suficientemente apreciadas por sus contemporáneos las cualidades excepcionales de aquel insigne ciudadano. Pero hoy, a los cuatro lustros de su muerte, contemplando la talla egregia de su personalidad contra el fondo de la historia nacional, hay que concluir que mientras lealtad, pundonor, franqueza, valor y probidad sean virtudes que exciten a la admiración de los hombres, en la República no se hallará nada más noble, más puro, más fuerte que la figura de Santiago de la Guardia.

Panamá, Mayo de 1944.

Don Santiago de la Guardia

Por OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

(Panameño)

Lo reconocéis? He aquí su rostro familiar de líneas firmes, de ancha frente comprensiva, de mentón voluntarioso, de labio inferior sensual y displicente, de sonrisa volteriana, de mirada luminosa y desafiante. Este hombre, tan completamente hombre, lo habéis visto vosotros como si hubiera vivido siempre en la seguridad de la victoria, pues no conoció la derrota sino por el desfallecimiento de los que le rodeaban. Apuntó toda su vida a lo más alto, orgulloso de intentar lo así, fiel para consigo mismo, sin importarle con el aplauso ni con la gloria. Cuando conquistó el poder, supo conquistarlo sin bajezas y luego ejercerlo sin miedo, y abandonarlo en la derrota sin pesar y sin remordimientos. Como lo decía Cleunceau de Demóstenes, no conoció la degradante atracción del más fuerte que reserva en sus manos todas las recompensas.

Educado en las ideas y escuela de los conservadores románticos y recalcitrantes colombianos, su fanatismo ideológico lo empujó hacia los terrenos movedizos de la paradoja política y la paradoja oratoria. Pero hablaba y escribía con ardor y una agresividad que hacían insospechable la sinceridad con que atacaba o defendía. Y como era honrado a toda prueba y tenía el valor de sus convicciones y el valor de la adversidad y en todo ponía un aticismo del mejor gusto que también en Colombia había adquirido, sus manifestaciones infundían respeto y si herían, la herida abierta ardía pero no sangraba. Enérgico y apasionado también como

era se sentía cómodo en la polémica parlamentaria la cual manejaba como esgrimista francés con arte, destreza y cortesía admirables, que jamás mancharon la albura de sus guantes, estos guantes de caballero, que cual en la leyenda rubendariaca del Cid, él sabía quitarse para ofrecer desnuda, al leproso, la limosna de su mano! Su palabra fácil derramaba donaire o ironía fina, como cuenta que el Duque de Bukinham atravesó una vez los salones de Luis XIV derramando perlas.

En don Santiago de la Guardia este talento de la ironía suponía lo que necesariamente debe sustentarlo cuando es de pura ley; la capacidad de sentir la belleza y practicar la bondad y la justicia. No es posible distinguir lo ridículo y lo pequeño sin tener la noción clara de lo bello y de lo grande. De aquí que su talento burlón fuera el reflejo de su espíritu recto, lleno de penetración y sentido patriótico con un corazón bien puesto y abierto a todos los sentimientos nobles. Gran dignatario, pues, de la honradez y de la inteligencia, don Santiago, hombre de mundo, emanaba de su figura una gran seducción acompañada de aquella facilidad de palabra y de maneras de que antes hemos hecho mérito. Naturaleza al mismo tiempo ardiente e impetuosa, la contradicción a sus opiniones lo hacía asumir un dogmatismo contundente en que la autoridad de su palabra parecía querer imponer antes que persuadir y y en que su jovialidad innata se transformaba en veneno maligno de su genio.

Una fisonomía severa sin llegar a lo adusto, nobleza y mesura en los ademanes, pronunciación clara y seguridad en el decir, gran facilidad para encontrar el ridículo y manejar la ironía, el chiste o el sarcasmo, he aquí las cualidades exteriores de la elocuencia de don Santiago, ya como orador, como "causeur" de salón o de corrillo.

En las vicisitudes políticas por que atravesó en su vida, en los puestos de confianza que ocupó, su alta reputación corría parejas con su pobreza. Y a pesar de las pruebas dolorosas por que pasó, a pesar de las batallas que dió y soportó, no dejó en el camino una sola brizna de aquella reputación inmaculada, no dobló la entereza de su alma varonil. Su austera probidad política, la firmeza de sus convicciones, hicieron que todo el mundo en Panamá, aun aquellos que lo combatían o no comulgaban sus ideas, lo consideraran hombre de una sola pieza contra quien hubieran votado lo mismo que los atenienses contra Aristides, mas sin dejar de reconocerlo, como el ciudadano de Atenas uno de los más puros y virtuosos de Panamá.

Panamá, Junio de 1918.

Dos Cartas y

Dos Hombres

Por *JOSE ISAAC FABREGA*

(*Panameño*)

Tengo sobre mi mesa una carta de Santiago de la Guardia, y otra de Marco Fidel Suárez, que me prestó Samuel Lewis Jr. para que borde sobre ellas mi comentario. Y frente a las letras venerables, debo decir ante todo que si la epístola es índice de la personalidad de quien la escribe, en el caso particular de la correspondencia entre panameño y colombiano tal verdad se reviste de fuerza especialísima, porque en cada uno de los renglones aparecen los dos caracteres, las dos voluntades, las tendencias personales de los dos ínclitos varones, en una forma casi nítida y al mismo tiempo impresionante.

SON DOS CARTAS DE REMINISCENCIAS JUVENILES

Desde Panamá Santiago de la Guardia escribe a Marco Fidel Suárez, su compañero de la escuela, una carta de felicitación por haber alcanzado éste la primera magistratura colombiana. Suárez, después de dos años, ya en el pleno ejercicio del mandato, contesta a de la Guardia, dolido por no haberlo hecho ya mucho antes, y evocando también en afectuosos párrafos las épocas lejanas de vinculaciones escolares. Se trata pues, en la esencia, de un mutuo desbordante de sentimientos. Se trata sobre todo del sabido tema de las reminiscencias, en que invariablemente se vuelcan sobre las arideces de hoy las frescuras del pretérito, en que nuevamente se sueña por reflejo de las ilusiones de otros días, y en que papel, tinta, pluma, espíritu, todo se inunda con ese antiguo sol de juventud y gloria a cuyas lumbreras parecieron una vez perpetuamente bello el mundo e incabables sus horizontes. Y, y sin embargo, allí en el estremecimiento romántico y en las oleadas de luz que torna del pasado, en la sencilla reconstrucción de las aulas apacibles y de las aventuras inocentes, allí surgen Santiago de la Guardia y Marco Fidel Suárez tal como fueron ellos en sustancia, con todas sus líneas personales y sus rasgos únicos, como emergiendo vigorosos y rotundos de ese piélagos rizado por la ondas emocionales. Raro poder el

de la personalidad humana que, cuando tiene auténticos distintivos, deja siempre su huella inconfundible aún en la obra más sencilla y en la más simple palabra! Sorprendente vinculación entre el sér no común y lo que él incuba y produce, de tal suerte que lo creado lleva el sello del creador aún cuando no existan la intención de la perpetuidad ni la búsqueda de admiración y de fama!

DE LA GUARDIA. VARON DE ESTIRPE POR NACIMIENTO Y DE IGUADAD DEMOCRATICA POR IDEALES

En las cartas de Santiago de la Guardia y Marco Fidel Suárez primordialmente se advierte la reacción que produce en cada uno de esos hombres, no en un día sino a través de toda la existencia, la noción de la propia cuna y las circunstancias sociales. Santiago de la Guardia viene de un libertador por línea de madre, y su progenitor desempeña la suprema jefatura del departamento del Istmo cuando cae herido mortalmente en los fragores del combate. Su apellido, viejo entre los istmeños, es aquí y en Bogotá prenda segura para todos los entronques y todas las facilidades. Se siente desde la adolescencia en todas partes acogido, mimado, respetado, y está en peligrosa condición propicia para caer en el engaño de que un nombre ilustre es título suficiente para el rechazo de las igualdades democráticas. Pero esas mismas condiciones de la vida que le halaga y le sonríe, hacen aún más amplio y justicieron el espíritu panameño, conformado ya por disposición íntima para el reconocimiento de los méritos sin distinción de castas. Jamás Santiago de la Guardia, que tiene tántos subalternos en la dilatada vida pública, emplea la frase busca o el ademán desdeñoso frente al humilde, por la sola circunstancia de su humildad. Su cólera, que estalla no rarás veces, se rompe contra los ineptos y desdeales sin distinciones de alcurnia. Su genial ironía, delicada y cortante como el cabello fino, ante todo lesiona precisamente a quienes se sienten superiores sin credencial auténtica, a los caballeros de mentira, a todos los que pomposamente simulan suficiencia sobre un fondo de mediocridad. La honradez y la competencia, no la prestancia en los salones, constituyen en él pauta incommovible para juzgar a los otros, porque tales son las condiciones que se exige y que presenta él mismo en el servicio de la República. "No deseaba mortificarte, pero ya que insistes en el tema, debo decirte que tu allegado es un ladrón", manifiesta casi brutalmente, en sus odios contra los hombres sin escrúpulos, a personaje altísimo que con insistencia se querella en el Ministerio de Hacienda. "Con lo que ese hombre ignora se puede editar una enciclopedia", contesta rotundo y mordaz cuando se le pregunta, en pleno Gabinete, por las condiciones de un figurín social para

determinado cargo público. Y como Marco Fidel Suárez no es ladrón ni ignorante sino, por el contrario, honesto mozo prometedor para las letras, Santiago de la Guardia hace de él en la adolescencia su gran amigo y compañero, sentando así intuitivamente desde los claustros escolares lo que irá siendo desde entonces, más y más, su modo inexorable para juzgar de un golpe rápido a los ciudadanos y sus méritos. Por la misma certeza de su de su alumnía istmeña, no se prodiga el estudiante, en esos días bogotanos en ofrecer calculadas preferencias por condiscípulos de abolengo. Marco Fidel Suárez es humilde, y él lo busca; es tímido, y él lo alienta; es oscuro, desconocido, pobre, con traje misero; y él lo aprisiona del brazo cariñosamente. Y van así, como dos jóvenes hermanos, por corredores escolares y por rúas capitalinas, el antioqueño sin historia y el panameño de estirpe, en un republicano desafío de aristocráticos prejuicios. Cuando llega, aún en tiempos escolares, el concurso literario para el elogio de Andrés Bello, Santiago de la Guardia incita a Suárez para medirse en el torneo, lo convence de sus aptitudes, le obtiene libros de consulta, le conserva sellado su secreto, y con él participa luego noblemente, como si el triunfo fuera propio, en la súbita impresión de la noticia fausta y también en la embriaguez de la repentina gloria. “Cómo olvidar aquella noche del concurso — escribe Guardia a Suárez cuando asciende éste más tarde a la presidencia de Colombia— en que reunido lo más selecto de la intelectualidad colombiana en el recinto de las aulas universitarias, sonó tu nombre, agraciado con el primer premio que consistía nada menos que en el derecho a un sillón de la Academia Colombiana de la Lengua!” “Cuán pocos de los que allí nos hallábamos— añade en su misiva— sabíamos a quién pertenecía aquel humilde nombre, y cómo me acuerdo del momento en que siendo tú objeto de todas las miradas y profundamente emocionado, te dejaste conducir en medio de estruendosas exclamaciones y de aplausos, a ocupar aquel puesto que hoy podemos llamar tu primer solio!” Y de que modo tan firme —observo yo en esta glosa— se revela en esa carta la individualidad del panameño cuya posición no es origen de egoísmos, cuya desenvoltura sirve para ayudar al antioqueño meritísimo en las faenas del ascenso, y cuyo cabal sentido de la real valía, genuinamente democrática, le llevan a contemplar un solio, no en el moblaje hereditario de blasonados respaldares, sino más bien en el sillón simple y austero al cual asciende Marco Fidel Suárez, en una noche de academia, con vacilaciones aldeanas!

SUAREZ TIMIDO Y AMARGADO EN MEDIO DE SU GRANDEZA Y DE SU GLORIA

Pero si el permanecer en las alturas sociales no adormece a de la Guardia para el pleno desarrollo y la aplicación generosa de sus salientes fa-

cultades. en cambio en Marco Fidel Suárez las cumbres, los honores, el aplauso de las muchedumbres, el espontáneo y fervoroso mimo de las esferas elevadas, nunca logran disminuir una impresión como de amargura y desaliento por las realidades de la cuna. Extraño resulta, en varón de su talla, esa especie de obsesión íntima que se deja ver muchas veces en sus palabras y sus actos. Inexplicable parece que, quien fue todo espíritu magnífico, permanezca trágicamente atado siempre a meros detalles circunstanciales. Pero es lo cierto que el origen de su ser, el no llevar desde el comienzo el mismo nombre de su padre que después no acepta, lo embarazan a menudo para la actividad confiada y libre, y le aportan una extremada mansedumbre que no se aviene en ocasiones con la actitud tradicional de los presidentes colombianos. Subir desde la anonimía hasta el picacho, debe significar en una república doble halago. Debe ser halago para el hombre en sí, por una vanidad noble y en ningún caso censurable. Y también debe serlo, por el aspecto de la patria, porque el ascenso en ese caso significa la feliz existencia de la verdadera vida y el verdadero escalafón democráticos. Mas Suárez, a pesar de la grandeza de cerebro y las condiciones del alma, mientras más asciende parece más anonado y tímido por ese pretérito que los demás solo recuerdan para hacer más notorio a su largo y glorioso recorrido desde la escueta casucha de las montañas antioqueñas hasta el palacio de San Carlos. He oído de viva voz a brillante estadista colombiano que muchos de los desaciertos que se atribuyen a Suárez se originan en la espina que lleva él en lo más íntimo como producto de una super-sensibilidad inigualable. No me atrevo a reafirmar rotundamente la tesis. Pero es lo cierto que, aún al escribir al amigo íntimo, hay en él marcado brote de un como apocamiento que lastima el ánimo, porque la ilusión —una ilusión que bien podría llamarse lógica— se imagina a los varones de su fuste inconscientemente erguidos, sabedores de que han soltado las amarras de las comunes biografías; como aislados, mediante un halo, de los triviales accidentes y ejerciendo con plenitud y con acierto su función de directores y de símbolos. Véase esa carta para el dilecto, para el Santiago de la Guardia de los viejos días, y se observará allí en seguida a Marco Fidel Suárez recordando que tuvo cargo de importancia por “un mandado” que le hizo a don Dionisio Mejía, reviviendo su cortedad ante Rafael Núñez a quien “saludó quién sabe cómo”, dejando como una estela de notable apocamiento en los sugestivos y ya hoy pálidos renglones presidenciales. Nadie podría, con todos los esfuerzos, encontrar otra impresión en esas líneas de Suárez. Allí está él, ilustre de Colombia y de la América, como con una sombra de fatal rebajamiento que resalta en un contraste con los merecidos lampos de su fama.



Don MARCO FIDEL SUAREZ

**Nació en Hatoviejo (Antioquia) hoy Bello, el 23 de Abril de 1855.
Murió en Bogotá el 3 de Abril de 1927.**

DOS COMPAÑEROS CATOLICOS Y DOS DISTINTAS MODALIDADES RELIGIOSAS

Son los dos de hogar católico, de aulas católicas, de un practicar del catolicismo sin embozo ni paréntesis. Pero en el culto religioso de Santiago de la Guardia, siendo así fiel ese culto, hay como una sana alegría por las cosas de la vida y un constante interés por este mundo que en algo ha de valer en medio de sus miserias cuando Cristo lo amó, en sus montañas y sus lagos, y cuando él mismo dió su sangre para redimirlo. Y al extremo contrario, la religión de Marco Fidel Suárez guarda un profundo toque de tristeza: se sintetiza ella, ante todo, en las continuas y angustiadas meditaciones de lo eterno; se caracteriza, minuto por minuto, cada vez con más ahinco, en un místico desdén por esta vida secundaria y de ligero tránsito: se desahoga y se resuelve en lágrimas amargas y en suspiros trémulos por la patria invisible y ardientemente amada de las regiones celestes. Dentro de la inquietud, la vibración, el ímpetu jocundo que es la existencia del istmeño, el espíritu cristiano parece como si se vinculase alegremente con el lucero de la Buena Nueva y se inclinase, también alegremente, al cuadro del Tiberiades con sus pláticas risueñas y del Tabor con sus deslumbramientos. En su gravedad casi inmutable, en sus fijas sensaciones de que todo es polvo y solo polvo, en su sentido solemne e inconscientemente trágico del universo y de los scres, el espíritu de Marco Fidel Suárez mantiene y aquilata su cristianismo colocando expresamente la visión dolorosa del Calvario en todos los horizontes. Para Santiago de la Guardia --su vida así lo demuestra-- la tierra es ante todo interesante campo de combate, con todas las fascinaciones propias de la lucha, el varonil soportar de las derrotas, los júbilos del triunfo, la posterior serena placidez por el deber cumplido con afán cristiano. Para Marco Fidel Suárez la tierra es otra cosa: es sólo un valle de lágrimas. De la Guardia, en su ágil platicar que yo conozco tanto, cita solo la muerte como algo no deseado, ni tampoco temido, porque no hay en él reflexión ni emoción para deseársela o temerla. Y entonces, cuando sencillamente la menciona en sus movidas frases, pierde ella mucho del tradicional aspecto escalofriante al pasar, como fugándose, por entre los chispazos y las sales de las palabras áticas. Marco Fidel Suárez, en cambio, alimenta constantemente el pensamiento del trance último aún en medio del vértigo de los afanes del Gobierno. Simbólicamente podría decirse que es un fraile cartujo dedicado a cavar su sepultura con las propias manos: y la cava, precisamente como el fraile, nó de una sola tarca, sino día por día, lentamente, para que nunca se interrumpa en su conciencia la noción del inevitable desenlace. No implica su actitud la disciplina rígida y penosa que sigue a veces el hombre, cincelador de su voluntad, contra todas las rebeldías del espíritu o de la

carne. Muy por el contrario, Suárez goza anticipadamente con la muerte; y es lo extraño que tal gozo no aminora cuando, para múltiples fruiciones, tiene él juntas entre sus manos la posición, el poder, el bienestar por lo menos relativo y la plenitud de la gloria...

LAS APTITUDES DE LAS VIDAS DE LOS DOS VARONES SE REFLEJAN SUS RESPECTIVAS MUERTES

Esa unidad de religión y diferencia de ángulos en el amarla y practicarla se reflejan en forma muy directa en las modalidades de la agonía y el fallecimiento de cada uno de los inseparables condiscípulos de las aulas bogotanas. Cada uno de ellos, en el decisivo turno, tiene junto a sí al Cristo que adoró invariablemente desde la infancia. Cada uno de ellos musita las plegarias solemuizadas con el postrer aliento de todos los cristianos moribundos en el transcurso de los siglos. Pero Santiago de la Guardia, en sus momentos lúcidos, va mezclando necesariamente el balbuceo de la oración con las manifestaciones de su vida fuerte, vibrante, amable y torrenciosa cuyo ritmo espiritual parece defenderse de las inexorables exigencias de la agonía. Se restablece a veces, como por un milagro de segundos, la recia voz quebrada, instrumento constante en el ayer para los apóstrofes bravíos, para la feliz respuesta sorpresiva en el agudo y encendido juego de la Cámara, y también, así con toda su reciedumbre, para la oportuna palabra fraternal y el adecuado elogio justiciero. Se acerca el hijo predilecto en esas breves rachas del resurgir extraordinario, y habla entonces el viejo serenamente, lo mismo que en la hogareña parla cotidiana, de la profesión médica iniciada por el vástago y de los planes inmediatos para dar impulso y brillo a la carrera que ya él, con esa su rara fe que nunca le abandona, acertadamente se imagina plena de merecimientos y festonada de lauros. Se va acercando hasta el lecho linajuda señora vinculada al moribundo por el afecto y la sangre. Los femeninos ojos humedecidos —yo puedo atestiguar el episodio por observación directa— no provoca ni leve reciprocidad de lágrimas en el enfermo. “La muerte no me impide ser galante”, murmura entonces a la dama con la vieja y sana cortesanía. “Estás hoy —le añade perceptiblemente— tan bella como en tus mejores años”. Y se esfuerza en el rostro ya cetrino la sonrisa plácida, que es el último gesto del gran señor don Santiago por los salones de la vida, y que sin duda el Cristo inmóvil a la cabeza del enfermo acepta generosa y comprensivamente como la sencilla persistencia del hombre configurado para la tierra, acostumbrado a la tierra, y honesta y no groseramente vinculado a las excelsitudes de la tierra...

Pero Marco Fidel Suárez no declina, no puede declinar así. Su sueño —ya se ha visto— no fué nunca la Presidencia de Colombia, sino un reino de otro mundo, que ya él dislumbra al fin entre un coro de ángeles que

cantan jubilosos por el arribo de otro nuevo entre los humildes y los mansos. Su gloria, la predilecta y quizás la exclusiva de su espíritu, no fué nunca la que le dieran las Academias y los Pueblos en su Colombia y en su América, sino otra gloria muy distinta que precisamente se les está ofreciendo arriba como en oleadas luminosas mientras acá, en la tierra misera, su rostro y aposento se van llenando lentamente de palideces y de sombras. Desdeñó las inquietudes, y he aquí que se acerca para siempre la quietud sin límites. Estimó esta vida como un tránsito, y ya él se encuentra en el término. Y así el final de Marco Fidel Suárez, como en un expresivo corolario de lo que fué primordialmente su existencia, va santa y místicamente del ansia de contemplar a Dios, en el aleteo de la plegaria, hasta la propia contemplación de Dios en la suprema inmovilidad del éxtasis.

En las cartas que comento se observan precisamente los rasgos característicos de los dos estados de ánimo en relación al mundo y a la vida, y las dos distintas preocupaciones frente al declive de los años y las perspectivas del misterio. "Pido a Dios que nos veamos y abracemos algún día antes de emprender el viaje supremo", dice Suárez a de la Guardia en su epístola de respuesta. Y la frase, seguramente noble en sí por la delicada inclinación hacia el amado condiscípulo, no corresponde sin embargo a la voz cálida y vibrante de quien se encuentra aun en las agitaciones de la cumbre, sino más bien al fatigado desahogo de quien aguarda inmóvil y sin ánimos que se aproxime la partida. Murió Gabriel — expresa a de la Guardia al referirse al hijo fallecido — "dejándome perenne recuerdo que jamás se borrará y que me obliga incesantemente a esperar en la muerte". Y no hay en la confianza del amigo una reacción contra la pena para defensa de sí mismo, ni tampoco para la defensa de Colombia que le ha entregado sus destinos. En la Presidencia de la República, en la augusta mesa histórica donde va escribiendo sus líneas y donde "lo trajo el raudal" según su frase precisa, Marco Fidel Suárez no tiene por un momento la natural inclinación de planear heroicamente para la patria sobre las ruinas de su espíritu, de tejer sobre la tumba de su vástago una guirnalda de ilusiones y propósitos por la grandeza de Colombia. Egoísmo del hombre y del ciudadano? Inconsecuencia del Gobernante? Vinculación íntima y lógica de la actitud constantemente desmayada con el fundamental pensamiento que domina. Ya lo dije muchas veces en mi comentario y lo deja entender él dando otra vez la clave de su indiferencia por el mundo, al recordar en su carta los nombres de los compañeros juveniles: "...y el matemático Napoleón, ausente ya de nosotros, en la tierra de la verdadera vida..."

Santiago de la Guardia, a la edad en que escribe su amical epístola,

no formula invocaciones a la muerte, ni mucho menos corteja ésta, ni la califica tampoco como piadosa liberación de los dolores humanos. El tema de su historial las páginas agradables —las de los años mozos— y las recuerda con fruición al compañero como si para éste, y para él mismo, no tuviesen trascendencia ni interés las zozobras económicas pasadas, los obstáculos no vencidos, las empresas y los ensueños fracasados. “Con cuánta satisfacción, —manifestó el panameño— he pasado revista a los recuerdos que se han producido en mi memoria que, si bien un tanto empañada por el transcurso de mi sesenta años, no ha perdido con la acción corrosiva del tiempo los detalles de aquellos días en que vivíamos juntos en la Pila Chiquita y formábamos con Luis Martínez Silva un trío inseparable”. Y esta única mención de la ancianidad en que transita, pasa rápidamente como dato simple y escueto por los renglones de la carta, para que imperen en ella solamente los proyectos optimistas y las risueñas conjeturas, como un rotundo brote de la potente vida máscula, no dominada, ni confundida, ni apocada por el tiempo. Si se hubiesen fundido de la Guardia y Suárez en un hombre solo, con unidad de nervios y de sangre, con una sola voluntad, un solo ideal, un solo espíritu!, se medita frente a las cartas sugerentes, en la agradable fantasía de forjar el acabado tipo humano de los perfectos equilibrios. Entonces seguramente, para el bienestar de pueblos, no habría tenido nunca sombras tétricas el poderoso pensamiento y habría sido siempre tensa la voluntad, provechosamente alegre la inquietud fecunda, maravillosa la acción empujada por la ciencia, luminoso el planear nunca sujetado por zozobras, ni abatimientos, ni tristezas. Porque el dolor es acicate para el arte puro, pero no guía de la política ni consejero del Gobierno. Las almas torturadas modelan gloriosamente endecasílabos y bronceos, pero no Repúblicas. La pena y la desesperanza son fuerza de inmortalidad para Milton y para el Dante, pero no constituyen el portentoso secreto de Disraeli o de Cavour, de Bonaparte o de Gladstone. A la nación, a la patria, hay que entenderlas, amarlas y trabajarlos con una ilusión de eternidad y tal ilusión es imposible en quien se aferra sin un solo intervalo al pensamiento de que nada es eterno sobre la tierra. Se es estadista mirando hacia el horizonte de los tiempos con su infinita sucesión de generaciones que necesitan, aun sin haber nacido, de las previas preocupaciones y los anticipados afanes del presente: no se puede ser estadista, no se puede triunfar para la República, mirando constantemente hacia la tumba como única preocupación, único fin, único centro. El hombre de gobierno está llamando a la siembra de guayacanes y caobas para las techumbres del mañana ilimitado, pero fracasa en su misión si sólo planta temblorosamente flores pálidas para su propia sepultura. Los dos varones de las cartas expresivas, de haber constituido indivisible unidad

con la fusión de sus poderes, sin dejar de ser sinceramente cristiano habrían sin duda creado sabia y profusamente para la tierra y, sin olvidar la divina venturanza de otro mundo, habrían aquí, con su siembra, preparado amable y constante sombra para los de ahora y los que vienen.

DE LA GUARDIA ES EJEMPLO DE FECUNDA LABOR EN LOS ALTOS CARGOS DE LA REPUBLICA

Si de la Guardia no asciende a la presidencia panameña, es porque así lo deciden las esquivaces de nuestra política-ilógica a veces como el Destino, del cual suele ella ser elemento —que se complace en cerrar en un segundo los caminos que ya aparecen definitivamente abiertos. Quién sabe si en Colombia, de no haberse registrado los sucesos de los inicios del siglo, habría él arribado paso a paso a las alturas sin que la suerte se opusiese allí —como en el Istmo— a la victoria total de su personalidad precisamente forjada en sí para las exaltaciones democráticas. Pero resulta seguro que la mentalidad colectiva de los panameños señala siempre en él la posibilidad latente, que unos observan con regocijo y trae para otros la inquietud en aleación con el respeto. Y es también indudable que ese unísono concepto sobre sus aptitudes para el mando, armoniza en un todo con la eficacia y el brillo, no aparentes sino auténticos, de sus afanes oficiales. En el Ministerio de Relaciones Exteriores, en la primera etapa de la República labora talentoso por suavizar prácticamente cláusulas de un tratado internacional cuyas múltiples deficiencias van resaltando solo con el tiempo, como en el proceso biológico solo tras la inquietud del alumbramiento, bajo la completa luz del día, se logran observar en su plenitud las insospechadas máculas de las criaturas imperfectas. En el sector de Gobierno afianza la estructura interna del nuevo régimen político con su innata facultad de dirección, pletórica de recursos, que refrenadamente va ascendiendo de las discusiones liberales y los consejos persuasivos a la orden lacónica y rotunda, relampagueante de imperio. Allí, en Gobierno, sabe cortar decisivamente la exagerada potestad de la milicia. Reduce allí los sables a limitado señorío, exaltando al tiempo los prestigios de la vida cívica. He impide así que la nueva democracia también se inicie, como en otras regiones, el dramático ejercicio de orientar con un exótico fulgor de charreteras y de espadas los destinos de las naciones de América. En el actuar diplomático aporta a la República un convenio de límites cuyo fracaso legislativo, como después unánimemente se confiesa, significa la carencia, en otros, de su sentido de realidad para pesar con exactitud los beneficios, y de su visión para cortar, con oportuno tajo, discrepancias cuya secuela dolorosa será más tarde los resentimientos y la sangre. Y frente a la Cámara Legislativa, con su hombría para el ataque, su claridad en el con-

cepto, su honradez en la defensa de los bienes públicos, su lealtad política, su despreocupada rectitud por desechar los intereses sin altura y los acuerdos de los débiles, allí con todo ello exalta y glorifica, para ejemplo patrio, su personalísima norma que logro yo escuchar de sus propios labios muchas veces: "Para simplificar mis problemas, acostumbro lanzarme siempre por el camino del medio". Y en el Ministerio del Tesoro, despiertas como nunca sus actividades productoras, revisa, limpia, reconstruye, cambia métodos fiscales, y selecciona personal de proceder sin mácula, y estrangula canongías e impide condescendencias, para ser desde entonces, sobre el áureo pedestal de sus ahorros milagrosos, el símbolo panameño de la máxima probidad en el servicio máximo de la República.

IIAY EN LA PERSONALIDAD Y LA OBRA DEL PANAMEÑO EL ELEMENTO DE ENTUSIASMO PROPIO DEL ESTADISTA

No existe en él solamente un sentido severo y escrupuloso de los deberes públicos. La vocación de los hombres de Gobierno entraña, necesariamente los auxiliares de la tensión y el ímpetu. Con el criterio reflexivo que regula y que refrena, están en los estadistas el innato entusiasmo que planea, el gozo de la creación, las glorias del remate, victorioso, el orgullo de las superaciones. Sin esa natural y constante inclinación por los afanes públicos, la inquietud se reduce a trepidar mecánico, la consagración es sólo puntualidad de horario, la visión se desencanta y se fastidia por las humanas miserias con que se tropieza siempre en las alturas, o proyectar resulta torpe, la tarea es mediocre, el edificio efímero. Allí donde hay un estadista, donde se va plasmando el director vocacional y al mismo tiempo de disciplina en el espíritu, allí existe siempre un eterno fervor por la captación de los problemas, un ahínco indeclinable por observar los hechos y los hombres, una fruición en el análisis, un concienzudo empeño en las rectificaciones, una noble emoción en vincular las normas teóricas del Gobierno con las pautas reales de la vida, para que entonces la política - la auténtica política y no la intonsa y vocinglera - cubra y domine señorial los campos de la ciencia desde las alturas del arte. Y el haz magnífico de condiciones no comunes se encuentra cabalmente en la personalidad de Santiago de la Guardia, quien ataca los problemas sin aguardarlos tímido, salta el obstáculo sin orillararlo, domina situaciones sin dejar que éstas lo dominen, realiza innovaciones sin acogerse desidioso al transcurrir del tiempo, y transita, en fin, gallardo, por su dilatada vida pública con algo así como un patriótico lirismo y una ilusión de hacer, encendida en el espíritu desde la mocedad hasta la muerte. Y las raras características aparecen plenamente reflejadas en la rápida síntesis de su historial, formulada en el presente comentario. Añado ahora que esas aris-

tas inconfundibles de Santiago de la Guardia surgen también de su carta para Marco Fidel Suárez — el compañero antiguo a quien él “quiere de balde” —, en esas líneas cálidas donde el recuerdo de los días comunes de la escuela no finaliza descuidadamente desmayando en rutinarios parabienes para el victorioso colombiano.

Analiza uno por uno de la Guardia los hombres del naciente Gabinete, a Holguín y a Molina, a Araújo y a Roa, y también a Vásquez, Ferro y Pedro López. Y al llegar al nombre de Corral, expresa su creencia de que éste es antioqueño y rememora entonces los tiempos en que él, de la Guardia, con los Posadas y los Gómez, con los Grafestain y los Mejías, realizaban campaña de guerrero por las regiones de Antioquia. “Traté a estos de cerca — dice en la carta — y quedé convencido de que es la gente más práctica entre los colombianos, y de que Colombia tiene que ser gobernada por una serie de maiceros”. Y exactamente aquí, en los párrafos al parecer intrascendentes, irrumpe súbito el hombre instintivamente apasionado por los problemas nacionales. Observa el factor humano, lo cataloga, lo discreciona, y llega luego, en su costumbre de cosechar conclusiones, a la convicción de que las unidades en estudio constituyen por sí mismas en conjunto “un Gabinete admirable”. Relaciona los personajes con el medio, los vincula con las realidades colombianas, y, siempre en la conclusión del estadista, se place del sentido práctico de los elementos escogidos porque Colombia necesita ser gobernada “por maiceros”, es decir, por la acción tangible, por las medidas prácticas: “Si arreglas satisfactoriamente la cuestión americana sin pérdida de tiempo — observa a Suárez Santiago de la Guardia — le harás un gran bien a Colombia, y tendrás los recursos del capital y del crédito con los cuales poner a flote tu administración”. Solucionar problemas internacionales, apoyarse en el crédito para obtener el desarrollo, lograr que el oro circule por todo el suelo colombiano, hace triunfar el Gobierno, realizar el bien de Colombia: he aquí el plan de grandes trazos; he aquí el cerebro del hombre público en sus proyectos y en su vuelo, la voluntad siempre lista, la inquietud presta a desbordarse, y la ilusión que canta, sin posarse sobre locas e irrealizables fantasías, la canción fuerte y varonil del encumbramiento de un pueblo. Ya dice el mismo de la Guardia hasta dónde va su empuje, cuando declara al discípulo que la gloriosa nación debe ser siempre dirigida y gobernada por espíritus de fecundas realizaciones prácticas: Ello ha de ser así — expresa — “si Colombia quiere ser la primera nación de Sur-América desde el punto de vista político”. Hace más de veinte años no pisa el suelo colombiano. En las regiones del Atrato hay ahora una línea fronteriza, él se encuentra establecido para siempre en el Oeste de la línea. Se aflojaron sus vinculaciones con el tiempo, y le quedan apenas la memoria de la escuela del

Espíritu Santo, de la acogedora Pila Chiquita, del afectuoso Luis Martínez, del noble y estudioso Marco Fidel Suárez. Y sin embargo se esfuerza en su intimidad porque Colombia llegue a ser la primera Nación de Suramérica, señala males y remedios, y va esbozando sus proyectos con juvenil entusiasmo, como si él y no Suárez fuera el elegido, como si para él fuesen la obligación y la tarea y a él también estuviese reservada la gloria. Fuerza incansable, fecundidad enorme, visibles en las líneas de los renglones fraternales, que llevan a los hombres de Gobierno a pensar algunas veces en nuevos escenarios para distraer en ellos la vitalidad sobrante!

PROPIEDAD, RESPETO, INTENCION GENEROSA, PERO NO INQUIETUD

Experimenta Suárez, iguales inquietudes y entusiasmo? Siendo, como son, suyo el problema, suyas las obligaciones, suyas todas las perspectivas para el impulso de Colombia, responde él a su condiscípulo colazandose, mas que este todavía, ante el panorama que contempla para la acción y para el triunfo? Cuando Marco Fidel Suárez asciende, hay en su patria campo inmenso para sus energías y su renombre. Las bravas luchas políticas, apenas recién finadas en los comienzos del siglo, han dejado en la República huella no leve de quebrantos. Tras la contienda fratricida - guerra sangrienta de mil días - no está repuesta plenamente la nación, en dos escasos decenios, de la dolorosa merma de juventud y de haberes. Habían brotado allí en el siglo diez y nueve, como en otras porciones del universo, la fiebre del debate intrascendente y gárrulo y el afán de oratoria torrentosa, consonos con los tiempos, que distraían inútilmente los espíritus y los desviaba con frecuencia de los problemas medulares. Y pasada ya en el siglo veinte la productividad tribunicia, queda sin embargo aun, en estos años de Suárez, el viejo vicio de abandono, dejando por esos días que no fueron de equilibrio entre la palabra y la acción, sino mas bien de descuido de la acción por cultivar la palabra. Es, pues, la hora del Gobernante. Es el momento en que Marco Fidel Suárez, en sus amables confianzas para el íntimo, escriba placentero sobre lo ya realizado en sus dos años de solio, en contrapeso al pretérito y sobre lo que efectuará inaudítamente para levantar por encima del estrago del ayer la vigorosa Colombia de hoy y de mañana. Pero Marco Fidel Suárez sólo apunta así en su epístola, como en un débil acento que responde apenas a las vibraciones espontáneas del compañero lejano: "Tengo algunos colaboradores excelentes; respeto la ley; cultivo la libertad; procuro algunas mejoras públicas; y deseo ayudar a resolver las diferencias internacionales, sobre todo las referentes al territorio de la República". Está allí manifiesta la probidad sin sombra ni paréntesis del Mandatario colombiano. Se observan, resal-

tantes, su respeto por el derecho, su intención generosa para prestar auxilios, su proceder correctísimo que lo conducen —tal dice él mismo— a procurar algunas mejoras nacionales. Para la fibra, la inquietud, los propósitos, todo el resorte, en fin, que mueve a los estadistas en las realizaciones primordiales. No está la fibra, no surge de los renglones la inquietud, no fulgen los propósitos, no hay soplo, ni un leve movimiento, ni una esperanza. Porque el egregio varón de la ciencia y las virtudes vino hasta el solio “con el raudal” de los sucesos; y él, que ama sobre todo su soledad, su dolor, y sus meditaciones infinitas, no será nunca perturbado, en su actitud serena y apacible, con los recios sacudimientos genitores de las concepciones y las obras que redimen pueblos.

DOS DIFERENTES REACCIONES FRENTE A LA RESPONSABILIDAD SUPREMA

Y también, por último, afloran a las dos cartas, con pálida caligrafía de trazos claros como de manos hechas al ejercicio, las dos distintas reacciones del panameño y el colombiano frente a la carga de las responsabilidades. Santiago de la Guardia, bien se sabe, nunca rigió en su patria, ni los rige tampoco al escribir él ahora, los supremos destinos nacionales. Pero de haberlos dirigido, su impresión de la responsabilidad, como en los Ministerios, como en la Plenipotencia, como en las Cámaras, habría equivalido seguramente a la sensación, libre de sobresaltos y agonías, de una mayor y más feliz oportunidad para servir a la República a pesar de ser mayor y más recio el fardo colocado sobre sus hombros y su espíritu. Hay hombres —negaciones en sí mismos del mérito democrático— que jamás titubean ante las trascendencia del deber difícil, porque la propia ignorancia cegadora les presta la confianza en que sabrán manejar airoosamente, desde el frágil cristal del laboratorio físico, hasta el complicado engranaje de las enormes fábricas. Pero tal inconsciencia no guarda relaciones con la noble y mesurada satisfacción que seguramente habría sentido el compatriota desde el solio al encontrarse un día, a impulsos de su prestigio en armonía con el destino, en el deber magnífico de encauzar a la República, endurecer sus formas débiles, de cimentarla en la justicia y el decoro, de empujarla al horizonte con sus potencias económicas, de organizar republicanamente la jerarquía de sus valores, de aquilatarla contra el tiempo, contra las vicisitudes incontrolables de la Historia, contra la desintegración que viene a veces desde fuera con el rugir de los océanos y contra la otra desintegración que en ocasiones brota desde lo íntimo de la misma patria con el sigilo propio de los grandes crímenes. Santiago de la Guardia, al escribir su carta, supone ingenuamente todo el júbilo de Suárez, porque júbilo honrado y sin soberbias habría sido igualmente

para el mismo la propia exaltación hasta la cima de la decisiva prueba. No sospecha el istmeño vacilaciones ni angustias, ni esquiveces en quien tiene ya desde las aulas el continuo ejercicio de ganar alturas y al fin en el ascender constante, la más cubierta de las cumbres. "Estoy verdaderamente encantado con tu victoria", declara de la Guardia en rasgo amable que trasciende a las efusiones del colegio. "Me regocijo de veras con tu dicha", sigue escribiéndole fraternalmente. "Te la deseo (la dicha) amplia e inmaculable." Y pareciera que Santiago de la Guardia, mientras su pluma va corriendo, se imaginara un Marco Fidel Suárez transfigurado por los Lueros, intrépido y fervoroso, dominador anticipado de todos los contratiempos, con la plena confianza en las reservas propias y en el vigor latente de su patria. Pero he aquí que el Marco Fidel Suárez que surge entre las líneas de respuesta es el tímido, el torturado, el que siempre recuerda la humilde cuna obsesionante y mira siempre hacia el sepulcro como anhelado centro del bienestar humano. "Para qué será?", pregunta a de la Guardia desde la mesa oficial de los presidentes colombianos, refiriéndose a su misión de dirigente. "Será para que le ocasione males a Colombia y la arruine?". Y hay un enlace de angustias continuadas en el tembloroso espíritu del Gobernante. Y en su angustia no fingida —los hombres como él no fingen— llama al Dios de las misericordias, y cita bíblicos salmos, no en la oración tranquila y cotidiana al Padre nuestro de los Cielos, sino más bien en la imploración desgarrada y lastimosa del ser sumido tristemente en la absoluta impotencia. "Ay de mí", musita en un momento de su entera, aturrido y vacilante, en la conciencia plena de que hay un pueblo entre sus manos. Y nace —por lo menos en mi espíritu— la compasión por la tragedia del hombre grande que no logra sostener el rigor de la grandeza. Y parece —me parece mientras repaso las cartas y voy redactando mi glosa— que surgiera Santiago de la Guardia milagrosamente del papel de augusta pátina, para decir palabra de ánimo al Gobernante en desmayo. Y por qué no ha de ser, si ya de la Guardia levantó un día ese mismo ánimo abatido, cuando el Centenario de Andrés Bello, para llevarlo a los ensayos denodados y a la victoria sorprendente? Se está acercando de la Guardia, en esa natural visión en armonía con las antiguas realidades, y le está posando el fuerte brazo sobre los hombres inclinados: "Incorpórate, compañero de la vieja escuela del Espíritu Santo. Tu fibra no está a la altura de tu talento. Vacilas como en la juventud. Eres todavía tímido sin que las constantes glorias te hayan tornado desenvuelto. Anda y trabaja, y no carezcas de fe, como carecías cuando dudabas del triunfo en el torneo de la Academia Colombiana de la Lengua. Y cuando te asalten en el Gobierno las dudas y las vacilaciones que son propias de tu cumbre, sigue siempre este lema que ha sido el secreto magno de mi

vida; para simplificar los problemas, es lo más práctico lanzarse por el camino del medio”.

GLORIA EL UNO Y GLORIA TAMBIEN EL OTRO.

Estos son los dos hombres a través de dos cartas escritas para la intimidad y conservadas, contra el tiempo, con el afecto que se tiene siempre por las reliquias sugerentes. No hay en el paralelo osada y torpe intención, por lo demás inútil, de exaltar lo propio en mengua de lo ajeno. Además Marco Fidel Suárez no es ajeno para el Istmo, ni lo es para el resto de América, porque nuestros prestigios son comunes, y él es prestigio inmortal que no radica en el solio pero sí en su pluma y en su propio pensamiento. Allí en los dominios de la idea pura y encumbrada, no tiene él superiores en la extensión del Continente, y han sido y serán pocos los que alcancen a subir a semejantes cimas. El místico de los coloquios con el Dios de la eterna vida, logra hermanar a su misticismo delicadezas espirituales que no son propiamente oraciones para el cielo sino como preciosos gajos desprendidos de su fervor ultraterreno y caídos, a manera de lampos maravillosos, en medio de las miserias del universo. En sus “Sueños” es único. En sus peregrinaciones cervantinas, resulta, si nó el único sí de los más grandes en América y en todas las inmensidades o los rincones por donde vibre nuestra lengua. Su delicadeza espiritual es propia de abejas privilegiadas. Su estilo es fuente para el idioma. La saliduría de sus páginas es la síntesis de una cultura de milenios. En el comentario que finaliza, aparecen en nivel igual Santiago de la Guardia y Marco Fidel Suárez en el sentido humano, en el análisis de caracteres, en la tarea para la vida pública, en las reacciones que brotan frente a los problemas de la tierra, en la actitud constante para el inmediato empuje del destino patrio, en lo que significa personalidad en acción, carácter en desarrollo patrio, voluntad de crear en un constante movimiento. Nosotros, los del Istmo, necesitamos mucho más, en nuestra actual etapa de iniciaciones, de los hombres como de la Guardia que de los hombres como Suárez, porque aquellos son como el resorte para asegurar y reafirmar la vida colectiva ya plenamente asentada. Y por eso, respetuoso frente a la incommovible inmortalidad del limpio, alto y sereno pensamiento de Marco Fidel Suárez, me atrevo a proclamar, junto a dos cartas evocadoras, que Santiago de la Guardia es, como hombre de Estado, por condiciones múltiples, frente a otros hombres aún de más amplios y visibles escenarios, una figura digna de veneración y admiración sin distinción de latitudes, y demostrativa por sí misma de que tierra como la nuestra que tales hijos da a la vida, es, contra todo pesimismo, una tierra indudablemente fecunda.

Marco Fidel Suarez

(1855 - 1927)

y Santiago de la Guardia

(1858 - 1925)

Dos figuras luminosas de Colombia y Panamá Evocan sus años de Juventud

Panamá, Agosto 27 de 1918.

Señor don Marco Fidel Suárez.
Presidente de Colombia.
Bogotá.

Mi querido amigo:

Cuando llegó a mi noticia de tu exaltación a la primera Magistratura de Colombia, pensé felicitarte por cable; pero luego consideré que aquello sería una manifestación muy fría del sentimiento que conmovió mi corazón, al tener la certeza de tu merecido triunfo.

Ya te podrás imaginar con cuánta satisfacción he pasado revista a todos los recuerdos que se han reproducido en mi memoria, que si bien un tanto empañada por el transcurso de mis sesenta años, no ha perdido con la acción corrosiva del tiempo los detalles de aquellos días en que vivimos juntos en la Pila Chiquita y formábamos con Luis Martínez Silva un trío inseparable.

Quién hubiera podido pronosticar entonces que coronarias la cima, cuando los rasgos más salientes de tu temperamento eran la carencia absoluta de ambición y una modestia tan exagerada, que era casi irritante, pues los que no te conocían a fondo podían confundirla con la soberbia. . . ! Sin embargo, muchas veces, al hablar de tí, he tenido ocasión de referir el esfuerzo de argumentación y de ruegos de que tuvimos que valernos Martínez Silva y yo, para decidirte a que tomaras parte, secretamente, en el concurso para el Centenario de don Andrés Bello. Recuerdo, como un detalle, que el último pretexto a que te acogiste fue que carecías de cier-

tos libros que necesitabas consultar, y temías que te fueran negados por quien los poseía, asunto que Luis y yo allanamos en seguida.

Después, cómo olvidar aquella noche del concurso en que reunido lo más selecto de la intelectualidad colombiana, en el recinto de las Aulas Universitarias sonó tu nombre, agraciado con el primer premio, que consistía, nada menos, que en el derecho a un sillón de la Academia Colombiana de la Lengua. Cuan pocos de los que allí nos hallábamos presentes sabíamos a quién pertenecía aquel humilde nombre y cómo me acuerdo del momento en que, siendo tú objeto de todas las miradas y profundamente emocionado, te dejaste conducir en medio de estruendosas aclamaciones y de aplausos, a ocupar aquel puesto, que hoy podemos llamar tu primer solio.

Que lucha tan tremenda tuviste que entablar con la adversidad antes de que tus compatriotas pronunciaran tu nombre con la admiración y el respeto con que lo hicieron desde aquella vez. Hasta entonces tu escasez de bienes de fortuna era tal, que tu trabajo, no solo intelectual sino material, pues eras al propio tiempo Profesor, Celador y Secretario en el Colegio del Espíritu Santo, solo te era compensado con una habitación destartalada, un frito detestable, poco diferente del rancho del soldado, con que allí nos enseñaban la igualdad republicana, y un ruín salario con que torrar tu cuerpo, únicamente con aseo y decencia, pero sin una prenda de lujo.

A menudo he recordado que Silvestre Samper Uribe, entusiasmado con tu triunfo, te ofreció por mi medio un puesto en su casa de comercio, con doscientos pesos de sueldo, suma que en aquella época constituía para un joven como tú una espléndida remuneración. En Samper fue ese uno de tantos rasgos suyos desinteresados y generosos, propio de la nobleza de su carácter, cuando se enteró de tus méritos y de tu pobreza; pero tú, con mezcla de agradecimiento y de sorpresa rehusaste la halagadora oferta, no obstante tu competencia en achaques de contabilidad y tu excelente letra inglesa, cursada y elegante, porque creías que tus inclinaciones y tus hábitos te llevaban en una dirección distinta del comercio y preferiste aceptar una posición secundaria en la Biblioteca Nacional, posición que obtuvo para tí don Miguel Antonio Caro, sin duda porque allí podías dedicarte a estudios de tu predilección.

Después de tu primer triunfo no tengo para qué rememorar los sucesivos, pues no voy a hacer tu biografía. Has ocupado la más alta posición social y política; repetidas veces los solios de las Cámaras y los Ministerios te han visto actuando en ellos de una manera brillante, y tu nombre es conocido fuera de Colombia con los epítetos del talento y de vasta y profunda ilustración. Pero lo que más nos satisface a mí y a todos los

amigos que te queremos de balde, sin esperanza de remuneración ni necesidad de ella, es que al través de cerca de cuarenta años de vida pública, conserves tu conciencia immaculada y seas, aún a juicio de tus adversarios, lo que se llama en buen castellano un hombre honrado.

Estoy verdaderamente encantado con tu victoria y te auguro un buen éxito, porque el primer paso que has dado, de que aquí tenemos noticia, es haber nombrado, con todo acierto, un admirable Gabinete.

En efecto, el Dr. Holguín como Ministro de Relaciones Exteriores es "The right man in the right place": Pedro Antonio Molina, es el hombre más versado en el mando que tiene Colombia y que por todas las cumbres del poder por donde ha pasado ha dejado encendido un faro. Roa, nuestro viejo amigo y compañero, une a la inteligencia e ilustración la energía de carácter. Araujo ha resultado según informes que acá nos llegan un gran Ministro, ya probado, sobre todo por lo práctico, lo que en Colombia es casi un fenómeno si se exceptúan los antioqueños, unos pocos santandereanos y los barranquilleros. Ferro es hombre de reputación hecha y aun cuando no lo conozco personalmente, tengo de él muy apreciable concepto por referencia, hasta de adversarios suyos. A Vásquez no lo conozco; sospecho que sea cuñado de Pedro Nel Ospina. Tampoco conozco a Corral, pero por la marca de ambos los supongo antioqueños y casi que con eso me basta, porque después de que me tocó hacer campaña con gente de tu tierra como los Ospinas, Posadas, Gómez, Mejías, Grafestain, etc., y los trate a éstos de cerca, quedé convencido de que es la gente más proclive entre los Colombianos a que Colombia tiene que ser gobernada por una serie de máximos si que, sea la primera nación de Sur-América desde el punto de vista político, ya que lo es por su riqueza natural y la cultura de sus alias capas sociales.

Para concluir con mi breve comentario sobre tus Ministros te dire que me parece a Pedro López como un salizago. Discípulo aprovechado de don Miguel Samper, a cuyo lado se cernió y bebió en la fuente de la sabiduría, es perfectamente hombre y un verdadero "gentleman" y un cerebro conformado para los negocios, pero que la elección de López es una de las que te daran mejor resultado, y aún cuando se diga que a sus capacidades se debe a que no le quedara a ti el derecho de reelegir el honor de haberse retirado al Presidente que sabe rodearse y escoger sus hombres, tiene pocas probabilidades de hacer un buen gobierno.

Ahora, si arreglas satisfactoriamente la cuestión Americana, sin perjuicio de siempre, aprovechando el poder inmenso que posee Wilson, su autoridad y su fuerza de solución, el apoyo y la simpatía de que yo sé que dis-

frutas en Washington, le harás un gran bien a Colombia y tendrás los recursos de capital y crédito con que poner a flote tu administración.

Mi querido Presidente: te he escrito demasiado largo, echando en olvido las reglas del protocolo, pero voy a concluir, confirmándote lo que tienes bien sabido: que por acá a orillas del mar de Balboa hay un viejo camarada que con absoluto desinterés, se alegra de veras con tu dicha y te la desea amplia e inacabable.

Santiago de la Guardia.

* * *

Bogotá, 6 de Septiembre de 1920.

Señor Doctor Santiago de la Guardia,

Panamá.

Mi querido amigo:

Conversando hace algunos días con nuestro amigo D. Jorge Ancizar (sumido hoy en amargo duelo por la pérdida de su hermano y tu grande amigo D. Roberto) me contó que tú estabas muy sentido conmigo por que yo no te había contestado una carta que me dirigiste hace dos años. Eso me causó un tropel de afectos: de cariño por tu recuerdo; de gratitud por tu carta; de confusión por no haberla contestado, no habiéndola recibido. Inmediatamente cablegrafíé al General Losada para que en globo te asegurara mi falta de culpa, cosa que te explico ahora, informándote que por distracción de uno de mis compañeros, tu amable carta fue a parar, antes de ser contestada y leída por mí, a un legajo mecánico por error involuntario.

Los sentimientos que te dije arriba han sido reemplazados por otros tan intensos e inefables, que dos veces he probado a contestarte y dos veces he roto el papel, abrumándome los recuerdos de tí y de nuestro Colegio y condiscípulos.

Cuando llegué hace justamente cuarenta años, al Colegio del Espíritu Santo, tú y Luis Martínez fuisteis mis primeros amigos y verdaderos protectores. Mi pobreza, mi abatimiento hicieron que yo me sintiera cerca de tí y de Luis como amparado por benéfica sombra. Don Sergio y Don Carlos eran como superiores, mi amparo y mi alivio; pero de la Guardia y el cejudo Luis eran mis amigos y camaradas en aquellos tiempos inolvidables que decidieron de mis vicisitudes y de mi porvenir. Recuerdo cómo tú dabas rienda a tu risa y oyendo los AJOS que solía lanzar este entences austero advenedizo, este fraile como tú decías, que se pasaba hasta cuatro meses sin salir a la calle y que literalmente era un modelo de bue-

nas costumbres, por más que en los años que siguieron dió muchas veces el brazo a torcer. Recuerdo que con el Titán García celebraban todos mis compañeros, entre asombro y jovialidad, esas matracaladas de tacos y que yo, devoto y penitente, solía lanzar pared de por medio, de modo que mis ajos resonaban en los oídos tuyos, de Luis, del Titán y del matemático Napoleón, ausente ya de nosotros con la tierra de la verdadera vida.

Después, la bondad con que me estimulaban en los estudios, impulsándome a que me aprovechara de mis conocimientos, que se reducían a las declinaciones y conjugaciones latinas y a la metafísica de mi querida gramática de Bello, hasta el punto de hacerme concurrir al certamen del centenario del sabio Bello, del cual salí académico por un golpe de fortuna, que fue para mí muy propicio, pues me colocó bajo la protección, no ya sólo de Don Sergio y de Don Carlos, sino de Don Miguel y de Don Rufino. Qué sonada de flauta aquella! Cómo juegas con nosotros, inconstante fortuna, y cómo a veces quiere la fuerza superior que dirige los destinos de las criaturas trocar las piedras en hombres!

En seguida tu bondad y la de D. Silvestre Samper que, mirando el éxito de mis gramatiquerías, quiso asegurarme la vida de un modo más estable, colocandome en la casa de comercio de aquel caballero.

Probablemente allí hubiera sucumbido por falta de aptitudes para los negocios mercantiles, y por eso mi instinto me llevó mas bien al escritorio de D. Rufino y a la Biblioteca Nacional dirigida por el Sr. Caro.

Vinieron después nuevamente las dificultades de burocracia, el ayuno de varios días, las amarguras de la Universidad Católica sostenida por un cáñero diplomático pontificio, los empleos en las Asambleas de Aldama con que tres meses de trabajos negaron a retribuírseme con valor de cuatro pesos en vales, y luego la Subsecretaría del Banco de Colombia y el puesto de oficial del Ministerio del Tesoro, que me permitió traer a mi familia de Antioquia en 1886.

Después la entrada al Ministerio de R. E., como Oficial Mayor, lo que debí a un escribo en el Repertorio Colombiano y a un mandado que hice a Don Dionisio Mejía, llevando un pliego al Dr. Núñez, a quien saludé quién sabe cómo.

Y luego, tras de un trabajo en el Ministerio de R. E., y de la protección del Dr. Helguin, del Sr. Arango, y de mis siempre buenos amigos patronos. Lo demás me fue para qué comentarle: Apasionamientos, candidaturas, trabajos electorales, derrotas, En medio de todo esto nació para mí la bendición del Cielo, que me otorgó el mayor de los bienes en una esposa incomparable, que no merecí acompañar sino durante cinco años y que me dejó dos hijos: una niña de cuatro años, hoy supe casada muy bien y que es mi consuelo; y un niño de año y medio,

que era mi esperanza, que estudiaba con gran provecho y energía en Pittsburgo y que pereció el 14 de Octubre de 1918 en esa ciudad, sin que yo cerrara sus ojos, dejándome un perenne recuerdo que jamás se borrará y que me obliga incesantemente a esperar en la muerte. Traje su cadáver y lo visito con frecuencia. Se llamaba Gabriel y su calificación era cinco elevado al cuadrado.

Ah! Pero en fin, sin yo quererlo ni buscarlo, el raudal me trajo a esta mesa donde te estoy escribiendo. Para qué será? Será para que sirva de algo bueno a Colombia? Será para que le ocasione males y la arruine? Adoro a Dios y le ruego que me ilumine, que me guíe y sostenga; tengo fé en su misericordia y cada hora recuerdo aquello de "En ti Señor esperé, al fin no seré confundido". Esta mi única fuerza, mi brújula, mi apoyo. Tengo algunos colaboradores excelentes; respeto la ley; cultivo la libertad; procuro algunas mejoras públicas; y deseo ayudar a resolver las diferencias internacionales, sobre todo las referentes al territorio de la República. Pobre de mí!

Viajando hace cinco meses por el Pacífico, llegué hasta la boca de San Juan, y te confieso, Santiago mío, que sentí en el centro del corazón el deseo de poder ir a Panamá y recorrer el litoral de ese Istmo precioso; sentí algo como un sueño de recuerdos e ilusiones y desperté a la realidad de un infortunio inmenso.

Cómo he divagado, Guardia querido! Cómo me ha vencido el egoísmo! Deseo para tí y los tuyos mucha prosperidad, tanta como merece tu corazón de oro; y pido a Dios que algún día nos veamos y abracemos antes de emprender el viaje supremo.

Tuyo de corazón,

(Fdo.) Marco Fidel Suárez.

Protesta por la Intervención Fiscal Americana en Panamá

Al celebrarse este 11 de Marzo de 1958, el primer Centenario del nacimiento del General Doctor Don Santiago de la Guardia, nos es grato dar a la publicidad una carta que dirigió a la Asamblea Nacional con fecha 13 de Enero de 1917 donde rebelaba su patriotismo immaculado.

Al conocer sus amigos y copartidarios el texto de aquella *protesta*, para que el pueblo la aprobase, la imprimieron en Hojas Volantes que circuló con profusión.

La publicación a que nos referimos fué editada en la *Imprenta Católica* y estaba concebida así:

“EL GENERAL DE LA GUARDIA PROTESTA.

PIDE A LA ASAMBLEA DESCONOCER O RECHAZAR LA IMPOSICION
DEL INTERVENTOR FISCAL.

LO CONSIDERA HUMILLANTE PARA EL PAIS.

Señor Presidente de la Asamblea, E. S. M.

Yo, Santiago de la Guardia, ciudadano panameño, ejerciendo el derecho de petición que me confiere la Constitución, acudo a esa Augusta Corporación por vuestro digno medio, para elevar el siguiente memorial:

Se halla en segundo debate, que no ha sido cerrado, y aún se está en tiempo oportuno para resolver, un proyecto de Ley que hace posible la intervención fiscal extranjera en nuestro Tesoro y en nuestras finanzas, otorgándole cierta ingerencia, que no por estar más o menos disfrazada,

dejará de alcanzar proporciones absolutas, si siquiera se admite, en principio, de una manera oficial.

La de pública notoriedad que el Poder Ejecutivo se halla bajo la presión tenaz de la Legación Americana en tal sentido y tengo informes de que ni con la concesión que se deriva del aludido proyecto queda satisfecha, por sí anhela un poder más explícito y sin limitación de tiempo, para que realice el Gobierno Americano lo que denomina supervisión y control fiscal, sin atenuaciones; y aún es más, se desea que ello lo pidamos como espontáneamente, lo que equivale a que solicitemos nuestra humillación como una gracia, esto es, el colmo del desprecio. No voy ciertamente a hacer un recuento de agravios; pero este de que se trata está en nuestras manos rechazarlo, o simplemente no dándole curso al proyecto de Ley que se ventila, si es que no preferís afrontar con vuestros votos la negativa unánime, lo que sería sin duda más viril y más patriótico.

Pero de todos modos podéis llevar a cabo la más útil labor para el país asociándoos a los otros Altos Poderes para cortar el mal de raíz, practicando todas las economías que pueden y deben hacerse y quitándole al Gobierno Americano todo pretexto para mezclarse en lo que no le incumbe.

Aceptar el control fiscal es admitir la muerte de la República y la más absoluta dictadura con nuestra previa aprobación.

Aunque supongo que habéis leído la carta abierta que por la prensa dirige al Presidente de la República, os acompaño copia.

He llamado a sus puertas como patriota y como ciudadano y ahora no veo ca llamar a las vuestras de igual modo, porque creo que aún es tiempo de salvar nuestra nacionalidad poniendo los medios indicados; pero si sucumbes absorbidos por el Gobierno Americano ha de ser nuestro destino *manifesto*, según su consabida fórmula, no olvidéis que basta la exigencia de un balido de protesta a tiempo de recibir la muerte y que cuando seamos hombres libres, estamos obligados a buscar manera de salvarnos y elegante para sucumbir.

Al Sr. Presidente.

Paraná, Enero 11 de 1917.

Santiago de la Guardia.

Sobre el Problema de la Prostitución en Panamá

Con el sugestivo nombre de "CUASIMODO" apareció en esta ciudad una de las mejores, sino la mejor, revista de carácter continental, que haya tenido Panamá. Fueron sus fundadores Julio R. Barcos, argentino; Nemesio Canales, puertorriqueño, y José D. Moscote y Pedro López, panameños.

El doctor Moscote tenía a su cargo la sección "NOTAS PANAMEÑAS". En el número 4, correspondiente al mes de Octubre de 1919, publicó el siguiente discurso del General don Santiago de la Guardia, pronunciado en el aula Máxima del Instituto Nacional.

Señor Presidente, señores:

Después de haber hecho uso de la palabra el señor Presidente y los otros miembros del Gobierno aquí presentes, sólo tengo que agregar que la Administración del doctor Porras formada por él y todos los hombres de su Gabinete estamos siempre listos para secundar y prestar nuestro apoyo a toda obra que signifique progreso, civilización y cultura; pero tratándose del asunto que ha motivado y del cual es objeto esta reunión para la cual he sido invitado a tomar parte y emitir concepto, yo no lo haré como miembro del Gobierno de Panamá, porque deseo expresarme con toda libertad y franqueza, sin estar sujeto a las bridas ni a las fórmulas de protocolos diplomáticos. Sèame pues, permitido hablar por mi propia cuenta como un ciudadano independiente y libre que asume toda la responsabilidad de sus propias palabras, sea que ellas contengan acierto o involuntario error.

El problema venéreo, como muy bien lo ha dicho el doctor Harmodio Arias, es tan antiguo como la historia de la civilización, es decir, es el problema de todos los tiempos y de todos los países y aún está por resolver.

Este problema, a mi juicio, comprende dos partes, una que llega hasta donde alcanza el radio de la legislación y otra que avanza hasta el radio de la moral, según la feliz clasificación de Jeremías Bentham. Podemos valerlos de la educación, de la religión, de la higiene y de la medicina para ponerle paliativos y contener o evitar los desastres que nos han exhibido muy hábilmente, con abundancia de importantísimos datos, los ilustres médicos del ejército americano a quienes acabamos de escuchar. El cuadro que se ha presentado ante nuestros ojos no puede ser más pavoroso; pero yo voy a permitirme hacer una afirmación, y es que tratándose del problema venéreo con relación a nuestro país y en la actualidad que confrontamos más bien que un problema panameño es un problema americano. Es evidente que a nosotros nos corresponde aquella parte del problema en cuanto somos una de las comunidades o agrupaciones de la humanidad que llevan la denominación de nación; pero en el caso concreto actual puede aseverarse que tres cuartas partes, por lo menos, de este problema le corresponden a la Zona del Canal, es decir, es problema americano, porque ha venido a plantearlo y a agravarlo el factor Ejército Americano. Armada Americana, que nos visitan y vienen a nuestro suelo en busca de mujeres para satisfacer necesidades sexuales de que se hallan privados en la Zona por reglamentos y leyes muy severas.

Para la solución del problema existen, que yo sepa, hay dos opiniones, quieren algunos que haya en Panamá y en Colón, respectivamente, secdos barrios destinados a ese fin y conocidos con el nombre de Barrio Redo; quieren al propio tiempo que allí haya orden, que no se expendan drogas, que se vigile por la policía y por último que se le de asistencia médica, muy costosa por cierto, en nuestro hospital a las mujeres públicas para evitar que se propague la infección de los terribles males venéreos entre los consumidores. Pero a mí me ocurre preguntar, los que tal cosa desean, por qué no establecen ese barrio en la Zona del Canal, por qué no lo vigilan y pagan su enorme costo?

¿Por qué es una necesidad para su ejército y sus marinos por qué no la establecen sus hospitales de ciencia que tienen además de otras muchas la indiscutible habilidad de ser prácticos? Por qué no emplean para sus ensayos la inmensa riqueza de su país que les ha permitido asombrar al mundo con ella y con su generosidad nunca igualada en la historia cuando

han regalado millones de dólares en distintas formas a Bélgica, a China, a las naciones de los Balkanes, etc.?

Ahora, si el Barrio Rojo es una inmoralidad inaceptable por qué se quiere para nosotros lo que no se quiere para la Zona?

Veamos ahora la opinión contraria, la que parece prevalecer actualmente: se desea suprimir el Barrio Rojo, combatir la prostitución erigiéndola en delito y persiguiéndola como tal. Se expulsan las meretrices extranjeras, que como está demostrado son muchísimas más que las del país, se comete la crueldad de confinar a la frontera a las desgraciadas panameñas; se hospitalizarían a un costo superior a nuestros recursos a las enfermas y acometeríamos la tarea de estarlas curando constantemente para que luego volvieran, una vez sanas, a practicar su inmundo servicio, quizás a los mismos que las enfermaron, y a quienes no se les exige control para saber si están sanos.

Una de las cosas más acertadas y hábiles que ha hecho en este país el Gobierno americano y que le aseguró el buen éxito de la empresa del Canal fué el haber sancionado la Zona y los puertos de Panamá y Colón antes de principiar en firme su gigantesca obra; trajo aquí el eminente General Gorgas, le dio facultades omnímodas en su ramo, puso a disposición un río de oro y escurió la fiebre amarilla, con lo cual aseguró la victoria, hizo trabajar a sus trabajadores y soldados y de paso nos lo hizo a nosotros. Por qué? porque consideró que era un problema americano. Pues de igual manera pudiera considerar el problema de la sífilis y de las enfermedades venéreas algo así como la fiebre amarilla, para librar de tal plaga a sus 27,000 soldados y de paso hacernos el bien a nosotros, sin echarnos la culpa, puesto que es el factor Ejército americano el que agrava y completa la pequeña parte del problema que en realidad nos corresponde.

Si se quiere en los Barrios Rojos de Panamá y Colón, se prohíbe en Panamá, se prohíbe en Colón, por quien como delito en la República de Panamá se crea la Zona del Canal, las salidas y maridos de padre, satisfacer a sus mujeres, sus hijos, sus relaciones sexuales cuando no son esposos, no se ha considerado la amenaza que representa para los maridos, honrada y no celos, de nuestra sociedad 27,000 soldados a quienes no podría controlar una débil fuerza de policía compuesta de patrullas y la muy escasa de Panamá?

Si uno des saben resolver el problema, resuévanlo en la Zona y nosotros los imitaremos.

Voy a recordar un hecho del cual no tenemos pruebas, pero que debe

señalarlo para que se tenga en cuenta al resolver el problema como un valioso argumento.

Cuando el General Blatchford, de inolvidable memoria, dictó su famosa orden de que no vinieran a Panamá sus soldados y marinos, llegaron aquí algún tiempo después rumores de muy graves consecuencias que ello tuvo en la Zona, a pesar del régimen militar y de la severidad de sus penas.

Sin Barrios Rojos en Panamá y Colón y con leyes prohibitivas de la prostitución en la República de Panamá no nos queda más recurso que pedir que no nos visiten los soldados y marinos porque no tendríamos garantía para la parte honrada y virtuosa de nuestras mujeres y yo estoy seguro de que interpreto la alarma y el derecho que ellas tienen de ser respetadas. Los provechos comerciales o económicos que nos reporta lo que el Ejército gasta en Panamá, compensaría el gasto de hospitales, de reclamos internacionales, de aumento de policía, etc., etc. Y por último, yo declaro que no me parece justo que quieran ustedes para su país la honestidad, la moral y la pulcritud y que se convierta el nuestro en un desagadero de sus vicios.

Recuerdos Pintorescos

(Una visita aristocrática en el Bogotá de 1895)

Por SANTIAGO DE LA GUARDIA

(Panameño)

Bien me sé que cuando se refieren en tierra extraña historias o cuentos de sabor local, lo más arduo de la tarea estriba en pintar los caracteres y en acertar con el matiz exacto de los lugares. Pero a riesgo de no encontrar en mi paleta la variedad de colores que requiere el cuadro que me propongo trazar, ensayaré, sin embargo, contar la historia de una visita que tuvo lugar en Bogotá, hará la friolera de veintisiete años, hecha a una distinguidísima dama, doña Teresa Tauro de Herrera, por un eminente hombre de Estado, don Ascensión Espinvel, personaje que fue en su patria Presidente de la Corte Suprema de Justicia, Presidente del Congreso y dos veces Presidente de la República, y quien desempeñaba, a la sazón, el cargo de Cónsul Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Costa Rica ante el Gobierno de Colombia, presidido en aquella época por el insigne Libertador don Miguel Antonio Caro.

La llegada a Bogotá del diplomático costarricense fue todo un acontecimiento político y social, pues era la segunda vez que un enviado de esa nación visitaba la tranquila ciudad de don Gonzalo Jiménez de Quesada.

Uno de los motivos que excitaron los comentarios callejeros, fue la Legación que se instaló con gran boato, ocupando la casa habitación de don Carlos Uribe, magnate muy conocido por su esplendidez y su buen gusto, que, convino en alquilarla con su regio mobiliario y otros enseres tan valiosos como una colección numismática, que ocupaba varias vitrinas; un servicio de mesa de porcelana fabricado en Castilla la Vieja, que había pertenecido al Virrey Espeleta; un boudoir cuyos divanes y sillones estaban entapizados con tisú de oro y que, según afirmaba:

la fantasía bogotana, había sido coleccionado entre las casullas, las capas corales y otros ornamentos sagrados de Góngora, el virrey sacerdote.

Le cedió también el señor Uribe a su inquilino, la cocinera, que tenía fama de ser la mejor cuchara criolla y muy experta en guisos franceses, es decir, una verdadera joya; además, un portero ejemplar y, por último, como ribete, cuatro criadas de novela, de esas que sólo se consiguen en Santa Fé de Bogotá, humildes, baratas, bellas y hasta virtuosas, que a más de servirles al pensamiento les dan a sus patronos el tratamiento de mi amo y el título de su merced.

El alquiler de la casa costaba ochocientos pesos mensuales, precio nunca pagado anteriormente en Bogotá por una habitación y que se comentaba en los corrillos ponderando aquella inusitada esplendidez.

Hemos acumulado estos detalles como para formar con ellos un marco en donde se destaque la persona del Ministro.

Vamos ahora a trazar una pálida semblanza, que nunca alcanzaría a más nuestro empeño, de la dama a quien consagramos estos recuerdos como un homenaje.

Era Teresa Tanco, entre las jóvenes bogotanas, acaso la que en su época llamó más la atención en aquella cultísima sociedad, que siempre ha disfrutado de esa justa fama en la América Latina.

De linaje esclarecido, por ambos lados, su familia unía, al viejo abuelo, alta posición política en el partido conservador. Muerta su madre cuando ella se hallaba en edad temprana, acabó de formarse al lado de una tía materna, en casa de su padre don Mariano, a quien conocimos como Presidente del Senado. Ella era el alma de aquella rica casa, pues él poseía una gran fortuna y vivía suntuosamente en una de las más elegantes mansiones de la calle de Florián, que junto con la calle Real, formaban el centro acaudalado y aristocrático de Bogotá en aquella época. (1895).

Decir que Teresa Tanco era bella sería una falsedad; pero afirmar que era fea sería mayor mentira. Teresa Tanco era de estatura pequeña, cuerpo bien formado y ágil, trigueña, ligeramente rosada, de ojos verdes, una sonrisa angelical y una distinción de maneras, tan señoriales, que si alguna vez se hubiera disfrazado de criada no habría logrado engañar a nadie, pues sus manos, el menor de sus movimientos, el más insignificante de sus gestos, cualquiera frase suya, la habría traicionado, revelando a la gran señora que no puede ocultar la nobleza de su estirpe.

Dominaba el piano a la maravilla; era una verdadera profesora, por afición, se entiende: fue discípula de Teodoro Ritter, bajo cuya batuta y con gran elogio del maestro, tocó en un concierto en la sala Pleyel de París. También manejaba el violín con no menos destreza.

Don Ascensión Esquivel, a quien había llegado la fama de Teresa

Tanco y que sabía que tanto su esposo como ella me honraban con su amistad, me pidió que lo relacionara, pues no quería irse de Bogotá sin conocer ese prodigio de mujer, de cuya belleza moral e intelectual se hacían lenguas los diplomáticos, las instituciones de caridad y los periódicos a cada momento.

Cuando les hice saber a su esposo y a Teresa el deseo de Esquivel y las referencias que de ella tenía, confirmadas por mí, me contestó: Usted parece haber olvidado que ya no somos muchachos y que con esas exageraciones suyas me pone usted en berlina ante un personaje como el señor Esquivel. Si usted le ha prometido traérmelo claro es que no puedo excusarme: pero declino en usted la responsabilidad del fracaso. Y luego dirigiéndose a su esposo le preguntó: No te parece, Alejandro, que para salir del apuro en que me ha colocado este amigo, debíamos invitar al señor Esquivel a comer en familia: así, al menos, podríamos compensar su desilusión, obligando su gratitud con la hospitalidad y conseguir que le perdona a la Guardia el engaño. Me parece muy bien, pero tratándose de una persona de la calidad suya, yo creo que debo visitarlo para hacerle la invitación.

Así se convino. Yo salí feliz del resultado de mi embajada: pero no debo pasar adelante sin decir, aunque sea a grandes rasgos, quién es el esposo de Teresa Tanco.

El doctor Alejandro Herrera era un médico inteligente, que si bien hizo extensos estudios que coronó con un grado brillante en la Universidad de Colombia, nunca tuvo amor por su profesión; puede decirse que se graduó por sport, pues siendo hijo de casa grande y rico por herencia, carecía de necesidades y de estímulos. Nunca tuvo vicios, era de temperamento ecuaníme; consagraba gran parte de su tiempo a practicar obras buenas: gustábase mucho el campo y poseía un valioso y bello cafetal, que más por sus pingües rendimientos, le interesaba como lugar de recreo. Amaba tiernamente a su esposa y a sus hijos. Era, en suma, un perfecto caballero, que tuvo el privilegio de ser el único que cautivó el corazón de Teresa, en medio de la nube de adoradores que se disputaron su mano.

Llegó el día de la visita.

A las siete en punto de la noche de la fecha fijada, llegamos en un landó a la casa de los esposos Herrera, el Excelentísimo señor don Ascensión Esquivel, su Secretario don Alfredo, inteligente y culto joven costarricense, que aunque llevaba el mismo apellido de su jefe, no era pariente suyo ni por Adán y Eva, sino simplemente prójimo y, por último, el autor de esta mal pergeñada crónica.

Al pasar el segundo portón, peculiaridad de todas las casas bogotanas, un criado nos recibió los abrigos al pie de la escalera.

Subimos, y en la meseta nos esperaba el doctor Herrera vestido de

etiqueta, con una elegancia enteramente parisiense y nos introdujo en un saloncito donde encontramos a la señora de la casa.

Hecha la presentación, principiaron a cruzarse aquellas frases triviales y obligadas sobre el clima, las impresiones recibidas a la llegada a Bogotá, etc., etc., y en el primer silencio, que ofreció coyuntura oportuna, la señora de Herrera le preguntó al Ministro si le agradaban la música y el canto, a lo cual éste contestó: Por cierto que sí, señora, y nada menos que traigo el deliberado propósito de rogarle que nos deleite con una muestra de los tesoros que usted posee en ese ramo y cuya fama debe usted saber que no se ha quedado en su patria. Mil gracias, doctor, le hacía la pregunta, a fin de que mis dos niños mayores les canten a ustedes algo que están ensayando para una fiesta de beneficencia.

Toco un timbre y al instante se presentó una sirvienta conduciendo a un niño y una niña, los cuales entraron solos al salón, se detuvieron frente a nosotros, y nos hicieron una graciosa reverencia.

Les dirigimos algunas palabras amables y en seguida su madre los llamó a su lado, y acompañándolos al piano, los hizo cantar un dúo de una zarzuela española, que ejecutaron con admirable maestría.

Terminado aquel canto delicioso hicieron los niños una genuflexión y desaparecieron de la sala.

Es indudable que los niños bien educados y simpáticos, poseedores de alguna gracia especial, son encantadores, por un rato; pero también es preciso que las madres tengan, como Teresa Tanco, el tacto de no prolongar esos instantes, sino en la medida indispensable para que produzcan su efecto, como en aquel admirable caso.

Apenas acabamos terminado nuestras felicitaciones para Mariano y Camila, cuando se llamaban los niños, por su gracia y fidelidad, cuando la señora, dirigiéndose a una puerta de vidrieras que comunicaba la sala con un salón antiguo, nos dijo: hace pocos días que recibí un cuadro del óe. El cuadro pintora una hermosa niña que vive en París. Es muy hermosa, y yo quisiera y voy a tener el gusto de enseñárselo. Abrió la puerta y nos presentó, en un salón lujosamente amueblado, a estilo Luis XV. Desde el salón, las cortinas, los espejos, la colocación de los cuadros, la decoración revelaba el más refinado gusto francés, no obstante que aun la decoración manifiesta, como es usual y frecuente en Bogotá, el aspecto de las mansiones coloniales. El cuadro representaba un hermoso paisaje y aunque ninguno de nosotros se tenía por experto en el arte pictórico, sin embargo, viajado y visto lo bastante para apreciar aquella hermosa obra y elogiarla con toda discreción y sinceridad.

El cuadro estaba colgado, cerca de otra puerta que daba a un corra-

dor, el cual, en forma de escuadra se apoyaba sobre dos lados de la casa y dominaba un patio enlosado, con una fuente en medio, a cuyo alrededor se extendía un jardín de macetas, como es muy usual en el interior de Colombia, jardín que se prolongaba por la baranda del balcón en potes de porcelana de terracota o de loza criolla vidriada y en donde se exhibían las flores más raras, de vistosos colores, caprichosas formas y exquisito aroma, pues sabida es la riqueza incomparable de la flora colombiana y el gusto que las señoras bogotanas demuestran por sus flores.

La señora de Herrera parecía estar entusiasmada mostrándonos sus glosineas, sus gladiolas, sus primaveras, sus orquídeas, sus claveles. Nos hablaba de sus flores acentuando el posesivo mis flores, con un cariño y un semblante de sana alegría y regocijo verdaderamente comunicativos, inquiriendo si en Costa Rica las flores serían distintas y si serían muy bellas.

Insensiblemente, fuimos marchando a lo largo del corredor y cuando nos detuvimos en su término una sirvienta severamente trajecada de negro, con breve cofia de encaje y niveo delantal, pronunció las sacramentales palabras: "la señora está servida".

Caballeros, dijo la señora de Herrera, puesto que hemos llegado al comedor permítanme que antes de tomar asiento le ofrezca un estimulante, porque la noche está bastante fría.

Una copita de viejo, muy viejo, cognac, de la clase de aquel que en garrafitas marcadas con líneas doradas, se sirve en los grandes catés y restaurantes de París, bajo la denominación de fine champagne, vino a entonces nuestros cuerpos.

Nos sentamos a la mesa, y yo declaro en reserva, que tenía un hambre indigna de mi categoría; pero imagínense ustedes un mantel blanco y suave sobre el camino de flores, porcelana de Sevres, cristalería muselina de Baccarat, cubiertos de plata y marfil; en el centro una lámpara alta, con su preciosa pantalla rosada y transparente, y el pie circundado de frutas exquisitas, tales como las famosas manzanas de Duitama, ingerto del membrillo, que a su sabor delicado y exclusivo, unen su incitante perfume y una corteza de varios colores; duraznos amarillos de Pasero; fresas de Chile, etc., etc.

Describir el menú sería abrirles a ustedes el apetito, y no pudiendo satisfacerlos en este instante, me abstengo de provocarlos.

Nos hallábamos como a la mitad de aquella deliciosa comida cuando entró de improviso al comedor un caballero, que real o estudiadamente, pareció extrañar nuestra presencia allí; pero que se convidó a tomar una copa de champaña y una tasita de café, cuando fuera el momento. Aquel

caballero era un cuñado de la señora Tanco de Herrera: antiguo Ministro francés en Colombia y en otros países de Sur América, ya retirado del servicio y jubilado por su Gobierno. El señor Mancini había estado en el Paraguay y siendo como era un gran causeur, poseedor del espíritu de su raza, nos contó anécdotas interesantísimas, preciosas, exóticas, de aquellos lejanos países, que acrecentaron nuestro placer.

Terminada la comida, la señora de Herrera nos dijo: voy a dejarlos en libertad para que fumen y para que le escuchen a Mancini tal cual cuentecito de... pousse café, pero no le dejen la palabra indefinidamente, porque no suelta el turno, y los espero luego en la sala para que mi hermana Agustina, la señora de Mancini, les caute algo.

Aguijoneados por el deseo de cobrar esa promesa le oímos a Monsieur Mancini algunos cuentecitos de punta, que no me atrevo a repetir, muy agudos por cierto: los roíamos con sendos emistiquies, de benedictines, chartrueses y kumel, y en seguida nos hizo pasar el doctor Herrera a su cuarto de estudio, provisto de lavabo y de cuanto puede necesitar un hombre del gran mundo, rico, elegante y previsor.

Después volvimos a la sala del piano, donde fuimos presentados a la señora de Mancini, quien nos deleitó con su voz educada y magnífica cantándonos los valseos de Dinora y por fin doña Teresa Tanco de Herrera cerró aquel ágape ejecutando una Rapsodia húngara de Liszt y un Scherzzo de Chopin, con lo que nos dejó colmados de asombro y placer.

Eran las once de la noche en punto cuando nos retiramos de aquella casa encantada, en donde se deslizaron cuatro horas de las más agradables que recordamos en nuestra vida.

Comentarios de Esquivel.

Desde luego le deba a usted las gracias más cumplidas por haberme proporcionado relaciones tan honrosas y gratas como la de los esposos Herrera.

Creo que el doctor es el hombre más hábil y feliz, pues ha sabido anticiparse al cielo en la tierra.

Y en cuanto a... Teresa Tanco, hay que llamarla así, a saber, como quien dice Bismarck, María Estuardo. No encuentro otro apelativo, ella sino que es la única.

No hay más que una Teresa Tanco en el mundo.

Buenos Aires, Noviembre de 1922.

Apuntes Etnográficos sobre los Indios Guaymies

Por REINA TORRES DE IANNELLO

(Panameña)

Cosa admirable es que en una extensión de tierra tan pequeña como la de nuestra patria, se encuentren tres culturas indígenas, sobrevivientes al impacto europeo, con conservadurismo cultural que resiste valientemente los embates de la transculturación y con población que demográficamente se niega a desaparecer, pese al olvido en lo que a ayuda material, sanitaria y educativa, se les ha tenido.

Una de estas tres culturas, es la llamada "Guaymí". Actualmente la encontramos en confinamiento montañoso en Chiriquí, Veraguas y parcialmente en Bocas del Toro. Regiones en las cuales, los indios se elevan cada vez más hacia los altos cerros, empujados por el "suliá" (blanco, en lengua Guaymie), quien aún ahora como antes, va avanzando con ventajas, mediante su supremacía técnica, en las tierras del indio.

Estos breves apuntes, inicio apenas de un estudio más amplio y profundo, nacen en base a la investigación realizada en la región indígena de San Félix, Chiriquí, por la que estas líneas escribe, y en compañía y colaboración de los alumnos miembros del Instituto de Antropología y Arqueología de la Universidad de Panamá. Las técnicas, costumbres, base económica, instituciones, descritas en este artículo, no excluyen la posibilidad de que en otras regiones habitadas por los guaymies, existan variantes, siempre presentes en las distintas etnias, en virtud del dinamismo propio de esa entidad vital que es la cultura, de la influencia particular del ambiente geográfico y de los contactos culturales foráneos.

El indio Guaymí de esta región asombra por su prestancia física. Su estatura es bastante aventajada, aún teniendo en cuenta el dimorfismo sexual. La talla masculina oscila entre 1.60 y 1.71 mts., la talla feme-



El típico físico y de aventajada estatura del guaymí, son evidentes en este Corregidor indígena, del Distrito de San Félix, Provincia de Chiriquí.

nina, generalmente no pasa de 1.55 mts. Los hombres, si bien no tan musculosos como los chocóes, muestran magnífica conformación, y en las mujeres, sobre todo en la juventud aún no gastada por los rudos trabajos que les son asignados, una gran exhuberancia. Su piel es de color trigueño claro, con oscurecimiento consecuente a la acción de los rayos solares. El cabello es tipo leiótrico, de color negro. Las facciones, finas, con tipo de nariz mesorrina, y casi ausencia de prognatismo.

Los hombres llevan el cabello corto y visten al uso europeo; las mujeres lo llevan largo, cayendo sobre los hombros o bien, sujeto a una cinta, que luego se atan en la parte superior de la cabeza. Les dá una curiosa apariencia la costumbre de afilarse los dientes, de tal manera que les terminan en punta. Las mujeres visten largas batas holgadas y de cortas mangas, hechas con vistosas telas, seda y percal, que compran a los comerciantes de los pueblos. Como adorno, usan collares de chaquira de varios colores, peinetas y cintas.

Viviendas:

En los altos cerros, o bien en los valles, tienen sus viviendas los guaymies, alejadas unas de otras, por lo general. No forman pueblos. Una casa dista de otra varias horas de camino, y el guaymí se ha hecho gran caminador y "andinista". Sus casas son de piso circular y techo cónico, de bajas paredes hechas con cañas y juncos entrelazadas con lianas, que dejan amplia separación entre ellos permitiendo así el paso libre de los fuertes y fríos vientos que azotan estas alturas. Toda la casa, siempre el hombre en relación con su ambiente, está construída con elementos que les brinda su habilidad característica. Cada vivienda tiene generalmente un pequeño techado cercano a ella, donde realizan las mujeres sus labores de cocina. Algunas veces, próximo a la misma casa se encuentra un cercado de plátanos o de alguna otra planta que les merece especial cuidado.

No tienen más muebles ni divisiones dentro de la vivienda, que las que necesitan para el diario trajinar y descansar. Bordeando las paredes, se encuentran varias plataformas, sostenidas por troncos, y hechas con juncos entretrejidos, donde duermen, y sobre las cuales tienden cueros de vaca, con el fin de protegerse del frío y menguar un poco la dureza del material. Un torón cercano al techo, sirve como depósito para los granos y algunos objetos de poco uso, como también oficia de cama en caso de necesidad. Colgados de los maderos que sostienen el techo, se ven grandes chúcaras que guardan las ropas y enseres propios. Un largo banco que ocupa toda una pared, sirve para descanso o para colocar objetos. Algunos pequeños banquitos, tallados en madera, en motivo zoomorfo, o bien sin más pretensión que la funcional, sirven para sentarse a realizar labores tales como el molido del maíz en el metate, atender la cocina, etc.

Economía y Tecnología:

La base económica de este grupo es la agricultura y la ganadería. En segundo lugar, la caza, la pesca y la recolección.

El cultivo de la tierra es tarea casi en su totalidad femenina ya que es el hombre quien hace la limpieza del terreno, siembra con la ayuda de la mujer (cuando el hombre no se encuentra ella realiza sola esta faena), pero la cosecha y el transporte de ésta es labor femenina, como también la limpieza del campo después de la cosecha. Los instrumentos usados en la tarea agrícola son bien rudimentarios: la coa, machete, y una especie de hacha que les sirve para el trabajo de la cosecha, y que ellos mismos confeccionan. Con este pobre instrumental, pero gracias a la feracidad de la tierra, y a la dedicación del indio, la cosecha recogida es abundante y va-

riada. Así el indio, dispone, de los siguientes productos agrícolas: maíz, frijoles, millo, arroz, yuca, ñame, otóe, caña de azúcar y plátano.

Como sus campos de cultivos están generalmente a considerable distancia de la casa, el indio se traslada por dos o más días allá, en compañía de una de sus mujeres.

En cuanto a la ganadería, se dedican al ganado vacuno, caballo y porcino. Guardan sus vacas en potreros cercados (el número de sus cabezas no pasa por lo común de más de 80) y no las sacrifican a menudo, sino en motivo de fiestas y balscerías; pero sí las venden a los compradores de los pueblos. Los caballos, los utilizan para el acarreo de la carga y para transporte por los pedregosos y empinados senderos que conducen a la sierra. Los puercos, deambulan familiarmente por la casa y el patio, en compañía de gallinas, patos y pavos. Consumen asiduamente la carne de estas aves de corral, como también las de puercos. Utilizan también los huevos de la gallinas. Algunos indios, cuidan colmenas, para utilizar la miel en la cocina, y la cera en el alumbrado.

Las incursiones de cacería, a las cuales va el guaymí preparado, con la tradicional virota y borota (arco y flecha) o bien con escopeta que ha comprado en los pueblos, le surten de carne de venado, de zabino, conejo, muleto. Igualmente cazan algunos pájaros de los cuales pueden aprovechar la carne.

La pesca la realizan en los ríos de poca corriente, por lo tanto, generalmente ficuen que salir de la sierra para ello. El apetecible sábalo, y otros peces, lo pescan con anzuelo. El camarón, lo cogen, con la mano, con gran habilidad.

El indio guaymí de esta región, trabajador consumado, aprovecha de su tierra todo cuanto ella puede darle. Comúnmente, sale de sus sanas y frescas sierras, para ir a trabajar como peón a las compañías fruteras, o a potreros de los pueblos.

Recolecta también frutos, que en su mayoría son silvestres, ya que no acostumbra sembrar y cuidar árboles frutales.

Conocen la técnica de la cestería, mediante la cual hacen canastas, generalmente de gran tamaño y de tipo entrelazado, para el acarreo de la cosecha o de los productos que van a comerciar.

En el tejido, descuellan en la confección de chácaras (trabajo femenino), de distintos tamaños, de hermoso diseño y sumamente fuertes, que no sólo utilizan con múltiples fines, sino que también venden en los pueblos. Hacen hamacas, de tejido abierto, y hermosos sombreros; estas dos técnicas, constituyen una labor masculina.

Han olvidado la técnica de la cerámica. Las ollas que usan son de aluminio o hierro compradas en los pueblos.



Una joven guaymí, vistiendo su larga bata, de colores.

Trabajan la madera, con el fin de hacer instrumentos de cocina y bancos. Igualmente, aprovechan los calabazos, que secos ya, les sirven para transportar el agua y como recipiente o servidor también.

F a m i l i a :

La familia guaymí tiene como núcleo, el matrimonio poligámico, de tipo poligínico. Es decir, que un indio puede tener varias esposas. El factor económico está presente en este fenómeno, ya que el número de esposas estará en relación directa con sus posibilidades económicas que le permitan mantener una familia de este tipo. Por otra parte, siendo la mujer elemento de gran importancia en el trabajo, su participación en el aspecto económico del grupo familiar es de primera categoría.

La primera mujer generalmente es elegida por el padre del novio,

quien arregla el matrimonio con el padre de la doncella. Es común que se le pida el parecer a ella. Si se concierta la unión, se le entrega la muchacha al joven, quien durante un tiempo vivirá con la familia de su esposa. Las relaciones con ellos son de un tipo especial. El yerno, "doaná", en lengua indígena, no puede mirarlos la cara ni conversar con los suegros. Aún para hacer sus comidas se aleja del grupo; su desposada le lleva los alimentos, que casi siempre son los mejores. A veces, la familia les construye una choza aparte, pero inmediata a la casa común, para que les sirva de dormitorio. Una variación consiste en rodear con hojas y palmas, a modo de mampara, una de las plataformas que ofician como cama. Lo básico, es mantener la separación entre yerno y suegros. Luego de un tiempo prudencial de vivir con ellos, y de sus padres, o bien, habiendo heredado tierra donde construir y donde sembrar se hace su propia casa, e inicia su vida independiente.

Las otras esposas, las adquirirá o bien mediante el cambio o bien, mediante un arreglo especial con una familia. En el primer caso, él solicita una joven y en cambio entrega una hermana o prima. En el segundo, pide a una niña de corta edad, como futura esposa. Le hace frecuentes regalos, y a veces se la lleva, con la anuencia de los padres, a paseos y a pasar temporadas con él. Cuando ya la niña ha llegado a la edad de contraer nupcias, se realiza la unión.

Según algunas versiones, antiguamente existía el matrimonio entre infantes, quienes durante la infancia convivían como hermanos, cuando la naturaleza ordenaba, se hacía efectivo el matrimonio.

La vida familiar del indio guaymí es muy unida. Los padres e hijos se guardan mucho cariño y consideración. Los primeros, son por demás cariñosos con los segundos, por lo menos en la primera infancia.

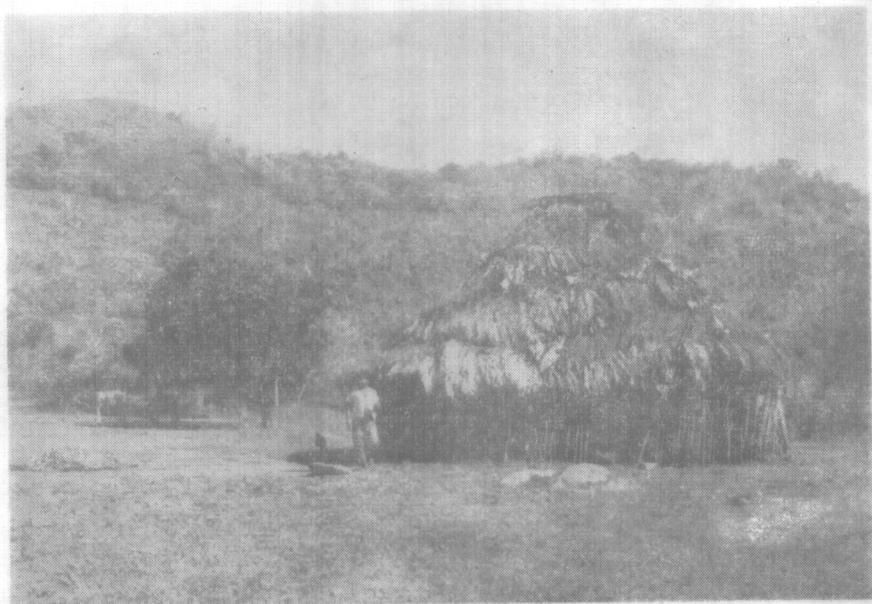
El entrenamiento en el desempeño de las futuras labores asignadas a cada sexo empieza temprano. Los niños son enseñados por sus padres a cultivar, a hacer sus herramientas de trabajo, se les introduce en las técnicas de la caza, la pesca, la cría de animales, etc. Las niñas, en el diario trajinar, aprenden de sus madres los múltiples oficios que tendrán que realizar cuando sean mayores.

Las familias suelen ser numerosas, gracias al tipo de matrimonio existente y a la fecundidad notable de las indias. Estas, sobrellevan el embarazo en compatibilidad con sus labores domésticas. Cuando llega el momento del parto, solas, o bien acompañadas por una vieja india, traen al nuevo ser al mundo. Pasado el alumbramiento, se aseca la mujer en las aguas del río o quebrada, lo mismo hace con la criatura y luego la lleva en brazos a la casa. Acostumbran enterrar el cordón umbilical del recién nacido.

Una chácara grande oficia muchas veces como cuna; chácara que es colgada de algún pilar de la casa y obliga al neonato a tomar una posición casi fetal. Otras veces, y por lo común cuando cuenta ya con varios meses, se le hace una pequeña hamaca. Más tarde, compartirá el niño las duras plataformas comunes.

División sexual del trabajo:

La división sexual del trabajo, en esta cultura, es desfavorable para la mujer. A ella le corresponden las labores más fuertes: cultivar, cosechar, transportar la cosecha, limpiar el campo tras la siembra, desgranar, moler y pilar, cocinar, coser, cuidar de los niños, buscar el agua, lavar, llevar la carga cuando bajan al pueblo, tejer las chácaras, etc. Es muy raro encontrar a una de estas mujeres gozando de un rato de ocio; una fuerte labor siempre las mantendrá ocupadas. Es causa de perenne asombro para quien por primera vez visita estas regiones, el espectáculo de una pareja de indios en plan de viaje, caminando sumisamente ella tras él, llevando en sus espaldas carga e hijo, mientras el generalmente gallardo esposito, no lleva más peso que un machete.



Una vivienda de los indios de Hato Pilón, en San Félix, Chiriquí.



Un indio manejando hábilmente la "virota" y "borota" (arco y flecha).

El hombre tiene asignados los siguientes trabajos: la confección de los instrumentos de cacería, pesca y labranza, el tejido de canastas y sombreros, el cuidado del ganado, la limpieza del campo de cultivo, la siembra en compañía de la mujer, la caza y la pesca.

Este grupo impresiona por su capacidad de trabajo, y su amor a la tierra. Lejos de la miseria, es muchas veces la abundancia su compañera. Abundancia que deben a su dedicación a sus campos de cultivo. No obstante, no va en relación con ello, su tipo de vivienda, sus estado higiénico y de sanidad y sus rudimentarias técnicas. Pero ello puede superarse mediante la orientación adecuada que una labor indigenista, de carácter científico, podría darles.

Ceremonias

Entre las ceremonias de la cultura Guaymí, que han llegado hasta el presente, está la de la pubertad femenina. Las culturas ágrafas suelen darle a la aparición de la primera menstruación, la importancia biológica y social que realmente tiene: una niña, en virtud de ello, se ha convertido en mujer, y por lo tanto, entra a formar parte importante de la sociedad

ya que está en condiciones de casarse y dar hijos al grupo familiar y a la comunidad. Este hecho entonces, se considera con la seriedad, y al mismo tiempo con la alegría que merece. En los días destinados al ritual de la pubertad se le atribuye a la niña una casi sacra condición de tabú. Es así como, en cuanto ella avisa a su madre acerca de su nueva condición, todas las mujeres de la familia ayudan a construir una pequeña habitación, dentro de la vivienda común, hecha con palmas y hojas, donde, a partir de entonces, y por espacio de tres días, aislada de todos, permanecerá en forzoso encierro. Concluída esta primera etapa del ritual, se la lleva, en la madrugada, a la quebrada más cercana, donde es desnudada ante todas las mujeres, con el fin de que "tenga vergüenza". Luego, le cortan el cabello y a continuación, las mujeres presentes, le tiran de las orejas y le dan consejos acerca de su correcto comportamiento. Al atardecer termina esta aleccionadora etapa, y es conducida al pequeño cuarto, donde deberá permanecer por cuatro días más, siempre aislada y en silencio.

Como culminación de esta ceremonia, se celebra el acontecimiento con una fiesta, en la cual los invitados beberán la "chicha". La niña permanece en su retiro, ahora acompañada de su madre, donde recibe a las mu-



Una indígena guaymí, pilando el arroz, una de sus múltiples labores domésticas.



Un indígena, en disposición de tirar la "balsa".

jerres invitadas, quienes le llevan regalos y siguen obsequiándola con consejos. La fiesta transcurre alegremente hasta la madrugada, cuando todos se retiran, ya que el nuevo día traerá sus acostumbradas faenas. La señorita se restituye, entonces, a la vida diaria, a desempeñar las labores propias de su sexo.

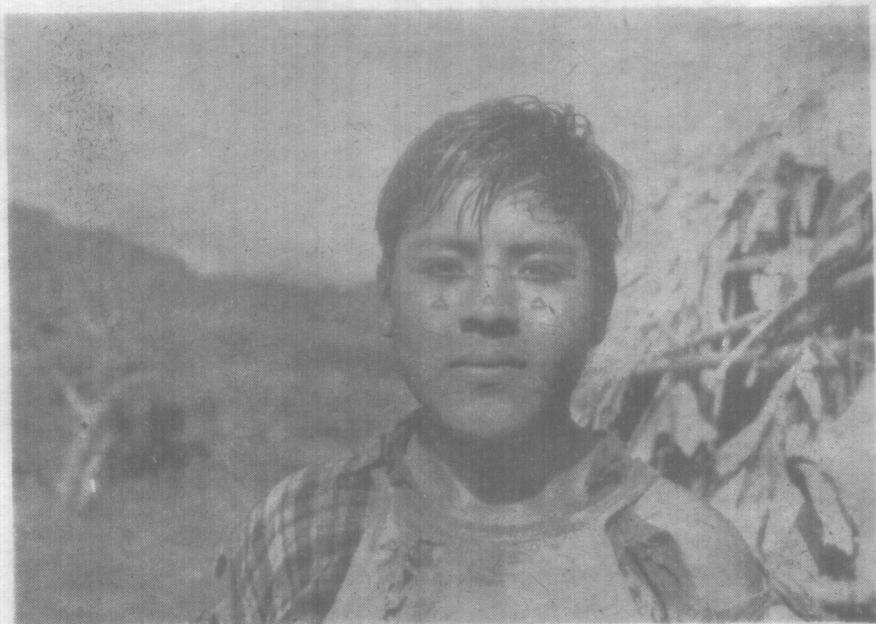
Cuentan los guaymies con una fiesta, muy característica de ellos, que si bien muestra indudable carácter deportivo, no puede dejar de observarse su innegable condición ritual. Esta fiesta es la "balsaría". La luminosa época del verano es esperada con ansias, porque es entonces cuando tienen lugar estas hermosas fiestas de la habilidad, de la fuerza, de la belleza y la alegría. Para ello se elige un cerro o valle que tenga una ancha planicie utilizable; se avisa con anticipación a los invitados, a los "enemigos", que serán el equipo rival en el juego. Grandes cantidades de granos, especialmente maíz, comienzan a almacenarse, y se escogen las reses, puercos y aves de corral que serán sacrificadas en tal ocasión. Los hombres y mujeres comienzan a ocuparse del vistoso atuendo que lucirán entonces. Las mujeres vestirán sus largas batas de múltiples colores, adornadas aún más con collares, cintas, y a veces, pintura facial. Los hombres, sacarán sus hermosos y anchos collares de "chaquira", policromados y con diseños geomé-

tricos. Algunos, se adornan con plumas, que colocan en los sombreros, y se pintan en la cara, en negro y rojo, lo que su imaginación o el dictado tradicional les indique.

La balsería toma su nombre del juego, demostración de habilidad y resistencia, en el cual un hombre le tira al otro, que está de espaldas, un largo trozo de madera balsa, en dirección al tobillo. La habilidad consiste en esquivar el golpe, cosa que se hará cada momento más difícil puesto que el tirador irá estudiando los recursos que utiliza su rival, con el fin de lograr darle un fuerte golpe, que invierta entonces, por regla del juego, la posición de los jugadores. La fiesta es bulliciosa y alegre. Abundan los cantos, de reto y triunfo, y la música de los instrumentos, que ya han sido "velados" la noche antes de la balsería.

En esta fiesta menudean las peleas. Los guaymies suelen dejar para esta ocasión, la solución de problemas tales como el robo de algún animal, la seducción de alguna mujer, un malentendido entre suegro y yerno, una vieja rivalidad, etc. La solución está en los golpes, que se propinan con toda la fuerza y vigor que les dá la chicha fermentada que se consume en grandes cantidades.

Al tercer o cuarto día, cuando la balsería termina, inician el largo



Un joven indígena, luciendo pintura facial.

viaje a sus casas, más largo aún por el cansancio ganado en esa secuencia ininterrumpida de juego, baile, pelea y chicha. No es espectáculo poco común, el encontrar al borde del camino, una pareja de indios, dormidos, o tomando fuerzas, para proseguir la caminata.

Esta fiesta tiene gran importancia social pues en ella está en juego el prestigio. Todo hombre trata de descollar por su habilidad en esquivar la balsa. Entre ellos, es más digno de admiración y respeto un campeón de la balsería, que un poseedor de muchas cabezas de ganado. Es bueno recordar, que no es la misma la escala de valores existentes en todas las culturas.

Es interesante anotar, que si bien es consenso general, que en las balserías, se otorga como premio una codiciada doncella, los guaymíes de esta región lo niegan a veces, insistiendo en que tal costumbre tiende a desaparecer en el presente.

Terminado el verano, terminan también estas fiestas, y sigue entonces el guaymí en sus feraces valles y cerros, que en la estación lluviosa se hacen intransitables, viviendo de acuerdo con los dictados que su tradición de siglos, que su herencia cultural pre-colombina le ha legado, trabajando con sus rudimentarias técnicas, llevando a cabo diversos rituales, algunos de los cuales escapan momentáneamente a la posibilidad de exposición, y manifestándose en todo momento como una cultura viva y completa en sí misma, que merece la reverencia y el interés a que la hace acreedora su calidad de indígena americana y su prosapia de siglos.

La Cruz De Piedra

Cuento intrascendente por ESPARTACO

(Panameño)

Rítmicamente, una tras otra, las olas acarician la orilla pedregosa. Como un rugido, el agua espumante se proyecta sobre la arena para retirarse con un rumor de resaca. En el fondo, las siluetas azul grisáceas de las islas de Perico, y más atrás, difuminándose y confundándose con el horizonte, Taboga y Taboguilla, parecen una avanzada en el Mar sereno de Balboa. Una leve estela de humo más a la izquierda de la que parece colgar un barquito que parece quieto sobre el mar. Pelicanos bulliciosos, incansables, pescadores, precipitándose de vez en cuando de cabeza en el lado del Istmo. El sol hace rato que se ha precipitado detrás de las nubes agua, de la que arrancan el sustento diario. La tarde va cayendo en este azul plomizo y envía sus últimos rayos que producen irisaciones de varios colores en el ocaso.

La naturaleza no descansa, hora tras hora, día tras día, año tras año, va sumando siglos, y siempre en continuo movimiento. Las olas sobre la tierra, el sol moviéndose, apareciendo y desapareciendo después de vivificarlo todo con su luz y su calor, la vegetación sucediéndose periódicamente y las gentes también. Ayer fueron las voces roncas, los rostros barbudos y el ruido metálico de las armaduras de los soldados españoles, hoy son los alegres gritos de los niños que corren por esta abandonada Panamá

la Vieja, mañana será... pero no nos adelantemos al destino, mañana Dios dirá.

La nube de humo de la que colgaba un barquito ya ha desaparecido, y ahora se ve cerca un barco de pescadores, con las redes en alto. Los pelicanos continúan incansables. Ahora se han reunido una docena de ellos sobre un islote cubierto de mangles, y parece que conversan sobre sus problemas. La discusión debe ser viva, pues se les ve agitarse de un lado a otro, nerviosos. De pronto quedan inmóviles. Las nubes se han disipado en parte y una fresca brisa trae a mi olfato el olor a distancias, a lejanías, a insondables profundidades oceánicas, a tierras extrañas, dilatando mis pulmones ibéricamente ansiosos de aventura. El ruido de un motor viene de lo alto. Un avión surca sereno el cielo del atardecer, incommovible, sin sospechar todo lo que a mí me rodea.

Calma, monotonía, brisa marina, olorosa, risas infantiles, rayos de sol quebrados, horizonte gris, atardecer, olas que rompen en espuma que pronto desaparece. Es un día como cualquier otro día en Panamá la Vieja, a la orilla del Pacífico.

Momento propicio para recordar historias. Por ejemplo, la de la CRUZ DE PIEDRA.

¿Habéis visto una cruz medio escondida detrás de Panamá la Vieja? Es una cruz de piedra, en la que el tiempo inclemente, ha dejado su huella. Extraños hongos cubren la mayor parte de su superficie, pareciendo que sufre el "pañó blanco tropical". No es muy grande, no tendrá más de dos metros de altura, y su parte superior parece que va a caerse de un momento a otro si no fuera por un vástago de hierro que recorre su médula, pero que no impide que se mueva peligrosamente cuando se apoya uno en ella.

La vegetación crece exuberante en torno, con el ardor tropical y por tiempos parece asfixiarla y hasta casi hacerla desaparecer en una irrespirable atmósfera de verde. Algún irreverente turista quiso perpetuar sus iniciales, y trató de moldearlas en la historia, y si miramos atentamente podemos distinguir nombres borrosos como Lazaro, Lulia a un lado, Sirunk al otro, y detrás LIGIA, y en parte inferior un corazón atravesado por una espada.

Yo tampoco me hubiera fijado quizás en estas inscripciones, borrosas, que el tiempo ha emparejado casi, ni en la multitud de rayas, arañazos y lesiones superficiales que la cruz tiene. Parece una reacción infantil del ser humano esta de señalar su paso arañando las piedras. Y si no, observad a un niño cuando comienza a caminar. Apenas puede sostener un lápiz entre sus manos cuando ya siente el deseo de dejar extrañas huellas sobre las pulcras paredes del comedor, y cuando descubra el destornillador o cualquier objeto punzante, encontrará al mismo tiempo que sirve para

dejar una huella en los muebles de madera, tan profunda como la fuerza muscular que posea.

El turista tiene alma de niño. Y ha llegado a ser turista por una extraña fijación de complejos de su infancia. Represiones, y cohibiciones de libertad durante los primeros años de su vida, se liberan al recorrer museos, ruinas, espacios abiertos, y siente el vivo deseo de hacer lo que no le dejaban de pequeño, clavar sus garras, su navaja o su cuchillo en las superficies pulimentadas. Es un crimen cometido con el deliberado propósito de satisfacer su ansia de libertad, y prueba de que sabe que hace mal es que trata de dejar su marca cuando nadie le ve, y si alguna vez descubris a un turista en el momento de dejar su huella en la historia, cuidaros mucho, pues su reacción pudiera ser peligrosa.

Esa reacción turística, ese complejo infantil que busca liberarse de sus ancestrales ataduras, fué el que condujo a Alfonso a dejar también una marca impresa en la española piedra berroqueña en forma de cruz que hay detrás de las ruinas de Panamá la Vieja.

Era una tarde como la de hoy, un atardecer fresco, en que el piar de los cuclillos y de los pájaros carpinteros, se confundía con el clamor de los altos céspedes al moverse acompasados por la brisa marina. Alfonso paseaba su soledad por las pedregosas ruinas, tratando de olvidar un reciente desengaño amoroso, y caminando lentamente vino a dar a una parte de la vieja y derruida muralla de la Catedral que mira al campo, y se sentó sobre la grieta que a manera de mirador da a la campiña.

Unos metros más allá está la Cruz de Piedra. Sólida, pequeña, pero impertérrita a los embates del sol, de las lluvias, de la erosión. No se sabe dónde mira si hacia afuera o hacia dentro.

Alfonso, sentado en el muro, contemplaba el paisaje, respiraba paz, trataba de llevar la calma a su espíritu que tanto la necesitaba.

De pronto sintió el desco de dejar su nombre grabado sobre la piedra. Busco en su bolsillo, del que extrajo una sólida navaja y abriéndola caminó hacia la cruz, comenzando a dibujar pasando y repasando la cuchilla por el mismo surco, labrando un corazón, queriendo así representar el daño que llevaba en su alma por su disgusto con la novia. Completó su dibujo con una espada que atravesaba de parte a parte aquel corazón.

Pero, cuál no sería su sorpresa, cuando vió que de la herida que había dibujado el corazón, comenzaba a manar gotas de sangre. Su horror le dejó paralizado, un escalofrío recorrió todo su cuerpo y el cabello se le erizó en forma que creyó desmayarse.

Las gotas seguían cayendo una a una y en el suelo comenzaban a encharcarse.

Alfonso cayó de rodillas ante lo que consideraba un extraño milagro, al tiempo que un lamento, un grito de dolor, muy dulce, como resignado, salía de la cruz de piedra.

Sintió ganas de huir, pero una extraña fuerza le atenazaba a tierra y le impedía moverse. Comenzó a sollozar también.

Cesaron los lamentos y una voz dulcísima, que creyó confundir con el viento susurró:

—“¿Por qué me hieres?”.

Alfonso sólo pudo balbucear:

—¡Perdón, Dios mío, perdón. Yo no pensé hacer ningún mal. Sólo quería calmar mi dolor, sin pensar que os hacía daño.

La sangre seguía goteando y Alfonso con su pañuelo trató de restañarla.

La voz se dejó oír otra vez entre el viento que rozaba el borde de la piedra:

—“Si quieres que se detenga la sangre y calme mi dolor, reza un Ave María”.

Alfonso rezó con todo fervor un Ave María. La sangre se detuvo. El lamento y la voz cesaron. Todo había desaparecido, incluso la sangre de su pañuelo y la que comenzaba a formar un charco en el suelo.

Un sudor frío empapaba las ropas de Alfonso, que de pronto se dió cuenta que la noche le rodeaba. El aire era frío ahora.

Lentamente, recorriendo el camino de vuelta, Alfonso, todavía confuso, regresó a su casa.

De allí arrancó una vocación que le ha acompañado toda su vida. Profesó, tomó los hábitos, y vive dedicado a Dios, no puedo decir dónde porque él en persona me ha obligado a prometer no revelar su identidad. Sólo puedo decir que se llama para Dios ALFONSO DE LA CRUZ, y que es su deseo que todo el que pase cerca de la cruz de piedra que sangró para señalarle el camino de la fé, recé un avemaría como lo hizo él.

Atentamente, mirando el símbolo de Cristo y de los cristianos, la pequeña cruz de piedra carcomida por el tiempo, con el corazón dibujado sobre su parte inferior, no pude por menos de sentir un estremecimiento y piadosamente recé un Avemaría mientras la tarde terminaba, la brisa marina rozaba suavemente mi rostro, y el fresco de la noche comenzaba a llegar a Panamá la Vieja, al tiempo que como un susurro me parecía que entre el viento se oía una voz como un lamento que suplicaba:

—“Caminante, cuando pases frente a mi cruz, olvidada, cubierta de musgo y desgastada por el sol y la lluvia al correr de los siglos, reza una oración”

La Grandeza del Monasterio de la Rábida

Por CARLOS CABEZAS LUNA

(Panameño)

SALIDA DE SEVILLA, (España).---De Sevilla a Huelva son 110 kilómetros. El camino es bueno y el autocar se desliza suavemente. En el largo recorrido los árboles dejan ver el bosque. No molestan. No son tupidos y dan lugar para que la belleza forestal, en toda su plenitud, sea contemplada largamente. El autocar va, carretera adelante, raudo y a ambos lados se observan pinos, álamos, hayas, robles, chopos, castaños, encinas, corcheras, alerces y abedules, sobre matorrales, malezas, lentiscas, bajos y zarzales que forman, acá y allá, bosquecillos variados y llamativos, donde alternan, sociablemente, sus diversos verdores, alturas y ramajes.

EN LA CIUDAD DE HUELVA. A las diez y quince de la mañana llegamos a la ciudad de Huelva, que tiene aires de quietud, bajo el sereno equilibrio del azul constante de su cielo. Y, envueltos por la brisa acariciante de su mañana fresca, nos dirigimos hasta llegar a Punta del Sebo y pisamos la orilla arenosa del Río Tinto, rumoroso que se une con el Odiel, y así, los dos unidos, penetran en el turbulento mar atlántico, como mágica nave de ilusión, de fé y de ensueño. Al fondo se yergue, como mudo testigo del pasado, el monumento al genial navegante Cristóbal Colón, que se encuentra representado por un hombre abrazando fanáticamente a una cruz, lo que significa la FE. Esa fé honda que llevó al genovés a luchar tan denodadamente hasta que consiguió, al fin, el apoyo de los Reyes Fernando e Isabel para la gigantesca empresa del descubrimiento del Nuevo Mundo.

EN LA RABIDA:—Una pequeña nave que tiene un rótulo que dice: “Huelva a la Rábida”, y que cobra cuatro pesetas por cada pasajero, nos transporta a la Rábida. Atracamos a un estrecho muelle. Al final de este se encuentra un obelisco en memoria del Aviador Franco, que atravesó el atlántico de España al Brasil-Argentina. Hace sol e iniciamos el recorrido por la mano derecha, donde hay sombras y en la ascensión hacia la Rábida se ven llanuras, que persiguen incansables el horizonte. Y se ven, aquí y allá, manchas frondosas, bosques y bosquecillos vastos.

Hacia muchos años, —lo confesamos con sinceridad y prendida la ilusión por nuestras constantes lecturas históricas—, que deseábamos conocer el histórico Monasterio de Santa María de la Rábida, donde el genial Cristóbal Colón reveló, por primera vez, sus ansias, sus deseos de descubrir el nuevo mundo al Reverendo Padre, don Francisco Pérez de Marchena. La Rábida, —dirigida ahora por el reverendo guardián, Fray Serafín Ruiz de Castroviejo—, es un lugar claro y fecundo, en cuanto a fé, luz e historia se refiere y concierne. Las enormes paredes del Monasterio de Santa María de la Rábida dan la sensación de grandeza, de la hazaña sublime del descubrimiento. El Monasterio, en sí, es de un valor eterno.



Vista general del Monasterio de Santa María de la Rábida, donde vivió Cristóbal Colón —desde 1486 a 1492— cuando descubrió la América.



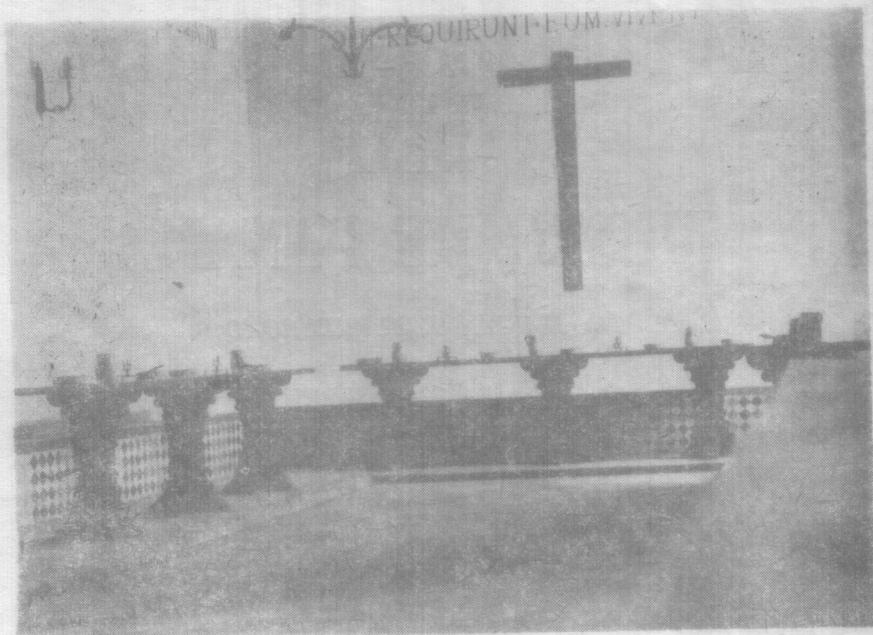
Este monumento, donado por el pueblo de los Estados Unidos a España, está ubicado en la ciudad de Huelva, en homenaje a Cristóbal Colón. Representa un hombre abrazado a la cruz, significando la fe profunda que tenía el genial navegante genovés.

Guiados por el franciscano, don Polidoro Matamoros, todo amabilidad, de mirada cansada y pura, recorrimos en unión de nuestra compañera, de Carlos Cabezas Jr., y del amigo español don José Bossom Domenech, minuciosa y pausadamente todo el esbelto y amplio Monasterio. El Reverendo Matamoros nos muestra, confeccionadas de caoba, copias de las naves: la Santa María, la Niña y Pinta. Las tres están en vitrinas, herméticamente cerradas, en el primer alto del Monasterio. Hay una capilla y el guía nos dice: "Aquí rezó, muchas mañanas, muchas tardes y muchas noches, Cristóbal Colón que logró su triunfo por su profunda e invariable fe en Dios". Observamos varias pinturas del artista español: Vásquez Díaz: una de ellas muestra a Colón, con su hijo Hernando, llegando a la Rábida y un franciscano los atiende; el hijo de Colón pide pan y su padre: agua: otra cuando Colón y el Reverendo padre Francisco Pérez de Marchena habían por primera vez en el salón que ahora se denomina oficialmente: "Cuna de América"; otra: Colón expone ante los sabios de la Rábida (Padres, Geógrafos, consejeros de los Reyes) su proyecto del viaje hacia el nuevo Mundo; una pintura grande cuando Colón y sus compañeros oyen misa, antes del gran viaje y otra pintura, mural gigante, cuando Cristóbal Colón, ya en la nave Santa María y lista para el viaje, recibe a bordo al Revdo. don Francisco Pérez de Marchena que lo confiesa, bendice y le desea buena suerte. Colón besa la mano al Sacerdote y la nave, con todos sus aparejos, se encuentra frente a la misma Rábida y atrás se ven a la Pinta y a la Niña y una multitud enorme, con los brazos y pañuelos en alto, los despide.

Pasamos luego, al famoso patio Mudéjar instalado desde 1412. Allí nos indicó el franciscano Matamoros que Cristóbal Colón no estuvo poco tiempo en el Monasterio sino desde 1486 hasta 1492, o sean seis años. Seguimos al salón donde Colón y Pérez de Marchena conferenciaron por primera vez sobre la gran empresa y en la entrada hay una inscripción, dorada, que dice así: "Cuna de América". Finalmente al "Salón de las Banderas de América" y en donde existen arquitas y los emblemas de dieciocho de los 21 países independientes de América. La República de Panamá, en brillante ceremonia, colocó su bandera y entregó un puñado de tierra panameña, el día 12 de octubre, 1957, que en España y en la América se conmemora como "El día de la Raza" o el "Día de la Hispanidad". Los actos de ésa entrega fueron presididos por el Dr. Carlos Bruquetas Saurín, Gobernador Civil de Huelva y Jefe Provincial del Movimiento y por el Dr. Enrique López Márquez, Presidente de la Real Sociedad Colombina-Onubense.

Ya en la lancha y cuando regresábamos a la ciudad de Huelva, a nuestra mente afloró las citas justas e inolvidables de un poeta español que

refiriéndose a los atardeceres de la Rábida decía: "La tarde en el milenario Monasterio se prolonga mas allá de si misma y la hora, contagiada de eternidad, es infinita, pacífica e insondable". Y ése mismo día, a las 8 y 30 de la noche, nos encontrábamos de vuelta en la tranquila, risueña y bella ciudad de la Giralda.



El antiguo comedor de la Rábida, donde el descubridor Cristóbal Colón, su hijo Hernando y el Reverendo Padre Pérez de Marchena almorzaban y cenaban, el cual se mantiene en el Monasterio de Santa María de la Rábida, como una reliquia histórica.

LA FUNCION EDUCATIVA DEL MUSEO DE PANAMA

Por *MARIANNE BURKENROAD*

(Alemana)

A. -- *Función del Museo de Panamá.*

Siendo antropólogo por inclinación y educación, limitaré esta disertación a la parte antropológica del Museo de Panamá, dejando la Historia Natural y la Historia Nacional a personas más calificadas, con la esperanza de que quizás algunos de los puntos generales que surjan puedan también ser aplicadas a estos otros campos.

Ralph Linton, un eminente antropólogo, ha dicho que el estudio apropiado de la especie humana, es el hombre. Piensa la Antropología moderna que una forma de aprender sobre nosotros mismos, consiste en el estudio de otros pueblos. El estudio de las llamadas sociedades primitivas tiene la ventaja de que son más simples y consecuentemente pueden entenderse enteramente con facilidad. Podemos darnos cuenta de nuestras costumbres e ideas, con sólo mirar y observar las costumbres y hábitos de los otros pueblos. Empezamos por considerar que todas las sociedades básicamente tratan con las mismas necesidades humanas y problemas y que nuestra propia cultura es sólo una de las muchas vías posibles de satisfacer estas necesidades y de resolver estos problemas. Nos tornamos más tolerantes y comprensivos hacia otros pueblos porque solamente tememos y odiamos

lo que no comprendemos. Un Museo nos ayuda a realizar la fraternidad básica de la humanidad en cualquier forma cultural en que aparezca o surja.

Además de este propósito general, el Museo de Panamá tiene un deber especial.

Panamá tiene una posición envidiable pues posee una materia antropológica en sus propias puertas. Su pasado llega hasta muy atrás en tiempos prehistóricos, cuando poderosas tribus indígenas habitaban el Istmo. Ellos dejaron rico material cultural cuyo valor estético en sí es tremendo. La relación con el pasado aún continúa hasta el presente, no solamente a través de las culturas indígenas que aún existen sino también a través del comportamiento cultural y físico, de la sociedad Panameña, derivada de este pasado. El Museo de Panamá tiene el deber de mantener esta relación con el pasado viviente y hacer mantener en vigencia a su pueblo, y enorgullecerse de su rica y valiosa herencia.

El Museo de Panamá, aunque solamente contara las ricas cerámicas, trabajos de piedra y objetos de oro que ahora posee, sería siempre un lugar que valdría la pena visitar. Pero se puede ir más lejos de esto tratando de realizar verdaderamente sus potencialidades educativas.

Un Museo Antropológico es realmente un dilema curioso: su labor consiste en dar, en base a los restos materiales de una cultura, una idea clara de cómo vivía ese pueblo en el pasado.

Los restos más típicos de una cultura, que aún se puede encontrar, porque han resistido las inclemencias del tiempo y del clima, son por ejemplo, tumbas o catacumbas, huacas con sus huesos humanos y artificios asociados y objetos de adorno personal que fueron enterrados con la persona; o de restos de poblados con cerámicas, o restos de cerámicas, residuos de alimentos como huesos o conchas, herramientas y ornamentos.

Para reconstruir y demostrar al público la idea de cómo los indios panameños vivían por medio de estos restos materiales, es el tremendo trabajo en que tiene el personal del museo.

B. - *Las Exhibiciones:*

Primeramente, el Museo enseña por medio de exhibiciones. Es por consiguiente de gran importancia cómo las demostraciones se han preparado. Soy una ferviente creyente en el valor educativo de las exhibiciones funcionales; ésto es, las exhibiciones que intentan representar todo un aspecto complejo de cultura, o una comparación de aspectos culturales, pero siempre haciendo énfasis del papel que representan los artefactos de-

mostrados, del papel que han representado en su cultura particular.

No es necesario ni aún deseable que la colección entera de un Museo esté en exhibición. Más bien sería mucho mejor tener unas pocas pero buenas exhibiciones que una gran cantidad de objetos desconectados o discordantes. Las mejores exhibiciones son aquellas inteligibles e interesantes. Aparte de gozar de la calidad estética de los objetos exhibidos, el visitante debe partir con la sensación de que ha aprendido algo nuevo.

Hay una variedad de ideas para este tipo de exhibiciones que el Museo puede ejecutar. Por ejemplo, tal exhibición podría tratar de las armas usadas en la caza o la guerra; otra, con los alimentos y métodos de cocina; otra mostrando los vestidos, adornos personales, peinados y el uso de la pintura corporal de los indígenas de Panamá, en la actualidad. En cada caso, unos pocos bien seleccionados objetos típicos son escogidos para la demostración, pero muchos otros materiales pueden ser introducidos para así hacer la exhibición más interesante al visitante. Figuras de cartón para representar a los indios, son usadas para exhibir los trajes, adornos y tatuajes. Alimentos y maderas reales se pueden introducir para demostrar métodos de preparación y cocción de los alimentos. Un texto simple y claro siempre debe ser incluido para describir la exhibición, atraer la atención hacia las más raras figuras, tales como, por ejemplo, los símbolos decorativos y sus posibles significados en algunas cerámicas; explicación de quien hizo y usó los objetos demostrados, y las costumbres y creencias mágicas asociadas con estas actividades. También es importante mencionar el tiempo o época, como también el lugar, en donde estos objetos fueron encontrados, y a qué grupos o épocas se les atribuye. Dibujos pueden ser utilizados para indicar o explicar algún raro aunque pequeño diseño; mapas para dar una idea sobre el lugar dónde está situada la localidad.

Los tipos de demostraciones arriba mencionados son primordialmente diseñados para los estudiantes del nivel de escuela primaria y secundaria que son los visitantes más numerosos al Museo de Panamá. Para el visitante más especializado, una exhibición puede explicar el método usado por el arqueólogo. Una demostración interesante sería la comparación de tipos de cerámica y decoraciones que han sido usadas por las diferentes tribus indígenas, y la explicación del método de excavar y las deducciones científicas usadas en diferentes épocas en Panamá. La razón por la cual la cerámica es abundantemente demostrada en muchos museos es en parte porque a menudo es bonita, en parte también porque tiende a ser la más numerosa de los restos arqueológicos encontrados en muchas partes del mundo (pero no necesariamente porque juegue un papel de extraordinaria

importancia en la vida de los indios, como su cantidad en la exhibición pueda sugerir). La cerámica es a menudo usada por el arqueólogo para diagnosticar ciertos propósitos; para establecer la cronología y la relación exacta entre las diferentes tribus en un área. Muchos aspectos de la cerámica son usados para diagnosticar: tales como tipos de utensilios, el material y método usado en manufactura, el color y tipo de decoración, y su representación simbólica. Al mismo tiempo una exhibición de cerámica demostrará al visitante la habilidad en el arte y sentido de belleza que poseían los indios.

Otra materia interesante para el más exigente visitante podría ser la duplicación o reconstrucción de una tumba tal como fué encontrada y excavada por el arqueólogo. Huesos humanos pueden demostrarse en sus posiciones típicas, y los varios objetos asociados como restos de trajes, y oro u otros ornamentos, fragmentos de cerámica quebrados a propósito o de residuos alimenticios. El método científico de excavar y su fecha pueden ser descrito o demostrados en diagramas y en la misma forma se puede señalar cómo el arqueólogo arriba a algunas deducciones hechas sobre la vida social y creencias religiosas que se pueden hacer con estos restos. De este modo, el público puede entender la importancia de los métodos de excavación correcto y de la anotación exacta de la localización del sitio y posición de los objetos en el lugar. Con gran número de artefactos en Panamá son excavados puramente por su valor monetario sin tener en cuenta su valor científico. Otro tipo de demostración puede ser puramente fotográfico. Por ejemplo, una serie de cabezas de indios fotografiadas, para demostrar características físicas quizá en comparación con otros tipos físicos de personas que se encuentran en Panamá; demostrar y explicar algunos de los problemas y teorías de la antropología física, mezclas raciales y emigración.

Hay algunas otras maneras de perfeccionar la apariencia de las exhibiciones de los Museos. Por ejemplo, un fonógrafo, una grabadora y vistas de color puede añadir mucho a un Museo. Una demostración de varios instrumentos musicales puede hacerse más interesante si se ejecuta música típica o si se demuestran escenas en color, de danzas y ceremonias indígenas. El uso de la grabadora para grabar cuentos, canciones y discursos ceremoniales y tradiciones; para el estudio de lenguas indígenas es también obvio el valor educativo como científico.

Las exhibiciones deben ser cambiadas de cuando en cuando. También pueden ser prestadas para estudios en salones de clase. Hay la tendencia a sobrecargar al visitante, especialmente al joven estudiante, en un museo. Hay mucho que ver, y un guía no solamente tiende a ser aburrido, sino que también el grupo es usualmente muy grande para que todos puedan

escuchar y ver. Una exhibición prestada puede ser de un gran valor educativo. Por ejemplo, un salón puede haber prestado una colección de armas: los alumnos tendrán la oportunidad de estudiar detalladamente las armas, ver cómo y de qué material están hechas, especular acerca de cómo fueron usadas y con qué animales. El texto o folleto incluirá la información de caza y guerra, y el uso de los animales muertos o cazados en la cocina como también para otros propósitos. Esto naturalmente llevará a una discusión de equivalentes en la cultura propia del alumno, uso de armas de guerra, deportes y el papel que asumen estas actividades en su sociedad. También despertará el interés en otros aspectos de la cultura indígena estudiada.

C.—Otras Actividades del Museo:

El Museo de Panamá puede patrocinar una serie de actividades culturales que podrían atraer e interesar al público. Nuevos descubrimientos arqueológicos o completamente nuevas demostraciones podrían ser publicadas en los diarios, en donde, ocasionalmente, artículos sobre algunos aspectos de Antropología Panameña pudieran ser divulgados. Hay a mano algunas cintas sobre los indios panameños que serían del interés de todos. Hay un buen número de personas en Panamá y Zona del Canal quienes como profesionales o principiantes tienen habilidad especial y conocimientos sobre alguna fase del trabajo de la antropología y que pueden estar interesadas en dar conferencias o enseñar sus habilidades a grupos de personas interesadas, estudiantes y maestros.

Antes de discutir otras posibilidades, me gustaría mencionar el más serio trabajo científico del Museo. Esto se puede comparar, en lo que respecta a las exhibiciones, como los siete octavos de un Iceberg sumergido en el agua. Es importante darse cuenta de que las exposiciones de un Museo nunca pueden ser mejor que la calidad del trabajo científico y de los trabajadores que los preparan. Yo creo que éste es asunto básico de otro trabajo presentado aquí, pero tenemos que asumir de alguna manera u otra, que el Museo de Panamá podría adquirir un personal profesional. Una cooperación seria con el Instituto Antropológico de la Universidad, sus profesores y estudiantes, que son y serán maestros en las escuelas, parece absolutamente necesario para el triunfo del Museo de Panamá como una institución educativa.

Ningún trabajo científico serio podría hacerse sin una biblioteca adecuada que contenga la literatura básica en Antropología Panameña. La biblioteca podría aumentarse por el intercambio con otras bibliotecas y Museos, en lo que respecta a sus propias publicaciones. El intercambio de

exhibiciones y artefactos es ciertamente una excelente vía de aumentar la variedad de las colecciones panameñas.

Muchas posibles actividades, tales como arqueología, antropología física y en trabajo en el campo etnológico, la enseñanza de métodos de Museo, colección de canciones, historia y leyendas, publicación de artículos, sobre trabajos de interés general o local podrían ser hechos en formas de sociedades conectadas íntimamente con el museo o la universidad. Sería también de gran valor para Panamá si pudieran conseguirse becas para otorgar a estudiantes panameños de Antropología, con el fin de ampliar el trabajo profesional que ha sido hecho en este campo.

Conclusión: los modernos indios de Panamá son un interesante tema de estudio. Pero ellos pueden ser algo más que eso. Cualquiera que los vea danzar o cantar, que observe sus ceremonias, sus hermosas ropas y adornos, o que observe su vida diaria puede notar que nosotros podemos aprender algo de ellos, a pesar de su primitivismo. Ciertamente, ellos son más hábiles que la mayoría de nosotros para hacer objetos de uso personal o de adornos y su dignidad propia parece indicar que ellos están viviendo una vida, tal vez, más armoniosa y serena que la nuestra. Un contacto más estrecho entre los indios y nosotros puede conducir a un enriquecimiento de ambas culturas.

Luciano Napoleón Bonaparte

Wyse y Panamá

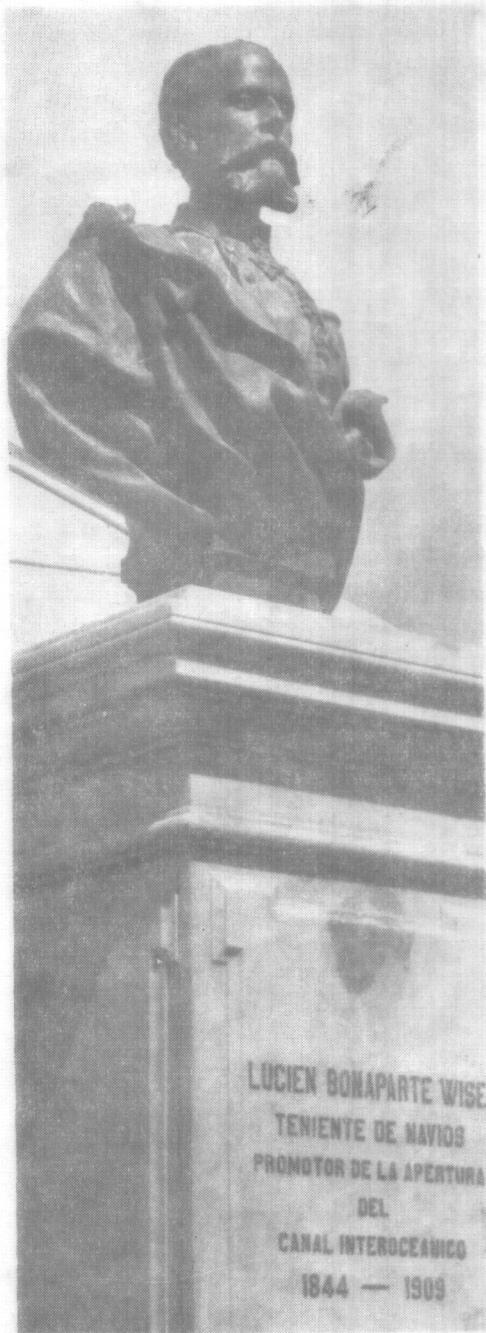
Por ERNESTO J. CASTILLERO R.

(Panameño)

Cuando a mediados del siglo pasado se despertó en forma del mayor interés, entre los científicos de Europa, la idea latente desde el descubrimiento de América, de abrir un canal por el Istmo que rompería la continuidad de este continente y diera paso a las aguas de los dos océanos, vino a Panamá por primera vez en 1868, el Capitán de Navío francés, Luciano Napoleón Bonaparte Wyse, al frente de una comisión de ingenieros para hacer estudios sobre el terreno. Su atención se fijó en una ruta que tuviera por base el río Bayano.

Seis años más tarde, en 1876, el ilustre ingeniero galo volvió al Istmo para efectuar nuevos estudios, esta vez en el Istmo del Darién. Le acompañaban once sabios, entre los que se destacaban Reclús, Coller, Bixio, Musso, Vignier, Millat, Lacharme, Gerster, Berbiez, Brooks y Baudouin. Aquí se les agregó un joven ingeniero panameño, Pedro J. Sosa, escogido, en nombre del gobierno federal, por el Presidente del Estado, General Rafael Aizpuru, quien lo nombró para el cargo el 9 de diciembre de 1876. Como sus ayudantes fueron designados los señores A. Balfour, Tomás J. Carranza y Manuel Recuero.

La primera exploración, iniciada en el mismo mes de diciembre, duró hasta abril de 1877 y la segunda, de noviembre de este año a mayo de 1878, participando en los trabajos de ambas nuestro connacional, cuya labor fue apreciada y elogiada por los científicos Bonaparte Wyse y Reclús.



**LUCIEN NAPOLEON
BONAPARTE WISE**
Marino e ingeniero francés.
(1844-1909)

Fue uno de los primeros propulsores del Canal de Panamá.

Autor de: "De Valparaiso á Buenos Aires á travers les Andes et les Pampas"; "Le canal de Panamá", etc.

LUCIEN BONAPARTE WISE
TENIENTE DE NAVIOS
PROMOTOR DE LA APERTURA
DEL
CANAL INTEROCEANICO
1844 — 1909

Fue el proyecto de Panamá a Colón, trazado por los tres, el que se adoptó al fin, e iniciaron los franceses en 1880, para ser terminado por los norteamericanos en 1914.

El pueblo de Panamá fue siempre un admirador sincero del eminente francés, hacia quien se ha profesado en el Istmo particular simpatía, no tanto por el lustre de su estirpe, cuanto por el incommensurable bien que su iniciativa para construir por su suelo un canal, atrajo sobre el territorio panameño y sus habitantes.

Wyse pertenecía a las noblezas de Inglaterra y de Francia, pero era ciudadano francés. Su padre fue Sir Thomas Wyse, miembro del Parlamento británico y Embajador de su país en Atenas, quien casó en 1821 con la Princesa Leticia Bonaparte, hija de Luciano Bonaparte, hermano, a su vez, del Emperador de los franceses, Napoleón I, y Presidente del Consejo de los Quinientos, Ministro del Interior y Embajador en Madrid, titulado Príncipe de Canino.

Graduado de Teniente de Navío e ingeniero, fue miembro de la Sociedad Geográfica de Francia y de otras corporaciones científicas de Europa. En 1878, gracias a su prestigio internacional en el ramo de la ingeniería, obtuvo del gobierno de Colombia una concesión para construir el Canal de Panamá, privilegio que traspasó luego a la "Compañía Universal del Canal Interoceánico", organizada por el Conde Fernando de Lesseps y de la cual fue Wyse uno de los accionistas y principal miembro de su Directiva.

En 1880 la Asamblea Legislativa del Estado, haciéndose eco de la gratitud de la ciudadanía que representaba, aprobó la Ley N^o 15 de 30 de enero, concediendo honores a Wyse. "El Estado de Panamá - dice en el artículo primero - estima en alto grado los importantes y esforzados servicios prestados hasta hoy por L. N. B. Wyse en la consecución de la ruta más a propósito para la excavación del Canal Interoceánico, los cuales, a más de ser de interés universal, son de interés especial para este Estado, quien por tal razón honra su nombre y lo declara acreedor a la estimación pública".

En febrero de 1885 solicitó Wyse, y obtuvo del gobierno del Estado, licencia para domiciliarse aquí.

La Municipalidad de Panamá, con motivo de la visita del eminente empresario al Istmo en 1890, que fue la última, nombró una comisión para recibirlo y cumplimentarlo, declarándolo Huésped Ilustre de la ciudad.

En un interesante y hoy desconocido folleto que en 1891 publicó bajo el título de HUESPED ILUSTRE el General Rafael Aizpuru, (1) expone

(1) El ejemplar del raro folleto del General Aizpuru a que nos referimos es propiedad del historiador don Juan Antonio Susto, y fue impreso en la editora "Star and Herald", 1891.

este comotado istmeño los detalles de ese recibimiento, insertando los brillantes discursos pronunciados en tal ocasión por don Ramón Arias Feraud, el Dr. Carlos A. Mendoza y el ingeniero Dr. Abel Bravo, piezas a cual más sentidas y elocuentes.

Wysse conservó en su corazón la reserva de su particular afecto para Colombia. Cuando supo la secesión del Istmo de aquel país, el acontecimiento lo llenó de amargura y tuvo para el mismo palabras de reproche por la determinación de los panameños de constituir un Estado separado de la república de su admiración. En diciembre de 1903 desbordó su sentimiento acibarado en una larga carta que vió la luz pública en el diario "*L'Eclair*" y que "*El Correo Nacional*" de Bogotá reprodujo, vertida al español, el 26 de enero de 1904. Fue su protesta contra el Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia por haber reconocido la independencia de Panamá, afirmando que nuestra república "surgió por instigaciones de desvergonzados agiotistas alentados por la complicidad del Presidente Roosevelt, con el hecho de que Panamá había dado seguridades de respetar los intereses franceses y de cumplir los compromisos anteriormente contraídos por la República de Colombia, representada en su integridad por un Congreso nacional".

La carta era un llamado contra "*el destino manifiesto de los Estados Unidos*", a quienes califica de "audaces piratas", y un alerta a los países latinos, a los que excita a "cegar los perros al lobo, sea que vengan de los Montes Rocallosos, o de cualquiera otra parte, como único medio de prevenir el peligro que nos amenaza".

Lástima que su preciosa vida no se hubiese prolongado hasta ver cómo esos "piratas audaces", contra los cuales elevó su voz admonitoria, salvaban con su heroísmo, su abnegación, su ciencia y su dinero la latinidad, sobre todo a Francia, en dos históricos e inolvidables momentos de la Historia del Mundo en que los países de raza latina se vieron seriamente amenazados por el "Destino manifiesto" de sus vecinos, los alemanes.

Panamá ve en Wysse, no al ofensor de su dignidad patriótica en su sencillez, sino al sabio famoso que marcó sin presumirlo, su destino, por que nuestra nación surgió, precisamente, como una consecuencia de la construcción del Canal que él delineara en 1876. Con todo, antes de desaparecer del mundo de los mortales, quiso el ilustre francés desagrarivar a los istmeños por la ofensa que les hiciera con ligereza en 1903 y ordenó en su testamento que un busto suyo en bronce fuese obsequiado por sus herederos a la ciudad de Panamá, como un recuerdo perdurable. El Consejo Municipal aceptó con expresiones de gratitud el obsequio y su Presidente, Dr. Heliodoro Patiño, lo manifestó así al hijo del distinguido empresario en los siguientes términos:

"Panamá, julio 10 de 1911.

"Señor Don N. Bonaparte Wyse.

12, Avenue Eliseo Reclus. París.

"Motivos ajenos a mi voluntad han demorado la contestación de su apreciable carta de fecha 20 de abril último, en la cual comunica a la Corporación que presido, que el busto de bronce fundido que su padre Lucién Bonaparte Wyse destinó, por disposición testamentaria, para que fuera erigido en esta ciudad, sería expedido próximamente.

"Me es grato informar a usted que ya el mencionado busto está en poder de la Municipalidad, y que el Concejo se ocupa en la actualidad de hacerlo erigir en el lugar indicado por nuestro Encargado de Negocios en Francia.

"Oportunamente me será grato dar a usted aviso de la fecha que se fije para la inauguración del busto, a fin de que, si usted lo desea, pueda venir o enviar a alguno de sus hermanos para que presencie la solemnidad con que Panamá honrará al ilustre hijo de la Francia que tanto se interesó para llevar a cabo la importante obra del Canal de Panamá.

"Con sentimientos de mi más alta distinción, me es muy grato suscribirme de usted muy atento y seguro servidor.

(Ido.) H. PATIÑO".

El busto fue erigido primitivamente en el extremo oeste del Paseo de las Bóvedas (hoy Paseo General Esteban Huertas) sobre la muralla y mirando a la entrada del Canal, y la ceremonia de inauguración, que tuvo lugar en agosto de 1912, revistió especial solemnidad. Y precisamente, llevó la representación de la familia Wyse en el acto, Don Federico Boyd, quien había sido miembro de la Junta revolucionaria que dirigió el movimiento de independencia —contra el que protestó el homenajead— y Triunviro en el Gobierno Provisional de la nueva República. Su discurso de elogio al ilustre francés corre publicado en "LA ESTRELLA DE PANAMA" del 13 de agosto de 1912. Como Presidente del Consejo Municipal le correspondió llevar la palabra a Don Enoch Adames V., quien al final de su expresiva oración manifestó cuán sentido era "el recuerdo póstumo del ingeniero Wyse que aquí nos ha congregado; recuerdo que el Municipio de Panamá aprecia a los deudos del eminente hombre cuyos esfuerzos y sacrificios perdurarán, como se perpetuarán sus glorias en el mundo mientras existe el Canal de Panamá. Y así acontecerá".

En el año de 1923, durante la última administración del Presidente Belisario Porras, al erigirse en honor de los zapadores franceses del Canal de Panamá el imponente monumento que existe en la Plaza de Francia, el busto de Wyse fue descendido de su primer emplazamiento sobre las Bóvedas, y colocado junto con los de Armando Reclús y Pedro J. Soss —obsequiados igualmente por las respectivas familias de dichos ingenieros— alrededor del busto del Conde de Lesseps, frente al obelisco que representa a la Galia.

L. N. B. Wyse dejó publicada una hermosa obra que tituló EL CANAL DE PANAMA, en que relata sus exploraciones por el Istmo panameño entre los años de 1876 y 78, y sus proyectos para la construcción por nuestro territorio de la comunicación interoceánica. Este magnífico libro que contiene uno de los más interesantes aspectos de la historia istmeña, vertido al español por primera vez, será ofrecido próximamente a los lectores de LOTERIA como una nueva contribución a la cultura nacional que brinda con generosidad y espíritu patriótico el director de la Lotería Nacional de Beneficencia, Dr. Carlos E. Mendoza, como lo ha hecho ya con el no menos interesante libro EXPLORACIONES A LOS ISTMOS DE PANAMA Y DEL DARIEN 1876, 1877 y 1878 por Armando Reclús, que acaba de ver la luz pública.

EL PADRE DE LA MONTAÑA

(Bernabé Herrera)

Por MOISES CASTILLO

(Panameño)

Tabogano. Entró al servicio de la iglesia de su pueblo como monaguillo a las órdenes del Padre Salinas, en los años finiseculares. Se enamoró de la iglesia hasta el extremo de aprenderse al dedillo los oficios eclesiásticos, con todos sus latines y ceremonias. Copió, además, de su maestro el tono grave y dogmático de sus pláticas y oraciones, sin omitir sus hisiscos. Adquirió en la expresión de su rostro un gesto y una solemnidad clericales y hasta su manera de andar era la misma que la de los graves sacerdotes. ¡Qué vocación para clérigo aquella del Padre Bernabé!

Como no tenía modo, no pisó más escuela que la sacristía de la iglesia parroquial. Allí se hizo hombre, porque se habitó para la vida, como veréis más adelante.

Llegaba desde muy temprano a la iglesia con el fin de preparar lo necesario para los actos religiosos. Y antes de que el Padre Salinas se presentase, poníase a ensayar una misa o una salve ante el altar mayor. Abría, con toda la solemnidad del caso, los misales y se inclinaba reverente ante las gordas mayúsculas; juntaba las manos, en actitud de oración; inclinaba la cabeza hasta el pecho, de hinojos, se levantaba, lento, y se volvía hacia el coro, con los brazos levemente abiertos, para cantar sus aleluyas y sus paternósteres, siempre con el cuidado del tiempo en el ejercicio de tales ceremonias, por lo que jamás pudo sorprenderlo el padre Salinas.

¿Cuántos años de práctica tuvo el padre Bernabé? Es de suponer que fueron muchos, si se tiene en cuenta el acervo de sus conocimientos teológicos. Y no son historias, pues yo mismo oí, de sus propios labios, toda una suerte de rápidos latines, cantos litúrgicos, rezos bautismales y matrimoniales, con todas sus ceremonias, y unas cuantas etcéteras. Como también bebía sus vinillos —para qué decir que a espaldas de su Apóstol— se dejó llevar por la bebida, de tal suerte que, bajo los vapores nectarinos se deslizaba fácil para cantar una misa, para hacernos oír una prédica o para practicar cualesquiera otras ceremonias de la iglesia, cuando así le fuese solicitado por sus amigos.

* * *

Hétenos aquí que un buen día —eran los cruentos años de la guerra civil— dispuso el Padre Bernabé autoordenarse, más que por arbitrarse algunos medios de vida, supongo, dada su irresistible vocación religiosa, para sentirse un cura verdadero. Y se despojó de su leve toga de monaguillo para vestir los hábitos sacerdotales. ¡Pobre el Padre Salinas que, como supondréis, fue quien pagó con algunos haberes de su iglesia las aspiraciones de Bernabé! Se sustrajo una sotana —no necesitaba más— con sus sobrepellices y sus estolas y toda la indumentaria requerida para los sacros oficios, además de un cáliz, de un incensario, de un grueso misal y de no sé qué otras cosillas indispensables a la profesión.

No recuerdo ahora a dónde arribó el Padre Bernabé; si a La Pintada o a Ocú; si a San Francisco o a La Atalaya. De lo que sí estoy seguro es de que se fue bien lejos de la Capital, a un sitio a donde no llegaran noticias del Padre Salinas y del Obispo.

En las cercanías del pueblo vistió los hábitos sacerdotales, que le lucían a maravilla, e hizo su entrada triunfal entre una procesión de fieles, pues en el pueblo se le aguardaba con ansiedad desde que en él se supo el anuncio de su arribo, pues aquella aldea, abandonada a la mano de la naturaleza, carecía de cura a la sazón, y desde algunos años atrás, por lo que la mayoría de los chiquelos estaba sin bautizar y los moribundos se iban a la eternidad sin el último sacramento.

Era para morir de risa el escuchar de los propios labios del Padre Bernabé todas las incidencias de su curato. Nuestro cura apócrifo celebró toda una suerte de bautismos y de matrimonios, amén de otros oficios eclesiásticos, que le produjeron algunas ganancias. ¡Cuántos pavos, cuántas gallinas y cuántos huevos y cuántas lechonas y cuántas damajuanas de vino y cuántos diezmos y primicias y cuántas otras dádivas le serían obsequiados al reverendísimo! ¡Pensad ahora en aquellos que se consideraban

como legítimos esposos, bajo la bendición del santo sacerdote --pues no otra cosa fingía sino un santo-- mientras que su unión transcurría en un inocente celibato.

¡Oh, si le hubieseis oído cantar una misa; si le hubiéseis mirado imitar la práctica de un matrimonio; y si le hubiéseis escuchado sus latines bautismales; y si le hubiéseis visto el arquearse y el alzarse de sus cejas, el arrugarse, casi en un pliegue de libro, la piel de su frente. ¿qué cosa habría sido capaz de contener vuestra risa?

* * *

Pero he aquí que no todo es felicidad en la vida, ya que ella suele proporcionarnos sus amarguras. Al Padre Bernabé lo perseguían, por todos los caminos, las órdenes de la Diócesis. Era preciso aprehender al falso religioso, al cura fingido, profanador de la iglesia y de sus ministros. De ahí que fuesen despachadas diferentes comisiones de policías y de particulares en busca del bienaventurado Bernabé, sin que éste lo sospechase siquiera.

¡Había que oírle contar a él mismo cómo cayó en el garlito! Arribaron al pueblo sus perseguidores. ¿Cómo capturarlo? Pues de la manera más sencilla, puesto que no se trataba de ningún criminal. Los comisionados fingirían ir en busca del cura para que fuese a confesar a un moribundo de los aldeaños. Con este plan acercáronse a la residencia del clérigo. Era la media noche.

--Tun tun...

El cacareo de una gallina asustada desgranó la tranquilidad del patio.

—Tun tun...

--Señor Cura, señor Cura.

Silencio profundo. El señor Cura dormía su bienaventuranza.

---Tun tun...

-- Señor Cura: somos de la montaña y venimos en busca de su señoría para que vaya a confesar a uno que se muere sin la gracia de Dios.

Al tercer toque y a las palabras de los feligreses, despertó el tonsurado. Los perros estremecían los portales.

--Haber, hermanos míos, en qué puedo servirlos? Soy en seguida con vosotros.

—Si puede usted acudir de una vez, porque el enfermo se muere... Aquí tiene un caballo muy fino, como para su señoría...

--Vuestro cura no os exige tanto. Nuestro Señor Jesucristo predicó la humildad y la pobreza. Perded cuidado, que no dejaré morir a ese hi-

jo de Dios, a ese nuestro querido hermano, sin administrarle los santos óleos. Aquí me tenéis siempre dispuesto a servirlos, hermanos míos...

Poco fue el tiempo para que nuestro cura se colocase la sotana y se echase a la calle para corresponder a la desesperada solicitud de sus feligreses. Abrió las puertas de la casa cural, que castigaron, con el rechín de sus herrumbres, el silencio de la alta noche, para caer, como bimbín en la bajadera, en brazos de la justicia.

—Ah, ¿sois vos, el Padre de la Montaña?

—A vuestro mandar, hermanos míos... Aquí me tenéis...

—Pues venid con nosotros, señor Cura, no como nuestro confesor sino como nuestro cautivo. Venimos en vuestra busca por orden del Prelado, a quien tendréis que rendirle cuenta de la profanación que habéis hecho de la iglesia católica, apostólica y romana, como de sus ministros.

“Y no hubo más remedio -- me contaba el Padre Bernabé -- que entregarme, mansa y cristianamente, así con mis ropas talaras, entre la risa y la hilaridad de mis custodios, quienes, como yo oficiaba en las cercanías de la montaña, me apellidaron *El Padre de la Montaña*, nombre por el cual me conoce todo el mundo. El castigo no fue muy severo. Consistió en el despojo de mis hábitos, unido a una seria reprimenda, y en la confiscación de los pequeños enseres que adquirí durante mi efímero curato.”

¿A dónde ha ido a dar el Padre Bernabé? ¿Habrà pagado ya su tributo a la madre tierra?

Esta pregunta me urge los labios cada vez que recuerdo su voz, un tanto grave y gutural, acostumbrada al canto y a la oración, el arquearse de sus cejas, casi en forma de ojivas, hasta la mitad de su frente, los pliegues intensos de ésta y la manera suya, muy particular y muy franca, de contar sus aventuras, entre las cuales es digna del volumen de un misal la historia de su sacerdocio.

El Archipiélago de las Perlas

Por NICOLAS LUIS JUSTINIANI

(Panameño)

El Archipiélago de las Perlas! Tierra de ensueño y poesía! Tierra de pasado; tierra de presente; tierra de Futuro; tierra, en fin de Historia y de Leyenda! Que a veces la Historia toma giros de Leyenda, como acontece con nuestro rico y pintoresco Archipiélago, bello girón donde mora una numerosa población de panameños, que en lo político se denomina Dto. de Balboa, que le debe su nombre al bizarro Capitán Vasco Núñez de Balboa, descubridor del mar del Sur el histórico 25 de Septiembre de 1513.

Ese hermoso pedazo de Patria panameña cuya forma de administración, dada su capital importancia y ostensibles posibilidades de progreso hubo de preocupar tanto a los diferentes Gobiernos de Colombia y la Nueva Granada, yace hoy menospreciado y casi-olvidado de nuestros Gobiernos, llegándose hasta el extremo increíble de negársenos reiteradamente la construcción de un moderno edificio escolar, precisamente cuando a la indiada de San Blas se les ha dotado no de uno sino de varios hermosos edificios, casas para oficinas públicas, Unidades Sanitarias, etc., etc.

De nada han valido las brillantes páginas que nos ofrece la Historia de este célebre venero de ricas perlas que ornar testas coronadas de la vieja Europa; de nada ha valido el titánico esfuerzo, la constante demanda de los balboeños por que nuestros Gobiernos nos traten siquiera como a panameños; de nada ha valido que nuestro terruño se convirtiese en importante granero agrícola y en la constante fragua intelectual, en la que cada día aumente la ya larga nómina de ciudadanos que hacen honor a nuestro país y cuya capacidad en todas las ramas del saber humano ya ha traspasado las fronteras patrias.

Podemos gritar a todo pulmón que por nuestro terruño amado no ha pasado aún la República, apesar de la larga data de su nacimiento. Y ello no debe ser así, ni esta situación debiera continuar, por lo desconsoladora y deprimente.

Son tan brillantes —repetimos— las páginas de nuestra Historia, que

ellas mismas pregonan bien alto la razón del celo e interés que por su mejor y más eficaz administración política demostraron por medio de 15 Leyes distintas los Gobiernos de la Nueva Granada, de la Gran Colombia y por último del Estado Soberano de Panamá respectivamente durante el período comprendido entre el año de 1816 y 1896. Época hubo, según datos que obran en nuestro poder, que ese Archipiélago fue dividido en tres Distritos: "San Miguel", "Saboga" y "Bolaños". Lo que prueba sin lugar a dudas, que en esa época sí mereció esa región la atención de aquellos gobernantes, que con dichos repetidos cambios y divisiones hasta llegarse a la actual o sea el Dto. de Balboa, buscaban afanosamente el mejor sistema para hacerlo progresar.

Refiriéndonos ahora a los pintorescos panoramas que ofrece el Archipiélago, con sus cientos de bellas playas de blanquísimas arenas bañadas por sus cristalinas aguas; sus hermosos canales cuajados de ricas ostras, amén de la más extraordinaria variedad de mariscos, invitando al turista, que, ávido de emociones deambula por el mundo en busca de sitios y lugares que por alguna razón se hayan hecho figurar dignamente en las páginas de la Historia.

Y esa Historia nos dice que el Archipiélago de las Perlas fué teatro de las epopéyicas hazañas de piratas y bucaneros, los que lo usaron como refugio y escondite de los caudales que robaban en Panamá y otros puntos del Istmo. De donde ha surgido de generación en generación la leyenda de los inmensos tesoros que aún se siguen buscando en aquellas islas.

Hay numerosos panameños que apesar de su vasta ilustración, desconocen casi por completo lo que es el Archipiélago de las Perlas, la Historia *de lo que fué* y las inmensas posibilidades de lo que podría ser en el futuro. Y dicho desconocimiento naturalmente les ha impedido hasta hoy el poder justipreciarlas y propiciar en consecuencia el cese del abandono y errandad en que se mantiene a la JOYA MAS PRECIADA DE LA REPUBLICA. Mas como no cesamos en la investigación Histórica del Pasado de esa bella tierra que tanta admiración causó al gran Balboa, no podemos sin embargo bosquejar en un solo capítulo todo lo que nuestro archivo puede brindarle a esta modesta revista sobre tan interesante tema.

En otra oportunidad nos referiremos al importante rol que jugó el Archipiélago durante la conquista y la Colonia. Luego a la época de su mayor florecimiento, cinco siglos después, y por último, capítulo aparte, a su trágica decadencia que hubo de iniciarse con la muerte inesperada de la concha madre-perla atribuida a las venenosas minas submarinas empleadas en el Pacífico durante la última guerra mundial, decadencia de la cual los buenos hijos de San Miguel vivimos luchando espartanamente por sacarlo y hacerlo surgir como el "AVE FENIX".

EL JUEGO DE LA BOLITA

Y LOS VIOLADORES DE LA LEY

Por ELIAS ALAIN A.

(Panameño)

*El Juego de la Bolita
como chance clandestino,
es una farsa maldita
para engañar al cretino.*

*Procede de mala fe
quien este negocio explota,
y eso bien claro lo ve
el que sus mañas onota.*

*Comienzan por embaucar
a la más ignara gente;
el que no sabe pensar
y es tonto, allí está el cliente.*

*La tropa de los sablistas
salen "BOLITA" a vender
y llenan cientos de listas
y ven la plata correr.*

*Entregado ya el dinero
que ha producido este atraco,
lo cuenta el jefe usurero
y así dile el gran bellaco:*

*El número más vendido
que en todas las listas veo,
es éste y está escogido
que no juega en el sorteo.*

*Y el número despreciado
que nadie quiso comprar,
anuncian que es el premiado
y nadie llega a cobrar.*

*Porque no se juega nada,
es una farsa completa,
digamos, una emboscada
en que se atrapan pesetas.*

*Y lo más triste y doliente
—por la hazaña de estos zorros—
que siempre es la pobre gente
la que gasta sus ahorros.*

*Y otra vez con malas artes
sigue la farsa maldita,
vendiéndose en todas partes
el JUEGO DE LA BOLITA.*

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE DE ENERO A MARZO DE 1958

Fecha	Sorteo N°	Primero	Segundo	Tercero
Enero 5	2026	6741	6339	5716
Enero 12	2027	2733	2115	8811
Enero 19	2028	9023	0640	3438
Enero 26	2029	1127	5172	5138
Febrero 2	2030	9714	3078	6895
Febrero 9	2031	4396	4627	1384
Febrero 16	2032	1493	7777	4261
Febrero 23	2033	4368	4705	4248
Marzo 2	2034	7596	9839	3153
Marzo 9	2035	3951	8780	4603
Marzo 16	2036	1417	4991	8674
Marzo 23	2037	6374	3045	8000

NUMEROS FAVORECIDOS POR LA SUERTE DE ENERO A DICIEMBRE DE 1957

Fecha	Sorteo N°	Primero	Segundo	Tercero
Enero 6	1974	8992	2291	3279
Enero 13	1975	5329	4167	7077
Enero 20	1976	1617	2492	2312
Enero 27	1977	3528	6895	3649
Febrero 3	1978	5726	3631	1395
Febrero 10	1979	0158	0632	5085
Febrero 17	1980	8061	3245	0908
Febrero 24	1981	0141	2249	6692
Marzo 3	1982	1357	8743	8184
Marzo 10	1983	8085	8265	3393
Marzo 17	1984	5385	4992	1440
Marzo 24	1985	4082	0927	5967
Marzo 31	1986	6479	1561	3782
Abril 7	1987	6217	0443	2300
Abril 14	1988	1196	5993	4638
Abril 21	1989	6175	1516	2464
Abril 28	1990	9646	5746	3714
Mayo 5	1991	2384	1579	6262
Mayo 12	1992	2134	8109	5945
Mayo 19	1993	5220	9479	2126
Mayo 26	1994	1216	9460	1040
Junio 2	1995	6006	8343	3743
Junio 9	1996	0046	9028	5613
Junio 16	1997	6511	9674	8015
Junio 23	1998	0296	3863	5085
Junio 30	1999	0990	8203	6137
Julio 7 (Ext.)	2000	1153	2098	4084
Julio 14	2001	3324	5154	0431
Julio 21	2002	9360	5565	8087
Julio 28	2003	8192	8314	8949
Agosto 4	2004	9340	0946	0487
Agosto 11	2005	9390	8009	5974
Agosto 18	2006	6737	3224	9980
Agosto 25	2007	2321	2700	0286
Septiembre 1º	2008	8302	9090	0655
Septiembre 8	2009	5901	0805	7573
Septiembre 15	2010	6115	4419	6338
Septiembre 22	2011	6694	3507	1325
Septiembre 29	2012	8516	7619	3810
Octubre 6	2013	3765	0127	8361
Octubre 13	2014	1366	4790	2317
Octubre 20	2015	7032	3292	1970
Octubre 27	2016	4351	8671	9962
Noviembre 3	2017	6768	6787	2908
Noviembre 10	2018	2756	3752	4418
Noviembre 17	2019	3133	6086	8294
Noviembre 24	2020	2822	4673	4205
Diciembre 1º	2021	2897	4324	0402
Diciembre 8	2022	4081	9446	4357
Diciembre 15	2023	9110	6018	5323
Diciembre 22	2024	1296	6386	7284
Diciembre 29	2025	9846	4961	8067

Junta Directiva de la Lotería Nacional de Beneficencia

PRINCIPALES

SEÑORA DOÑA
CECILIA P. VDA. DE REMÓN
*Ministro de Trabajo, Previsión
Social y Salud Pública.*

SEÑORA DOÑA
MERCEDES G. DE DE LA GUARDIA
*Presidenta de la Cruz Roja
Nacional.*

SR. DON RAUL ARANGO N.
*Comandante Primer Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON HENRIQUE OBARRIO
*Gerente General del Banco
Nacional.*

DR. VÍCTOR M. PAREJA
*Director Médico del Hospital
Santo Tomás.*

SR. DON GUSTAVO TRIUS
*Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO. PADRE MARINO MORLIN
*Director de la Escuela
"Don Bosco".*

SR. DON PABLO A. PINEL M.
Secretario de la Directiva.

SUPLENTES

SR. DON GAVINO SIERRA G.
*Vice-Ministro del Ministerio de
Trabajo, Previsión Social
y Salud Pública.*

SRTA. GRACIELA REMÓN
*Secretaria de la Cruz Roja
Nacional*

SR. DON LUIS CARLOS ENDARA
*Comandante Segundo Jefe del
Cuerpo de Bomberos.*

SR. DON EUGENIO BARRERA
Gerente del Banco Nacional.

SR. DON FEDERICO HUMBERT
*Vice-Presidente de la Cámara
de Comercio.*

RVDO PADRE CONSEJERO
JUAN D'ANDREA
*Prefecto de la Escuela
"Don Bosco"*